



LA HISTORIOGRAFÍA CONSERVADORA A TRAVÉS DE SUS REVISTAS

JAIME EYZAGUIRRE Y SUS DISCÍPULOS EN UN CUARTO DE SIGLO

[1948-1973]

MARIO ANDRÉS GONZÁLEZ

LA HISTORIOGRAFÍA CONSERVADORA
A TRAVÉS DE SUS REVISTAS:

JAIME EYZAGUIRRE Y SUS DISCÍPULOS
EN UN CUARTO DE SIGLO (1948-1973)

© MARIO ANDRÉS GONZÁLEZ

© EDICIONES INUBICALISTAS

INSTITUTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES
FACULTAD DE HUMANIDADES UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO

DIRECTOR: PABLO ARAVENA

DIRECTOR DE CARRERA: PATRICIO GUTIÉRREZ

COORDINADOR DE EXTENSIÓN: JAIME CORTÉZ

COORDINADOR DE POSTGRADO E INVESTIGACIÓN: GERMÁN ALBURQUENQUE

PRIMERA EDICIÓN, DICIEMBRE DE 2022

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL: 2022-A-10476

DISEÑO PORTADA: RODRIGO ARROYO CASTRO

DIAGRAMACIÓN: FELIPE MONCADA MIJIC

IMPRESO EN TALLERES INUBICALISTAS DE BARRIO PUERTO, VALPARAÍSO

LA HISTORIOGRAFÍA CONSERVADORA A TRAVÉS DE SUS REVISTAS

JAIME EYZAGUIRRE Y SUS DISCÍPULOS
EN UN CUARTO DE SIGLO (1948-1973)

Mario Andrés González



COMITÉ CIENTÍFICO DE LA COLECCIÓN HISTORIA

Mario Ayala (Universidad de Buenos Aires)
Fernanda Beigel (Universidad Nacional de Cuyo)
Slobodan Pajovic (Universidad Megatrend de Belgrado)
Soledad González (Universidad Bernardo O'Higgins)
Pablo Pozzi (Universidad de Buenos Aires)
Juan Pablo Silva (Universidad Mayor)
Ana María Stiven (Universidad Diego Portales)
Ángela Vergara (California State University)
Fabián Almonacid (Universidad Austral de Chile)
Verónica Undurraga (Universidad Católica)
Ramón Arnabat (Universitat Rovira i Virgili)
Soledad Zárate (Universidad Alberto Hurtado)

Í N D I C E

Prólogo	9
Introducción	13
Capítulo I: Los estudios historiográficos en la Universidad Católica de Chile. Aproximación histórica a la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas y de la revista <i>Historia</i>, 1954-1970.	19
1. El contexto intelectual entre 1940 y 1950	23
2. Las Escuelas de Derecho, primeras incursiones	28
3. Consolidar un campo historiográfico autónomo	35
4. Disputas, objetos de estudio y representaciones	39
Capítulo II: Reseñando la historiografía marxista. El caso de la revista <i>Historia de la Universidad Católica</i>, 1961-1970.	51
1. Consolidación de un campo historiográfico	55
2. La revista <i>Historia</i> y el Fichero Bibliográfico	62
Capítulo III: Transitar por las revistas conservadoras en la década de los cincuenta y sesenta del siglo XX: Álvaro Jara, Rolando Mellafe y Sergio Villalobos en el <i>Boletín de la Academia Chilena de la Historia</i> y la revista <i>Historia de la Universidad Católica</i>.	79
1. Los jóvenes historiadores del Pedagógico, los soportes culturales de difusión de la Universidad de Chile y otras redes	82

2. El <i>Boletín de la Academia Chilena de la Historia</i> , otro espacio de incursión	86
3. La revista <i>Historia</i> y el juicio sobre Mellafe, Jara y Villalobos	99
Capítulo IV: Revista <i>Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales</i>. La última querrela de Jaime Eyzaguirre contra Hernán Ramírez Necochea.	111
1. La emergencia de <i>Estudios</i> . Exilio de Eyzaguirre y la otra reforma en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile	117
2. La Guerra Civil de 1891 y Balmaceda. Una inquietud particular del grupo <i>Estudios</i>	121
3. Episodios inmediatos a la Guerra Civil de 1891. <i>Estudios</i> contra Hernán Ramírez	130
Capítulo V: “¿No será tiempo de iniciar una reacción enérgica al respecto?” A propósito de la historia en la revista <i>Qué Pasa</i>, 1971-1973.	139
1. Los Cuadernos Históricos, sección imprescindible de <i>Qué Pasa</i>	143
2. Los héroes y la historia	155
3. El Instituto Cultural de Providencia	159
Epílogo	165
Bibliografía	171

A la memoria de *la Guille*

PRÓLOGO

En una tendencia que ya se ha vuelto institución, el ejercicio laboral de nuestros académicos/as se haya expresamente evaluado, además de la docencia y otros trabajos de gestión, por la producción de artículos (los famosos *papers*) que, si bien son un formato bastante funcional a los fines de medición de la productividad, no dejan de ser un problema desde el punto de vista de la exposición de propuestas investigativas de largo alcance. De esta forma, el artículo segmenta, reduce e impide desarrollos o relaciones de conjunto. Además, por este mismo carácter restringido, un escrito de revista rápidamente pierde vigencia o se “invisibiliza”, quedando perdido en el creciente número de nuevos trabajos hechos bajo el mismo estándar. De ello es que siempre es muy necesario que investigadoras/res sepan dar nuevas vueltas difusionales a su producción, es decir, de aquella que, con el tiempo, ha ido quedando olvidada y dispersa. Con esto no sólo se puede mejorar y corregir lo hecho, sino, a la vez, articular líneas temáticas y nodos de estudios que no son posibles de reconocer en la esporádica contingencia del paper.

Valga lo dicho para felicitar al profesor González por esta iniciativa de reunir en un solo volumen varios de sus trabajos en torno a la historiografía conservadora del país. Su decisión dará nuevos bríos al objeto historiográfico que nos propone en más de una dirección. Desde luego, permitirá al autor nuevas reflexiones y síntesis, así como la dilucidación de otras miradas en su campo de estudios; pero también deberá alentar a otras/os investigadores a ahondar en asuntos de

historia intelectual, sea desde posiciones conceptuales, de taxonomía historiográfica, de interacción con el poder y la política, de construcción ideológica, de producción y comunicación pública de resultados, etc. Y es que el conjunto de escritos aquí reunidos -por lo demás, claramente concatenados- brindan al lector antecedentes e interpretaciones de variado orden, esto es, un friso compuesto por lo más sobresaliente de los avatares intelecto-historiográficos que, en la medianía del siglo XX, hicieron parte tanto de los logros como de los grandes traumas acaecidos entonces.

10

En efecto, centrando su observación en varios de los proyectos comunicacionales (revistas) de los historiadores de cuño conservador, de la pluma de nuestro autor no sólo surgen los nombres de sus figuras principales (en especial de Jaime Eyzaguirre), sino, también de aquellos que fueron sus interpelados, es decir, de sus opositores liberales y marxistas. En este contrapunto, van apareciendo no pocas de sus esperables diferencias, rivalidades y confrontaciones. Se nos cuenta de sus proyectos y formas de ubicación en el disputado espacio político y, en definitiva, de la suerte que corren a la luz del tráfago de los acontecimientos.

Es interesante constatar cómo, con relación a las definiciones que se fueron perfilando en Chile a partir de los años 50, la historiografía, lejos de una pretendida neutralidad valórica (ni el más simple de los positivismos puede postular esto), se fue volcando al siglo y sus conflictos, haciéndose abiertamente política, al punto que la reiterada crítica de construcción política e ideológica con que la voz conservadora tildó a buena parte de la producción historiográfica marxista, estructuralista o inspirada en la escuela de los Annales -crítica travestida de objetividad y oficio académico- no hizo sino revelar su propio basamento ideológico antiliberal y antimarxista. Ciertamente que no decimos nada original al caracterizar tales desplazamientos como inherentes en especial a aquellos momentos álgidos del conflicto social y de clases.

Quiero finalizar estas líneas haciendo expresa mención acerca del público que, de manera primordial, debería leer este texto. No obstante, estos trabajos pueden ser atendidos por cualquier persona interesada, estimo muy conveniente que su observación y apreciación corra por cuenta de las nuevas generaciones de historiadoras/res. Dentro de un campo intelectual como el de la historiografía, generalmente cerrado en sí mismo y hasta individualista, tomar conocimiento del pasado del oficio, sus representantes, tendencias y aportes, puede ayudar a dar mayor sentido al rol público que nos asiste, así como de hacernos más cultos respecto del área disciplinaria que nos ocupa. En este sentido, el quehacer de Mario González y su presente libro, agrega un valor más a los ya descritos: el de servir de material de consulta obligatorio para todo quien pretenda adentrarse en la temporalidad y sus significaciones.

11

Manuel Loyola
Académico Universidad Finis Terrae

INTRODUCCIÓN

“En la publicación de sus revistas él [Eyzaguirre] era implacable.”

Ricardo Krebs, 1998

“La grandeza real de su figura exige que una gran plaza o avenida recuerde para siempre a los chilenos la labor infatigable de este noble historiador... que redescubrió y habló con elocuencia inigualada acerca del sentido de nuestra historia y de las obligaciones que impone nuestro destino nacional.”

13

Jaime Guzmán Errázuriz, 23 de septiembre de 1973.

El libro que se tiene entre las manos reúne una serie de artículos que fueron publicados durante estos últimos años. Tenía un interés por estudiar las revistas de cierto sector de las derechas de mediados del siglo XX chileno como *Estanquero*, *Finis Terrae*, *Estudios sobre el comunismo*, etc., no obstante, por cuestiones de tiempo y de energía, se fue circunscribiendo a los, no pocos, medios que Jaime Eyzaguirre y sus discípulos organizaron a lo largo de más de dos décadas,¹ la ya

1 Estos discípulos fueron, en lo fundamental, Javier González Echeñique, Fernando Silva Vargas, Gonzalo Vial Correa, Cristián Zegers, Patricio Estellé, Juan Eduardo Vargas Cariola, Horacio Aránguiz, Armando de Ramón, etc. Por ningún motivo, la palabra “discípulos”, se emplea como si fuese un grupo de seguidores pasivos del legado de Eyzaguirre. Ellos mismos usaron este

mencionada *Finis Terrae* (1954), *Historia* (1961), *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* (1967), *Portada* (1969) y *Qué Pasa* (1971) y agreguemos también, el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, mucho más longevo que todas las publicaciones señaladas.

No es que haya existido una absoluta coherencia interna en el conjunto de revistas, pues fueron levantadas en contingencias diferentes. Pero que prácticamente en todas haya estado presente Eyzaguirre, física o espiritualmente, y que en todas se hayan ido alternando sus discípulos, unos más que otros, por supuesto, me llamó profundamente la atención. Como pocas veces ocurre, un grupo de intelectuales mantuvo una sólida cohesión ideológica y un empeño por dotarse de este tipo de soportes culturales. Algunos de estos soportes tuvieron una larga duración y otros menos años de vida, mas, todos ayudaron a una experiencia vital. Aquella tarea emprendida por Eyzaguirre, sin embargo, no hubiese sido posible sin el trabajo colectivo y mancomunado que demandaba la conformación y el sostenimiento de estos núcleos de pensamiento y divulgación.

Es por ello que se ha decidido reunir estos artículos y editarlos en un formato como el del libro. Colocar en una cartografía estas revistas, permite una mirada sincrónica y diacrónica respecto a cómo se comportó un grupo de intelectuales e historiadores conservadores a lo largo de un cuarto de siglo, en momentos en que se debatían proyectos sociales y políticos sin parangón en la historia nacional. En este sentido se intentará demostrar que este grupo no se mantuvo pasivo ni distante de lo que estaba ocurriendo en el país. Por el contrario, se comprometió en la lucha sin dar tregua. Esto, desde luego, no siempre se desarrolló de la misma forma. De alguna manera, los distintos planos que la con-

calificativo y se sintieron orgullosos de aquel. Pero también sabían que debían ir actualizando lo que el maestro había propuesto en algún momento. Otros, como De Ramón, por ejemplo, si bien guardó el respeto por Eyzaguirre, fue quien se distanció del grupo a comienzos de los años setenta, pero la mayoría, se quedó al lado de este, y una vez muerto, siguieron reconociendo la deuda contraída.

tienda en general exigió condicionó la naturaleza y el carácter de las revistas. Si unas debían debatirse en torno a la interpretación de la historia y la construcción de los imaginarios sociales, otras debían incidir en el corto plazo. Tarcus (2020: 21), con mucha razón, sostenía que “son las revistas, antes que los diarios o los libros, los vehículos privilegiados de los colectivos intelectuales para llevar a cabo sus estrategias de disputa hegemónica,” lo que bien sabía hacer Eyzaguirre y que bien aprendieron sus discípulos.

Se descarta, así, esa apoliticidad recurrente con la que se ha tildado a Jaime Eyzaguirre y a aquel grupo. El hecho de que hayan repudiado del liberalismo, la democracia y el marxismo, no los hizo más independientes, tal como les gustaba autoperibirse. Solo los posicionó en una trinchera distinta a las empleadas en la lucha política tradicional. He ahí el punto que considero relevante a destacar en el presente libro. Proponer que Eyzaguirre y sus discípulos hacían política a través de estas revistas, lo que no es una mera obviedad. Frente a la crítica del liberalismo, estos artefactos, vinieron a convertirse en *el partido* de este grupo. Fue a través de estos espacios en que se organizaron, consensuaron ideas, restringieron y seleccionaron la militancia e hicieron sugestivas proyecciones. No por nada, en el primer editorial de *Finis Terrae*, Eyzaguirre, en tiempos de desconcierto, llamaba a una cruzada. La revista, decía, surgía “como una incitación y una necesidad”, emplazando a “una cita amplia y amistosa a los hombres inquietos”, que, si eran “expectantes testigos del caos presente, también son obligados artífices de una nueva era” (*Finis terrae* 1, 1954: 3-4).

Era la idea de misión y apostolado de quienes se sentían convocados a recuperar el orden perdido bajo la sombra de la modernidad, de quienes debían reconquistar los valores disueltos por la intromisión de ideas ajenas a la nacionalidad. Un compromiso resuelto por volver a las tradiciones formadoras. Por último, una lucha que debía impedir la entronización del marxismo y la conculcación de toda la identidad labrada por *el sufragio universal de los siglos*, al decir de Vázquez de Mella.

Por el interés que tengo, he restringido la mirada al tratamiento que, a través de las publicaciones más arriba mencionadas, hicieron de la historia y cómo se relacionaron con los demás historiadores de la época, hasta llegar a *Qué Pasa*, ya que si bien fue un semanario de actualidad, el grupo que estaba detrás de ella, no dejó de lado la disputa por la representación del fenómeno histórico. Los colaboradores que participaron en todos estos medios de comunicación, quienes lograron la conformación de una *comunidad de interpretación*, como expresara Chartier (2000), se fortalecieron en relación con la concepción de la historia que abrigaron.

Así, aunque cada una de estas revistas puede constituir un objeto de estudio independiente de investigación, como se pensó en algún momento, resulta que, si se ponen los esfuerzos por pensar la historia de las mismas, se advierten algunas continuidades. Hubo ruptura entre estas, qué duda cabe, pero también permanencias, las que estaban mediadas por el régimen de historicidad dominante. No era solo un juego de pasión por la historia lo que cultivó Eyzaguirre y sus discípulos, sino que un fino saber de orientación, una brújula en medio de la tormenta. He ahí el fundamento de que la historia como necesidad, a pesar del carácter distintivo de las revistas, las haya atravesado a todas.

Difícilmente se pueda disociar la elaboración historiográfica de la política a mediados de los años cincuenta del siglo XX chileno. No solo fue una práctica propia de las izquierdas, sector al que se le ha endilgado dicha forma de proceder, para bien o para mal (cf., Grez, 2005; Villar, 2021), sino que también, fue propia de las derechas. Este grupo, bastante definido, por aquellos tiempos no se distanció mucho de esas maneras, aunque digámoslo, lo hizo a través de otro tipo de formato y con otro tipo de proyecciones. Es que definir la imbricación entre uno y el otro no es una tarea fácil de hacer, en vista de que los límites siempre son difusos.

Como se verá, este grupo de historiadores e intelectuales, no se había revelado en el espacio público cuando el proceso social

y político se fue acelerando en la década de los años sesenta, sobre todo para quienes se oponían a las transformaciones proyectadas por la izquierda. Por el contrario, junto al maestro, con quien se fueron formando por largos años, consiguieron crear tradiciones (cf., Hobsbawm, 2002) y mantener estas prácticas durante bastante tiempo, digamos, desde que empezaron a advertir el síntoma a fines de la década de los años cuarenta. Esto no supuso que algunas veces no hayan sufrido la derrota, como fue con el cierre de *Finis Terrae* en 1967. Pero expresemos que en otras ocasiones gozaron del triunfo, como ocurrió el 11 de septiembre de 1973, cuando *Qué Pasa*, se imponía como uno de los pocos medios de comunicación escritos que circuló sin mayores problemas, proponiéndole a la dictadura, cuáles eran las medidas políticas, sociales y económicas que debían adoptarse para salir de la *decadencia nacional* que fueron denunciando; convirtiéndose, no pocos integrantes del grupo, en los artífices intelectuales de la *democracia autoritaria y protegida* y la economía neoliberal que se institucionalizó en la Constitución de 1980.

17

Por esta vez, como ya se señaló, lo que se verá en el presente libro es la relación que estas revistas mantuvo con la historia y los historiadores en un campo en fuerte tensión, en la que los agentes pusieron a disposición todo el capital simbólico con el que contaban, parafraseando a Bourdieu, para disputar el dominio sobre la representación histórica. En virtud de ello, en estas páginas no se abordarán todas las revistas que dirigió Eyzaguirre y las que se consideren tampoco se tratarán a lo largo de toda su existencia, tarea que está fuera de los planes propuestos y de las mismas posibilidades. Sabemos que habrá lagunas y que aún queda mucho por explorar, sobre todo cuando la historia de los historiadores, al parecer, está en ciernes.

Los cinco capítulos corresponden a cinco artículos publicados en distintas revistas especializadas. Se mantienen los originales, con cambios mínimos; por consiguiente, le pedimos paciencia al lector cuando surjan ciertas redundancias. En el primer capítulo, se aborda

la emergencia del Instituto de Investigaciones Históricas y la revista *Historia* de la Universidad Católica. En el segundo capítulo se trata la recepción que la revista *Historia* hizo de la historiografía marxista en sus secciones de reseñas de libros y artículos. El tercer capítulo, aunque se desvía un poco, pues aborda el paso de tres historiadores, Sergio Villalobos, Rolando Mellafe y Álvaro Jara por el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, de igual modo cubre la recepción que tuvieron sus obras en la revista *Historia*. El cuarto capítulo indaga en la revista *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* y qué fue lo que predominó en términos de contenido en los dos únicos números que circularon, y, en el último capítulo, se atiende la relación que estableció el semanario *Qué Pasa* con la historia. Aunque no se trató la revista *Finis Terrae* y *Portada* de modo pormenorizado, se verá que están presentes a lo largo del libro.

Por último, quiero agradecer al director del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, Pablo Aravena, amigo y colega, y a las Ediciones Inubicalistas, que han mantenido el espíritu por hacer posible la publicación de una serie de libros, entre estos, el presente. También agradecer a los amigos Germán Alburquerque, quien leyó varios de los artículos acá reunidos, Itamar Olivares y Francisco Vergara, quienes desinteresadamente me facilitaron bibliografía de sus bibliotecas. A Manuel Loyola, por haber accedido a realizar el prólogo y por mantener con vida la actividad editorial. A Constanza, por su compañía, conversaciones interminables y apoyo leal.

CAPÍTULO I

LOS ESTUDIOS HISTORIOGRÁFICOS EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE. APROXIMACIÓN HISTÓRICA A LA FUNDACIÓN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS Y DE LA REVISTA *HISTORIA*, 1954-1970.¹

Los estudios históricos en la Universidad Católica de Chile no tuvieron lugar sino hasta mediados del siglo pasado, una vez que se creó el Instituto de Investigaciones Históricas² perteneciente a la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación. Es cierto que antes de este hecho, a principios de los años treinta, la Universidad animó la creación de la Academia Chilena de la Historia y durante los años cuarenta, el Departamento de Historia y Geografía; no obstante, la primera con el tiempo se desprendió de la Universidad y, el segundo se centró en la formación de profesores secundarios. A diferencia de lo anterior, el nuevo Instituto organizado en 1954 tenía la misión de promover las investigaciones historiográficas, las que serían difundidas en una nueva publicación: la revista *Historia* (1961). El artífice tanto del Instituto como de esta nueva revista fue el historiador Jaime Eyzaguirre, quien en esos momentos era conocido por dirigir el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* y la revista *Finis Terrae* del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Católica.

19

1 Publicado en *Cuadernos de Historia* 50, 2019: 75-102.
<https://cuadernosdehistoria.uchile.cl/index.php/CDH/article/view/53663>

2 De aquí en adelante para este capítulo solo Instituto.

¿Cuál fue el contexto histórico intelectual desde el que se impulsó la fundación del Instituto y la revista *Historia*? En el siguiente capítulo intentaremos responder a esta pregunta, pues hasta hoy los estudios relativos a esta cuestión no han profundizado resueltamente en este factor. Respecto a los trabajos que se han aproximado a escurrir el germen de las investigaciones históricas en la Universidad Católica, plantel que cobijaba a la intelectualidad conservadora del país, se cuenta con el artículo de Roberto Hernández Ponce (1983), quien realizó una revisión pormenorizada de las voluntades por fomentar los estudios históricos al interior de este centro universitario. Sin embargo, es un cuadro que no penetró en las peculiaridades más profundas que fueron parte del ambiente cultural e intelectual de la época. Es un artículo que contiene datos relevantes, pero se restringió a elaborar una descripción, o como el mismo lo señaló: confeccionar “notas para una crónica”. Lo mismo ocurrió con el artículo de Ricardo Krebs (1993), quien también llevó adelante una descripción detallada sin hacer un análisis del contexto donde surgieron tanto el Instituto como *Historia*. Por otro lado, el trabajo de Fernando Silva Vargas (1993) enfatizó en que la organización de estas dos fuerzas renovadoras de la historia respondía a la falta de investigación y promoción de los estudios históricos al interior de la Universidad. Pero al igual que los demás autores no ahondó en el lugar de producción, que, indudablemente, tuvo una complejidad bastante singular. Por su parte, Augusto Salinas en el artículo “La historia como dedicación” (1994) no explica por qué Eyzaguirre, quien ya dirigía una revista de corte historiográfico, fundó una nueva publicación con el mismo espíritu. Si bien compartimos que este intelectual se inscribió en la corriente de Tradición Hispánica, como la denomina Salinas, heredera de la Academia Chilena de la Historia, su mirada no visualiza, por ser un análisis general, los elementos que impulsaron las nuevas tentativas de Jaime Eyzaguirre, vehiculizadas a través del Instituto e *Historia*.

Acá se sostiene que el establecimiento del Instituto y la revista *Historia* se asientan en la particular lucha historiográfica desde a mediados del siglo XX, precipitada por la emergencia de otras formas de interpretar la historia. Sin perder de vista que el primer adversario prominente de los sectores conservadores estuvo representado por la lectura liberal de los procesos sociales y del proyecto político-social que encarnó esta corriente, pensamos que tanto el respaldo que se dio en la Universidad de Chile a la producción historiográfica marxista, sin perjuicio del aliento brindado a la nueva tendencia inspirada por la corriente historiográfica de los *Annales*, constituyó un elemento que aceleró los ánimos por dotar de un centro de investigaciones históricas en la Universidad Católica.

El Instituto Pedagógico de la Universidad estatal, por lo menos desde la década del treinta, venía formando a un conjunto de estudiantes que se catapultó en los cincuenta y sesenta como una nueva generación de historiadores. Luego de que estos adoptaron una serie de aparatos metodológicos y teóricos distantes respecto a los consagrados por el liberalismo y el conservadurismo, intentaron desmontar los soportes tradicionales sobre los cuales estos se basaban. Así, las principales críticas, considerando por supuesto las rencillas que venían acumulándose desde muchos años entre Eyzaguirre y algunos historiadores liberales, serán destinadas a la nueva historiografía marxista, por lo menos de un modo mucho más categórico y contundente que a los jóvenes considerados estructuralistas (Cf., Pinto, 2016: 52). Ni *Finis Terrae* ni el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, que sí publicó a varios historiadores de esta última tendencia surgida en el Instituto Pedagógico, donde además difundieron varias obras en la sección reseñas de libros³, no hicieron mención alguna a esta nueva forma de interpretar la historia. En cambio, *Historia* ocuparía toda su artillería en contra de la historiografía “marxista clásica”.⁴

3 Cf., el capítulo III.

4 Cf., el capítulo II.

En el presente capítulo, se establecerá el campo más amplio donde se desarrollaron las iniciativas por conferir a la Universidad Católica de un centro de investigaciones históricas y, en especial, de su difusión periódica, señalando a la Escuela de Derecho de esta Universidad, pero también a la de la Universidad de Chile, como un territorio de promoción inicial. Fue principalmente en la Escuela de Derecho del plantel privado en donde Jaime Eyzaguirre tuvo una mayor ascendencia intelectual y académica, logrando estructurar un soporte y una práctica que se relacionara, si bien no directamente con la producción historiográfica, sí con los estudios históricos-jurídicos, que era lo que se podía alcanzar allí dada la naturaleza de esta disciplina, sobre todo si no existían los estudios profesionalizados de la historia. Una de las modalidades que utilizó fue la creación de una colección de estudios que incluyó las memorias de grado de sus discípulos más sobresalientes, quienes se adentraron en la trama colonial con el fin de consolidar una representación histórica determinada de aquella época. A pesar de ese sitio instituido, los intelectuales conservadores de esta Universidad no desconocieron lo que se estaba produciendo en la esfera intelectual nacional, por lo que decidieron transitar de este tipo de práctica a una profesionalización del campo historiográfico que tuviera autonomía frente a la Escuela de Derecho y de ese modo fijar los estudios históricos, lo que terminó concretándose en los últimos años de la década del sesenta.

Teniendo este cuadro, daremos cuenta de cómo se fue reconfigurando un campo de conocimiento a partir de las interacciones y debates propios que implicó la disputa por espacios y saberes en este momento histórico, lo que para François Dosse (2007:14-15) significa representar al mismo tiempo las obras, los autores y el contexto que las vio nacer, una aproximación a las obras en la historia misma de su producción. Para estos efectos, es clave la exploración y análisis de las reseñas de libros y tesis de grado de los discípulos de Eyzaguirre que se publicaron durante los años previos al surgimiento de *Historia*, ya que nos permite esclarecer de mejor modo las percepciones, inquie-

tudes, proyecciones, promociones, itinerarios posibles que albergaron estos intelectuales, sobre todo porque las referencias tanto a estas obras como a los autores que le darán el contenido y el impulso a la nueva publicación, fue un paso decisivo y fundamental en su concreción. La confección de una cartografía que pone de relieve las reseñas que se hicieron en estos momentos contribuye a ver el preámbulo de un nuevo proyecto historiográfico.

Por otra parte, se describirá cuál fue el objeto de estudio preponderante de la generación que le dio vida a las investigaciones historiográficas en la Universidad Católica. Por último, si hemos preferido mencionar solamente los números publicados de *Historia* durante la década de los sesenta, se debe principalmente a que con el triunfo de la Unidad Popular y la dictadura militar que le sucedió a este gobierno, las condiciones históricas modificaron varios aspectos de la revista, lo cual está fuera del alcance de este capítulo.

23

1. El contexto intelectual entre 1940 y 1950

Los historiadores liberales de la época, que en su gran parte se formaron en la Universidad de Chile, elaboraron, siguiendo la huella que había forjado la historiografía liberal decimonónica, pero ahora con nuevas sensibilidades, una gama de trabajos que desacreditaron tanto el período colonial y la época portaleana, como a quienes persistieron en su defensa, o lo hicieron hace un tiempo atrás. Uno de los casos más emblemáticos fue representado por Ricardo Donoso, que en 1913 había ingresado a estudiar Historia y Geografía en el Instituto Pedagógico de esta Universidad. Mientras era profesor de esta casa de estudios, publicó en 1946 *Las ideas políticas en Chile*, donde interpelló al autor conservador de *La Fronda Aristocrática en Chile*, Alberto Edwards, afirmando lo siguiente:

“Pletórico de orgullo aristocrático y de reprimida hostilidad contra las tendencias democráticas [...] Su obra inspirada en el propósito de exaltar la contribución de la aristocracia santiaguina a la tarea de la organización política de la República, se halla animada por la odiosidad más enconada contra las ideas liberales” (Donoso, 1946: 11-12).

24

Si bien estas palabras fueron formuladas en 1946, el debate entre estas dos corrientes ideológicas se había iniciado desde principios de siglo, una vez que el pensamiento conservador dio vida a una crítica contra las representaciones liberales, extendiéndose a lo largo de toda la centuria. Valga tener presente que ambas formas de comprender el mundo prácticamente hegemonizaban el campo intelectual, por lo que el debate que se originó en los círculos oligárquicos estuvo encarnado por estas. Si en tiempos de la celebración del Centenario se levantaron voces de los sectores sociales populares y medios, estas no fueron producto de un pensamiento que sistematizara una concepción en clave historiográfica, aunque desde la década del treinta comenzó a modificarse esa situación.

No obstante, a partir de la confrontación intelectual entre el conservadurismo y el liberalismo, queremos despejar ciertas cuestiones antes de proseguir. La corriente liberal, además de contar con un conjunto de redes culturales a nivel nacional, desde la misma fundación de la Universidad de Chile, logró articular un espacio que preparó a los intelectuales que persistirían en la lucha a favor de sus proyectos. En contraste, hasta mediados del siglo XX, en términos académicos y de formación de escuela en el campo historiográfico, nada de ello se descubre en el caso del conservadurismo. Tanto Alberto Edwards como Francisco Antonio Encina, por nombrar a los intelectuales conservadores más insignes de la época, no hicieron carrera académica ni tampoco lograron, si es que se lo propusieron, organizar una corriente historiográfica institucionalizada en un aparato cultural como lo fue y

sigue siendo la Universidad.⁵ La influencia de estos dos intelectuales estuvo mediada por la permanente intervención en el debate público y por los espacios culturales y políticos con que contaron fuera del campo universitario.⁶ El momento en que el conservadurismo adoptaría un ritmo vertiginoso en términos académicos y de escuela en el sentido de dar vida a profesionales que se dedicaran a la investigación bajo ciertos esquemas teóricos y metodológicos, no fue resuelto hasta la década de los cincuenta y más acabadamente, en los años sesenta.

Esto último, por cuanto la ampliación de los aparatos culturales y el desarrollo de una formación social en que los modos de hacer política implicaron una incorporación permanente de los sectores medios y populares, desestabilizaron los mecanismos que se habían utilizado para reproducir las hegemonías de las que hemos hablado, provocando que los intelectuales de la oligarquía asumieran una tarea sustancial y de largo aliento, donde el enemigo ya no estaba solo representado por el liberalismo. Respecto a esto pensamos que la actividad de Jaime Eyzaguirre fue fundamental y de una importancia sin parangón en la historia del conservadurismo nacional, por lo menos en su vertiente historiográfica y académica, que es lo que nos interesa acá.

A diferencia de Edwards y Encina, el historiador hispanista nunca incursionó en la política partidista, buscando en otro campo una trinchera para dar batalla contra las ideas que no compartía. Al igual que como lo hicieron los intelectuales liberales, el campo universitario, especialmente en la Universidad Católica, se transformó en el terreno

5 Jocelyn-Holt (1997: 11), en la breve biografía que hizo de este historiador sostuvo que Encina desdeñó el ofrecimiento para ocupar un cargo como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile

6 Tanto Edwards como Encina fueron miembros fundadores del Partido Nacionalista en 1914. El primero fue ministro durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y el segundo fue diputado por Linares, Parral y Loncomilla entre 1906 y 1912 (Jocelyn-Holt, 1997: 11).

más idóneo para llevarla a cabo. Esto, por supuesto, no implicó en modo alguno que otras instancias hayan sido despreciadas. El propio Eyzaguirre, un par de años después de que el libro de Donoso destacara la virtud y la fuerza de las ideas liberales, publicó en 1948 su libro *Fisonomía histórica de Chile*, en el que dispuso una serie de tesis opuestas a las defendidas por este. Pero además de estos inconvenientes, es muy probable que le haya inquietado la fuerza que estaba tomando, de modo particular, el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en el que se fomentaban nuevas formas de interpretar la historia. El conjunto de intelectuales laicos, antirreligiosos, sumando a los marxistas que emergían en esta época, por señalar algo, se situaba en un caso complejo a enfrentar.

26

En ese mismo período, en 1949, el joven historiador socialista Julio César Jobet, en un artículo titulado “Notas sobre la historiografía”, decía que hasta ese momento en Chile las clases oprimidas nunca habían tenido sus propios historiadores, pues todos pertenecían a la clase dominante (1949: 357), cuestión que con la publicación del *Ensayo histórico del desarrollo económico-social de Chile* en 1951, ideas y tesis que si bien habían sido publicadas fragmentariamente en distintos números de la revista *Atenea*, se revertía, ya que pasaba a ocupar un lugar destacado en el bloque de las clases desposeídas como historiador y ensayista social. El mismo Guillermo Feliú en el prólogo que le preparó a su antiguo discípulo sostenía que Jobet y otros como Ramírez pertenecían a una corriente renovadora que se apoderaba de la historiografía chilena, agregando, por lo demás que el libro de Jobet era

“[u]na respuesta mucho más categórica a la escuela histórica conservadora... la que hace historia de familia para las familias patricias. La que entretiene en latas genealogías para avivar el orgullo de las castas... La que disimula su tendencia reaccionaria hablando de hispanidad y de hispanismo, como refugio de salvación nacional y universal” (Feliú, 1951: XIII).

No quepa duda de que en esa corriente conservadora⁷ era prominente la figura de Eyzaguirre, lo que fue enfatizado cuando en otra nota sobre la publicación del ensayo de Jobet, Ricardo A. Latcham sostuvo que el libro era, a pesar de que el autor no se lo había propuesto, una especie de réplica indirecta a *Fisonomía histórica de Chile* de Eyzaguirre, “escritor católico, hispanista y defensor de la tradición” (Citado en Elgueta, 1997: 189).

Por último y para terminar con este apartado, quizá se deba aclarar que no pensamos a este conjunto de historiadores del Pedagógico, algunos ya consagrados y otros nóveles, como un cuerpo monolítico en tanto el tipo de representación histórica que elaboraron, pues si bien gran parte de ellos se posicionaban en una vereda muy alejada sobre la que marchaban los conservadores como Eyzaguirre, no debe desconocerse que al interior del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile convivían distintas corrientes interpretativas de la historia. Ricardo Krebs, inscrito en la Tradición Hispánica, como le denominó Augusto Salinas, era profesor de esta casa de estudios. Algo similar ocurría con Mario Góngora. Tampoco se puede desconocer que Sergio Villalobos, en el mismo momento en que polemizaba con Eyzaguirre, lanzaba los dardos contra Hernán Ramírez Necochea, profesor del Instituto Pedagógico, a quien acusó de incurrir en una falsedad cuando usó un documento fragmentado para defender su tesis respecto a la libertad comercial como motivación criolla para la independencia (Villalobos, 1961: 108). Por lo mismo, más allá de que podría ser operativa la conceptualización de una tradición hispánica y otra tradición del Instituto Pedagógico para diferenciar corrientes historiográficas opuestas, como lo ve Salinas, este velo esconde diferencias mayores entre quienes se desenvolvían en el marco de la Universidad de

7 Por historiografía conservadora nos referimos a un modo de representar la historia a partir de ciertas nociones ideológicas como las de orden, jerarquía, tradición, legalismo, unidad, correspondidas con y entre el nacionalismo conservador y el hispanismo tradicionalista. Una aproximación a esta historiografía en Julio Pinto (2016).

Chile, sin perjuicio, por supuesto, de que los marxistas hayan estado más cerca de la interpretación liberal que la resguardada por el conservadurismo. Por cierto, Luis Ortega Martínez en su artículo “La historiografía económica de Chile. Reflexiones y balance” sostuvo que los historiadores profesionales que se dedicaron a escudriñar la época colonial, de los cuales varios eran del Pedagógico, lo hicieron como una forma de evitar el ideologismo e inmediatez que tiñó la obra de los seguidores de la CEPAL y de los historiadores marxistas (Ortega, 1987-88: 58). Como se puede ver, había diferencias al interior del Pedagógico que, por lo menos acá, no podemos soslayar.

2. Las Escuelas de Derecho, primeras incursiones

28

Eyzaguirre, en las Escuelas de Derecho de la Universidad Católica y de la Universidad Chile, donde se desempeñaba como profesor de Historia del Derecho, venía estimulando en sus discípulos el desarrollo de investigaciones histórico-jurídicas que rescataran la era colonial a partir de un enfoque hispanista. El resultado, a luz de las tesis que fueron elaboradas en la época, muestra un terreno muy abonado que relumbra por la influencia que logró en sus estudiantes, quienes, por lo demás, fueron públicamente reconocidos por la divulgación de estas y sus respectivas reseñas en las revistas que el maestro dirigió. Las referencias de las tesis universitarias que a continuación mencionaremos permiten visualizar de qué modo se propendió a la configuración de un determinado campo de saber, sobre todo cuando a través de estas recensiones se destacaron obras, determinadas representaciones, itinerarios intelectuales, disposiciones, respaldos y promociones académicas, etc.; pero también cómo en ese mismo proceso de configuración se fue instituyendo una ruptura que daría paso a la conformación de una nueva tradición historiográfica. Estas recensiones en tanto discursos fueron desplegadas en sentido de estrategias que al ser enunciadas

fueron formando una imagen de lo que se deseaba producir. No solo valía la materialidad de una determinada práctica sino también cómo se referían a ella. Veámoslo.

Diez años antes de que se fundara la revista *Historia*, Eyzaguirre en 1951, en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, del que era director, como ya señalamos, reseñó una memoria de licenciatura de Derecho publicada por la Universidad estatal que llevaba por nombre *Derecho procesal indiano*, resaltando lo que venimos expresando:

“Los últimos años han revelado una progresiva preocupación por el estudio de las instituciones de la época hispánica, tan desestimada por el juicio ligero y cargado de intención política de los historiadores del siglo pasado. Esta actitud revisora, en consonancia con una postura rigurosamente científica, ha encontrado en las Escuelas de Derecho aliento desde las cátedras y Seminarios, favoreciendo así la elaboración de diversas tesis que han ido clarificando paulatinamente el panorama histórico-jurídico nacional” (Eyzaguirre, 1951:133-134).⁸

29

En el mismo *Boletín*, unos años más tarde, en 1956, Eyzaguirre promovió tanto el trabajo como las competencias intelectuales de otro discípulo de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, Andrés Huneeus Pérez, quien se incorporó al comité editorial de la revista *Historia* en 1962. El libro de Huneeus, *Historia de las polémicas de Indias en Chile durante el siglo XVI, 1536-1598*, fue reseñado por Eyzaguirre del siguiente modo:

8 Eyzaguirre concluyó esta reseña señalando que “[t]odo eso no viene, en suma, sino a demostrar que el desdeñoso, cuando no ultrajante, parecer que de la justicia española en Chile dieron y aún siguen dando algunos historiadores, es inconsistente y reclama una formal modificación”. Jorge Corvalán Meléndez y Vicente Castillo Fernández, autores de esta tesis, estudiaban paralelamente derecho en la Universidad Católica y en la Universidad de Chile y Eyzaguirre fue el profesor guía, quien la aprobó como “sobresaliente”.

“La envergadura de la obra que comentamos es una muestra de la madurez mental y preparación científica de su joven autor. El resultado alcanzado ya permite albergar grandes esperanzas en los futuros trabajos que emprenda el señor Huneeus y en especial en la prolongación que aguardamos del presente estudio histórico-jurídico a nuestro siglo XVII” (Eyzaguirre, 1956: 155).⁹

La energía por promover y dar a conocer los trabajos de tesis de sus alumnos, condujo a Eyzaguirre a crear una colección de estudios al interior de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica. Ella consistió en la divulgación de las memorias de pruebas más destacadas de los estudiantes, tal como lo venía haciendo su símil de la Universidad de Chile con sus Cuatro Colecciones, la que incluía la Colección de memorias de licenciados. La Universidad Católica a esta serie la denominó Estudios de Historia del Derecho chileno. La primera tesis publicada vio la luz en 1955 y correspondió a los estudiantes Roberto Oñat y Carlos Roa, cuyo nombre fue *Régimen legal del ejército en el Reino de Chile. Notas para su estudio*. Eyzaguirre en una reseña en *Finis Terrae* sostuvo:

“El conjunto guarda armonía en la distribución de las materias y da la sensación de un estudio emprendido con meticulosidad y criterio, honradez científica y amor al tema escogido, todo lo cual no abunda en las tesis que para alcanzar grados universitarios se presentan hoy en día. Con este valioso trabajo se inicia la publicación de una colección de Estudios de Historia del Derecho chileno por la Universidad Católica de Chile” (Eyzaguirre, 1954a:79-80).

Andrés Huneeus reseñaría la segunda tesis publicada por esta colección, la de otro fundador de *Historia*, Javier González Echenique,

9 Gonzalo Vial (1956b: 84), de igual modo reseñó el libro de Huneeus en la revista *Finis Terrae*, destacando la gran labor del autor por adentrarse en un campo desconocido que lo identificó como “historia ideológica del Reino de Chile”.

correspondiente al número 2, donde ya se podía advertir que la selección de una determinada representación histórica sería parte fundamental en la nueva imagen que se deseaba configurar:

“La calidad sobresaliente de ambos trabajos nos hace pensar que, por este camino, la ‘Colección de Estudios de Historia de Derecho chileno’, va a llegar a tener una gran importancia. Los conocimientos que aportan elevan los estudios jurídicos a un plano mucho más alto que el de la mera exégesis de los textos legales vigentes; y, además de eso, pueden suministrar a nuestros futuros hombres de Derecho una fuente de inspiración doctrinaria, que tendría el mérito de ser cristiana y nuestra, y podría dar origen, por lo tanto a una legislación orgánica y construida sobre la realidad de una tradición histórica” (Huneus, 1954: 82).

El mismo tono cobró una reseña hecha por Armando de Ramón en 1958, otro fundador de *Historia*, cuando reseñó la memoria de prueba de Tulio Vivanco, *Notas sobre la condición legal del extranjero en el Reino de Chile*, correspondiente al número 5 de la colección. De Ramón sostuvo que era “Feliz la iniciativa” de esta Facultad, pues:

“Ha patrocinado la periódica aparición de las memorias de prueba más sobresalientes relativas a la historia del derecho. Si bien puede estimarse que algunas de las obras públicas adolecen de ciertos vicios y defectos, ellos son debido en gran parte a la inexperiencia de los jóvenes autores, pero en cambio cuentan a su haber con la realización de un estudio sistemático y lo más completo posible de capítulos de nuestra historia aun no bien conocidos, y que allí se han abordado por primera vez [...] Puede, pues, concluirse que estamos frente a un estudio interesante que llena un vacío de nuestra historiografía y al cual, sin duda, seguirán otros que completarán los aspectos aquí abordados” (De Ramón, 1958:143-142).

Cuando apareció el primer número de la revista *Historia* en 1962, la colección llevaba seis publicaciones. Además de las recientemente

referidas, se encontraban las de Sergio Riveaux Villalobos, *La justicia comercial en el Reino de Chile*, correspondiente al número 4 de 1955¹⁰, y *La Tasa de Gamboa* de Ágata Giglo Viel, número 6 de 1962.¹¹ Tras la promoción de estas tesis, Jaime Eyzaguirre se consignaba como el profesor informante, y todas, por lo que se percibe, estuvieron enfocadas en el período colonial, respecto al cual se referían como “Reino de Chile”. Este término empleado fue el preferido por los hispanistas, quienes, quizá reforzado por el libro recién publicado de Ricardo Levene *La Indias no son colonias* (1951), no consideraban que las posesiones españolas hayan sido meros territorios de explotación, pues esa consideración denotaba un aspecto negativo que tanto las intenciones de España como los hechos, según estos, la historia no corroboraba

32

La nueva colección que empezó a circular, se transformó en uno de los primeros soportes materiales, teniendo como función restablecer las huellas de la historia colonial a través de una jerarquización de las representaciones emanadas de los estudiantes de Derecho de la Universidad Católica. Quizá la categoría selección sea una que deba estudiarse

10 Vial (1956:82) en la recensión que hizo sobre la tesis de Sergio Riveaux, sostuvo que “[m]ala suerte han tenido el siglo XVIII español y su Casa Reinante: la Borbón. El historiador decimonónico los incluyó en su odio ciego a la Madre Patria, y la reacción prohispanica también los miró con antipatía, por haberse ‘afrancesado’, olvidando las esencias nacionales. Mas hoy comienza a hacerse justicia”, gracias al nuevo estudio de Riveaux, pues comienza a mirarse con “mayor objetividad”.

11 Eyzaguirre (1962:13) quien fue el profesor guía de esta tesis señaló que “[s]orprende en este su primer trabajo histórico jurídico, el seguro manejo y dominio de la bibliografía, la agudeza crítica y la ordenada distribución de los temas, como también la sagacidad y prudencia demostrada en sus conclusiones [...] el aporte de la señorita Giglo representa un especial avance en el conocimiento de la historia abordada y puede señalarse como un modelo de monografía institucional del período indiano.” Esta tesis fue galardonada con el Premio Miguel Cruchaga Tocornal otorgado por la Academia Chilena de la Historia correspondiente al año 1960. Por otro lado, no pudimos encontrar al autor o la autora del número 3 de esta colección.

de modo más prolijo en la operación que Eyzaguirre llevó adelante en sus empresas editoriales, ya que una lectura superficial a juzgar por los títulos de las obras que se hicieron conocidas en ese período y que aquí hemos dado cuenta, señala una aspiración a representar la sociedad bajo un cuadro ideológico bien estructurado, sobre todo como una forma de enfrentar la crisis cultural que sufrían los sectores oligárquicos conservadores. El margen para el despliegue de otras representaciones no fue recurrente en la actividad editorial de este historiador, lo que una vez más se demostrará cuando echemos un vistazo a las publicaciones de *Historia*.

Pero enfoquémonos de modo rápido en dos de los estudiantes más emblemáticos, futuros historiadores que serían parte de la fundación de la revista *Historia* y de la consolidación del campo historiográfico en la Universidad Católica: Javier González Echenique y Gonzalo Vial Correa, el primero publicado en la colección ya aludida y el segundo por el Instituto.

En el año 1954 fue publicada la tesis de grado de González, titulada *Los estudios jurídicos y la abogacía en el Reino de Chile*. El autor sostenía que “La institución de la abogacía de nuestros años hispánicos [...] ha sido a menudo mirada con una despreocupación en que se mezclaba la indiferencia con la ojeriza que hasta hace no mucho impregnaba los juicios referentes a nuestro pasado español”. Agregó que su trabajo tendía a “dar a conocer el período de formación de nuestra personalidad de nación”, con el objetivo de que se fortaleciera esa misma personalidad. Además, González, aprovechó de agradecer “la labor creadora de España, a cuyo espíritu debemos lo que somos y al cual deberemos ser fieles si queremos serlo al nuestro” (González, 1954: 15).

Por ese mismo sendero trazado, Vial que había ingresado a estudiar Derecho en la Universidad Católica a mediados de siglo, explicitaba en su tesis de grado, *El africano en el Reino de Chile*, publicada en 1957, que con su estudio contribuía a una futura composición de una

Historia general del Reino de Chile. Si aún no existía un estudio profundo de los siglos coloniales, se debía, según Vial, a la “animadversión que por ellos abrigaron, salvo contadas excepciones, los historiadores decimonónicos” (Vial, 1957: 7), el mismo argumento que depositó González en su estudio.¹²

Ambas tesis fueron dirigidas por Eyzaguirre, pero como hemos visto, no correspondían, como todas las memorias de pruebas que ya hemos sugerido, a un espacio en que se cultivara la historia profesionalmente. Destacó en González, por ejemplo, su “sensible vocación de historiador”, pero esa voluntad no la consideraba suficiente.¹³ Por más que los límites de la producción historiográfica de la época de vez en cuando hayan sido difusos, donde la renovación histórica estaba aún en ciernes, las herramientas teóricas y metodológicas del Derecho estaban concebidas para otros fines. Faltaba el terreno en donde emergiera el estudio sistemático de esta disciplina, con cuya labor se estableciera una fina tradición, similar a la que estaba ocurriendo en el Pedagógico de la Universidad de Chile, pero con un enfoque y disquisiciones distintas. Por lo menos desde la década de los años treinta, el Pedagógico venía abriendo los espacios a los estudios e investigaciones históricas no tradicionales,

34

12 De Ramón (1953: 15-16), sostuvo en su libro *Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro* que, la falla más grande de la historiografía liberal, en especial la de Barros, residía en el prejuicio contra todo lo español, “prejuicio que puso una venda en los ojos de estos escritores y tergiversó los hechos narrados, haciendo a veces incomprensible el desarrollo de la historia patria [...] Por ello es preciso rehacer todo lo que se ha escrito sobre la dominación española en América”.

13 Otro discípulo de Eyzaguirre en la Escuela de Derecho que siguió el camino trazado por el maestro y que se incorporó como miembro de la revista *Historia* en sus primeros años fue el abogado Fernando Silva Vargas. En 1962, a petición de Javier González y Jaime Eyzaguirre, se publicó su tesis de grado *Tierras y pueblos de indios en el Reino de Chile* en la Colección de Estudios de Historia del Derecho chileno correspondiente al número 7. Esta tesis de grado fue distinguida con el premio Miguel Cruchaga Tocornal de la Academia Chilena de la Historia.

cuyos máximos resultados fueron palpables durante los años cincuenta con la publicación del *Ensayo crítico del desarrollo social económico de Chile*, de Julio César Jobet, *La guerra civil de 1891. Antecedentes económicos*, de Hernán Ramírez Necochea, ambas publicadas en 1951¹⁴ y otras tantas tesis dirigidas por este último, como las de Iván Ljubetic y Carmen Ortiz, *Estudio sobre el origen y desarrollo del proletariado en Chile durante el siglo XIX*, de 1954, y la de Fernando Ortiz, *La cuestión social en Chile: antecedentes 1891-1919* de 1956. También considérese las tesis de los militantes socialistas, Jorge Barría Serón y Osvaldo Arias.

3. Consolidar un campo historiográfico autónomo

Eyzaguirre, desde la misma década del treinta, venía incursionado en el desarrollo de los estudios historiográficos. Si bien no formó parte de la fundación de la Academia Chilena de la Historia, desde su origen ocupó un papel protagónico. La Academia, según Ricardo Krebs, nació en 1933 por iniciativa del rector Monseñor Carlos Casanueva, a saber, por motivaciones que se originaron al interior de la Universidad Católica. Los primeros trabajos de la Academia fueron publicados por la *Revista Universitaria* de esta casa de estudios, pero con el tiempo se creó el *Boletín*, lo que le dio autonomía a la institución cortando el vínculo directo con la Universidad durante la década del treinta (Hernández, 1983:9). Krebs, Muñoz y Valdívieso agregaron que Eyzaguirre, “deseaba crear en la Universidad un centro de pensamiento que velara por las tradiciones más valiosas de la historia patria” (1994: 346-347), pero como se vio, la Academia tomó vida independiente.

Le inquietaba dar vida a un campo con autonomía donde, tal como ya lo había hecho a través del Departamento de Extensión Cultural al fundar la revista *Finis Terrae* en 1954, la matriz ideológica es-

14 En este mismo período fue publicado el libro *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos*, de Marcelo Segall.

tuviera orientada por el hispanismo y el tradicionalismo católico. La importancia que tomaba para Eyzaguirre el cultivo de la historia como trinchera de lucha respecto a las representaciones sociales que eran parte del giro intelectual más o menos desde mediados del siglo XX, se imponía como una cruzada de primera línea.

Desde que se había fundado la Escuela de Pedagogía en la Universidad Católica, las asignaturas de Historia que se impartieron fueron lideradas por Jaime Eyzaguirre, Ricardo Krebs y Mario Góngora, pero el objetivo era formar, por el momento, profesionales competentes que tuvieran una “sólida formación religiosa y cultural” (Krebs et. al., 1994: 342). Recién en 1954 se fundaría el Instituto, el que estaba “destinado a fomentar el estudio de la Historia de Chile y la de los demás pueblos hispano-americanos” (Hernández, 1983: 17).

36

En la sección de la revista *Finis Terrae* que aludía a las actividades que se desarrollaban en la Universidad Católica se sostuvo que “[e]l nuevo organismo forma parte de la Facultad de Filosofía y Letras. Su Director fue nombrado por el Rector de la Universidad, como asimismo los miembros ordinarios” (*Finis Terrae* 1, 1954: 79). El director designado fue Jaime Eyzaguirre y como miembros, también designados, Julio González Avendaño, José Armando de Ramón, Fernando Guarda Geywitz, Javier González Echenique, Gonzalo Vial Correa y Andrés Huneeus Pérez, vale decir, la mayoría discípulos y amigos de Eyzaguirre. El primer estudio que el Instituto publicó fue el libro de José Armando de Ramón, *Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro*. La revista *Finis Terrae*, dirigida por Eyzaguirre, difundió el libro de Armando de Ramón y encomió la capacidad de este como historiador. Señaló:

“La escuela historiográfica chilena, que mantuvo tan alto prestigio nacional en tiempos pasados, cuenta en nuestros días con jóvenes seguidores de mérito, entre los que hay que destacar a los componentes del recién creado Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica de Chile. Apenas constituido, el novel organismo ha podido dar como fruto de unos de

sus miembros más fervorosos, don José Armando de Ramón, la obra cuyo título encabeza estas líneas [...] El señor de Ramón ha llenado así con estas páginas un vacío importante en nuestra historiografía y logrado un sitio estimable en la nueva promoción de historiadores nacionales” (Eyzaguirre, 1954b: 79).

Sin embargo, el Instituto gozaba de autonomía respecto del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad, donde no existía ningún tipo de relación (Krebs et. al., 1994: 473). Esto es cierto en gran medida, pues quienes conformaron el Instituto, la mayoría, no se desempeñaban en aquel departamento. Eyzaguirre obtuvo colaboración de estudiantes y profesores de Derecho y de intelectuales que provenían de otras disciplinas.¹⁵ Quizá en esto reside la debilidad de los trabajos mencionados en la introducción, en vista de que inquietan en otro lugar respecto a los antecedentes de la conformación de las investigaciones historiográficas de la Universidad Católica.

El Instituto más que producir un trabajo organizado, lo que hizo fue fomentar los estudios de un grupo de jóvenes intelectuales que provenían de otros campos profesionales, en especial, de las escuelas de Derecho, pero que mantenían la pasión por la historia.

Que la revista *Historia*, órgano de difusión de dicho Instituto, fundada en 1961, fuese erigida por Jaime Eyzaguirre, Javier González Echenique, Gonzalo Vial Correa, los tres abogados de la Universidad Católica, Ricardo Krebs, doctor en Filosofía, fray Gabriel Guarda, quien cursó estudios de Arquitectura, fray Carlos Oviedo, con estudios de Teología, Armando de Ramón, Andrés Huneeus, abogados de la Universidad de Chile, los mismos que dieron vida al Instituto, confirma una voluntad que más que nacer de una práctica profesional de la historia propia de historiadores, comprendiéndola en su campo de delimitaciones teóricas y metodológicas, tendió a la configuración de

15 Por ejemplo, la tesis de Gonzalo Vial no fue publicada en la Colección de Estudios de Historia del Derecho chileno, sino que a través del Instituto de Investigaciones Históricas, de seguro para ir dotándole de fuerza.

ella, es decir, a su institucionalización y profesionalización.¹⁶ Este hecho no significó que los trabajos histórico-jurídicos no los haya considerado científicos, o les haya restado valor. Al observar las reseñas que estos intelectuales hicieron de muchas obras de sus alumnos, condiscípulos, etc., se constata el énfasis que pusieron en destacar la rigurosidad y la seriedad de las obras emanadas de los estudiantes de derecho. La revista *Historia*, seguiría siendo tribuna de los estudios históricos-jurídicos. No obstante, por todas las empresas editoriales de Eyzaguirre, es dable pensar que estos intelectuales esperaban que al interior de la Universidad Católica emergiera un espacio de combate intelectual independiente en el orden historiográfico que no estuviera supeditado a una sola escuela. Eyzaguirre en 1967, expresó que el Instituto de Historia tenía como objetivo principal “estimular y coordinar la labor de investigación en la diferentes facultades y escuelas universitarias” (Eyzaguirre, 1999: 336).

Como puede verse, hasta esta parte los estudios profesionales de historia de la Universidad Católica estaban recién tomando forma y no sería hasta 1964, con la fundación del Centro de Investigaciones Históricas, dependiente del Departamento de Historia y Geografía, que la formación de investigadores y el fomento de las indagaciones historiográficas tendrían un lugar establecido¹⁷, cuyos resultados fueron publicados en *Historia*. La profesionalización para Eyzaguirre debía dotar de un sentido a los estudios históricos, lo que implicaba, aun cuando no se expresara abiertamente, la normalización de estos, algo que fue bien destacado en la Universidad Católica, por lo menos durante la década de los años sesenta, a diferencia de la Universidad de Chile, donde convivían diferentes miradas del quehacer historiográfico.

16 Hasta 1961, Jaime Eyzaguirre, Ricardo Krebs y José Armando de Ramón eran miembros de número de la Academia Chilena de la Historia. En 1964, Gonzalo Vial sería incorporado a esta última como tal.

17 Krebs sostuvo que el Centro de Investigaciones Históricas, que se fue fusionando con el Instituto de Investigaciones Históricas, “prepara y forma futuros profesores para el Departamento, ayudantes e investigadores”. Reproducido en Hernández (1983: 18).

4. Disputas, objetos de estudio y representaciones

La producción histórica de la Universidad Católica, como se deduce de las tesis de grados de los discípulos de Eyzaguirre, estaba centrada en la época colonial, lo mismo que ocurría con una parte de la nueva generación del Pedagógico de la Universidad de Chile, que tomó algunos elementos de los *Annales* franceses. En ese instante fueron los historiadores marxistas quienes tomaron un camino distinto, teniendo como centro, en lo principal, la era republicana, salvo Ramírez, que en 1959 publicó su libro *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, que trata del fin del período colonial.

La rápida modernización historiográfica que vivía el Pedagógico de la Universidad de Chile, teniendo por lo menos tres corrientes interpretativas distintas, y con cierta distancia de la visión conservadora, aunque no de modo completo, fue una cuestión que le inquietaba a Eyzaguirre, sobre todo si la Universidad Católica aún no incursionaba en ello con el objetivo de establecer una tradición historiográfica. En un estudio biográfico sobre la vida de este último, Álvaro Góngora, Alexandrine de la Taille y Gonzalo Vial, sostuvieron que a Eyzaguirre le preocupaba que los estudiantes de la Universidad de Chile publicaran más rápido que sus discípulos de la Universidad Católica. Señalaron que “experimentaba auténtica angustia, continua y muy vocalmente expresada, por la sola posibilidad de que publicaran antes que sus discípulos” (Góngora, et. al., 2002: 193). Esta referencia tiene relación con el hecho de que Sergio Villalobos y Rolando Mellafe, de la Universidad de Chile, y José Armando de Ramón y Gonzalo Vial, de la Universidad Católica, trataban temas históricos similares en sus tesis de grado o investigaciones históricas.

En 1959, la Universidad de Chile publicó el libro de Rolando Mellafe *La introducción de la esclavitud negra en Chile: Tráfico y rutas*, galardonada con el premio Miguel Cruchaga Tocornal concedido por la Academia Chilena de la Historia, y en 1957, Gonzalo Vial, como

vimos con anterioridad, defendió su tesis *El Africano en el Reino de Chile*, la que también fue honrada con el mismo premio. En ese año, la colección Estudios de Historia Económica que publicó el trabajo de Mellafe, editó el libro *Los asientos de trabajo y la provisión de mano de obra para los no encomenderos en la ciudad de Santiago, 1586-1600*, del militante comunista Álvaro Jara, formado en el Departamento de Historia del Pedagógico de la Universidad de Chile. En 1954, Mellafe y Villalobos, en conjunto, publicaron el libro *Diego de Almagro*, también promovido por el Departamento de Historia de la Universidad estatal y prologado por el historiador liberal Guillermo Feliú. Armando de Ramón en 1953, con el auspicio del Instituto de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica, publicó su libro *Descubrimiento de Chile y Compañeros de Almagro*¹⁸, como señalamos con anterioridad.

40

El núcleo conservador compuesto por Gonzalo Vial, Javier González, José Armando de Ramón, Fernando Silva Vargas, entre otros, se mantuvo respecto al objeto de estudio, como hemos visto, más próximo a la generación de Mellafe, Villalobos y Jara, que a la de Julio César Jobet, Hernán Ramírez Necochea, Marcelo Segall, Jorge Barría Serón y Fernando Ortiz Letelier.

No cabe duda de que durante la década de los cincuenta se asistió a una ruptura en el orden de los significados y hegemonías que habían operado hasta esos momentos. Ahora concurrían implicancias que alcanzaban horizontes geográficos que sobrepasaban las fronteras nacionales. Con el trascurso de la Segunda Guerra Mundial y el derrumbe del imperialismo europeo y los movimientos de liberación nacional, las demandas por pensar de otra forma los espacios ocupados directa e indirectamente por las potencias capitalistas, sin perjuicio de otros

18 De Ramón (1953:18), sostuvo en la Introducción que contó con la “valiosa ayuda del distinguido historiador don Jaime Eyzaguirre, a quien agradezco sus atinados consejos y observaciones y el constante aliento que ha dado a todos mis estudios e investigaciones”.

tantos problemas acumulados¹⁹, tuvo profundo impacto en el campo académico e intelectual.

La CEPAL, creada en 1948, la irrupción de las ciencias sociales y la modernización historiográfica, situaron sus preocupaciones en las estructuras que impedían el tránsito del subdesarrollo al desarrollo de la región y del país. Si los tiempos coloniales o el período republicano se transformaron en objetos de reflexión entre las distintas corrientes ideológicas, tuvo que ver, aunque no siempre, con ese tipo de inquietudes, pues se buscaba desentrañar los factores que originaron y mantenían al país en el atraso. Por ejemplo, Marcelo Carmagnani, en una entrevista sostuvo que el principal motivo que lo condujo a los estudios sobre minería colonial y desarrollo económico de Chile fue debido a la “inquietud por comprender las raíces históricas del atraso económico de las áreas latinoamericanas, en especial si el desfase entre las diferentes áreas tenía origen en la relación colonial” (Sagredo, 2014: 39). Quienes estaban pensando en determinados proyectos sociales, como muchos de los intelectuales de la época, especialmente militantes de los partidos de las izquierdas, si no fijaron la mirada en la era colonial, o en el curso de la independencia, lo hicieron respecto a los tiempos del imperialismo que ubicaron a fines del siglo XIX. Este fue el caso, por ejemplo, de Hernán Ramírez, quien estaba inspirado por la teoría leninista del imperialismo, lo que lo condujo a elaborar un compuesto de tesis centradas en esa fase histórica.

Que el movimiento comunista o socialista haya contado con un conjunto de historiadores en sus filas era algo que no podía pasar desapercibido por los núcleos conservadores, sobre todo si estaban amparados y eran promovidos por los distintos medios de la Universidad estatal. El socialista Raúl Ampuero en el prólogo de *Hacia una teoría*

19 Más allá de las reflexiones que originó la “cuestión social”, desde la década del treinta el problema del indigenismo tomó un rápido vuelo. En Chile, también se transformó en un problema a discutir, sobre todo por las propensiones de los apristas exiliados que se habían radicado en el país.

marxista del Estado, de Clodomiro Almeyda, publicado en 1948, el cual había sido la tesis para la obtención del grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, sostenía que el joven autor entregaba

“[s]u primer tributo a la ideología socialista, y, con su participación militante en la lucha, hace realidad el ideal marxista de la vinculación estrecha entre teoría y práctica. Su memoria de prueba la ha utilizado para ofrecer una sistematización de las ideas marxistas acerca de la teoría del Estado, que según nuestras informaciones, es el primer ensayo orgánico que sobre la materia se escribe en América Latina respecto de un tema que sólo ocasionalmente ha sido abordado en la literatura socialista extranjera” (Ampuero, 1948, *s/p*).

42

Ampuero, al preguntarse “¿hasta qué punto se podría prestar aprobación, en la Escuela de Derecho, a una investigación cuya orientación ideológica se dirige a la destrucción del Derecho y del Estado?”, respondía que una tesis como esta solo era posible en una “Universidad verdaderamente democrática y libre”, la misma universidad que fue cuestionada directamente por la oligarquía a causa de que los *Anales de la Universidad de Chile* publicó el *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, de Julio César Jobet.

Hasta 1950, en el país, el comunismo, pensándolo como un concepto más bien elástico, era percibido como un movimiento eminentemente político, sin la conexión académica que se avizó después de esa fecha. Las referencias que hizo Eyzaguirre en 1947 (Lecaros, 1995: 198-199) respecto a la trayectoria del comunismo, antes de que se hicieran conocidas las obras historiográficas de estos historiadores, se realizaron bajo ese esquema de percepción; cuestión muy distinta cuando fundó la revista *Historia*, donde en una sección que llevó por nombre Fichero Bibliográfico se criticó a estos historiadores, lo que se verá en el siguiente capítulo.

Por otra parte, estos historiadores marxistas, en especial Ramírez y Jobet, concebían el período colonial como una etapa eminentemente feudal²⁰, sobre la cual no prestaron mucha atención, lo que a una simple mirada los situaba más cerca del enfoque que elaboró la producción historiográfica liberal. Los tres siglos coloniales eran percibidos como una época oscura y de estanco respecto a la cual nada digno de historiar podría ocurrir. En especial para el liberalismo la historia patria había empezado con el proceso de independencia. Por el contrario, los historiadores hispanistas reclamaban una mirada objetiva que rescatara la dinámica propia y fecunda que se desarrolló en aquella etapa²¹ donde la nacionalidad, por ejemplo, destino último, logró tomar forma. Desconocer ese curso significaba abandonar las tradiciones y, por lo tanto, desviarse del camino a que estas conducían, provocando en último término una decadencia nacional.

Por lo mismo, la corriente conservadora no escatimó en poner su foco en el período de dominación imperial, tan vilipendiado por la historiografía decimonónica y en ese mismo momento por una parte de la marxista. Como hemos visto, el asunto de la temporalidad cobraba distintos significados dependiendo del lugar desde el cual se

20 No fue el caso de Marcelo Segall, quien, particularmente por este término, sostuvo que tanto Ramírez como Jobet caían en una “aberración teórica”. Para Segall (1953:36), la colonia no había sido feudal sino capitalista. En todo caso, al igual que los otros dos historiadores, sus trabajos se centraron en la era republicana, haciendo alusión a esta etapa de modo superficial.

21 Este punto es bastante interesante, puesto que, independiente del imaginario social que compartían respecto a la época colonial, es imposible que a lo largo de tres siglos ningún evento haya ocurrido. Esa visión reduccionista en torno a la época colonial o a la Edad Media hoy está completamente superada. Sin embargo, el sector que en Chile tuvo un real impacto no fue el de los historiadores conservadores, sino el de los jóvenes asociados con la historiografía estructuralista, quienes tuvieron una buena acogida por parte de estos —después de todo lo que le preocupaba a Eyzaguirre—, pues no compartían la mirada liberal.

concebía el objeto de estudio. La reproducción del imaginario social que veía a la nación como un producto natural de la era colonial determinó a estos intelectuales conservadores a fijar los límites en esta época, ya que aseveraban que con el “descubrimiento”, el nuevo mundo se introdujo en el concierto de la historia, implicando con esto sumarlo al destino común que superó el “caos” que prevalecía antes del arribo europeo.²² España había sido una fuerza civilizatoria²³, por lo que a estos intelectuales les preocupaba demostrar que la era colonial no fue un período estéril donde el despotismo impidió la creación individual.

44

22 Para los hispanistas, el período comprendido antes de la conquista europea era concebido como un crisol de pueblos sin unidad que vivían en el desorden, lo que les impedía ser parte de la historia. Muy por el contrario, al “soplo de un ideal superior”, fuerza esencial que impulsó a la España del siglo XVI. En todo caso, para estos, la diversidad, germen de una serie de condiciones propias a cada realidad local en América, terminó por fragmentar esa unidad y gestó las naciones, comunidades naturales para los hispanistas. Para Eyzaguirre (1955:76), “las singularidades locales no excluyen sino enriquecen el conjunto” de naciones.

23 En las Observaciones finales de la tesis de Huneus (1955: 128-129) se sostiene que “[el] concepto que los conquistadores tuvieron de nuestros indígenas fue, evidentemente desfavorable. Sin embargo, es claro también que *tuvo un fundamento en la realidad que vieron*. Pero es importante advertir que ellos mismos y las autoridades civiles y eclesiásticas tenían conciencia de la necesidad de sacar al *indio rudo, flojo y vicioso* de ese estado y hacer de él un hombre y un cristiano. Este era el objeto directo y principal de la evangelización, del régimen político y administrativo que fue creado para ellos y aún, en cierto grado, de las encomiendas y la compulsión del trabajo [...] El régimen político y administrativo creado para los naturales y todo lo que se hizo para evangelizarlos son los aspectos más favorables de la penetración. A través de ellos, se trató de realizar la máxima aspiración ideal de la conquista: reformar a los indios al ser de hombres para que viniesen a adquirir lumbre de cristianos” (cursivas nuestras). Huneus se formó en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile donde conoció a Eyzaguirre, quien seguramente lo invitó a participar de sus proyectos intelectuales.

El estudio de la historia, como se advierte en estos historiadores, también se encauzaba como “proyecto social”, al decir de Josep Fontana (Fontana, 1999). La revista *Historia* de tiraje anual, que empezó a circular a fines de 1962, curiosamente no se presentó con un editorial que trazara las líneas fundamentales por las que correría en los tiempos venideros. Ni tampoco la revista *Finis Terrae*, dirigida también por Eyzaguirre, en su sección Vida en la Universidad Católica, hizo mención a su apareamiento como ya lo había hecho con la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas en 1954.

Quizá valga la pena señalar que avanzados los años sesenta, la tensión producto de miradas divergentes respecto a los enfoques oficiales al interior de la Universidad Católica terminó desembocando durante la reforma universitaria, debido a la presión de los estudiantes, en el abandono de Jaime Eyzaguirre de la dirección tanto del Departamento de Extensión Cultural como de su órgano oficial, la revista *Finis Terrae*, acusada por su “exagerado hispanismo”. Un editorial que comprometiera el conservadurismo hispanista en esta época acaso fue mayormente meditado para evitar las críticas de quienes no compartían las mismas posiciones de Eyzaguirre.

En su primer número, *Historia* estuvo integrada por Jaime Eyzaguirre, el director, Javier González, Julio González Avendaño, Gabriel Guarda, Ricardo Krebs²⁴, Carlos Oviedo Cavada, José Armando

24 Krebs también se desempeñaba como profesor de Historia del Pedagógico de la Universidad de Chile, cargo que ocupó hasta 1970, partiendo después del triunfo de Allende hacia Alemania. Eyzaguirre (1955:74) señaló en el discurso que hizo mención a la incorporación de Krebs a la Academia Chilena de la Historia en 1955 que en ese mismo período se aunaban en este la labor del catedrático con las del investigador. Agregó que era profesor-jefe del Seminario del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales de la Universidad Estatal y que desde 1943 se desempeñaba como profesor en la Universidad Católica.

de Ramón²⁵ y Gonzalo Vial. En el número siguiente correspondiente al año 1962, pero que circuló desde 1963, aparecerían como miembros de la nueva publicación Walter Hanisch y Andrés Huneus. En el número 3 se incorporaría el nombre de Fernando Silva Vargas²⁶ y en el número 4, el de Julio Retamal²⁷. En el número 7 de 1968 se integró Horacio Aránguiz. Con la muerte de Eyzaguirre en 1968 la revista fue variando de dirección²⁸ y los miembros que se consignaban en una página para ese efecto desaparecieron del lugar que anteriormente los destacó, muy probablemente porque no querían ser identificados por los estudiantes reformistas, quienes ya habían acusado a este grupo de constituir un sector reaccionario al interior de la Universidad, como ya se vio.

46

25 De Ramón había estudiado Derecho en la Universidad Católica, donde probablemente conoció a Jaime Eyzaguirre, pero se tituló por la Universidad de Chile en 1952. En el informe de la memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en Derecho, cuyo nombre fue *Génesis constitucional de América Latina*, Gabriel Amunátegui (1952: v), profesor de Derecho Constitucional, sostuvo que “[e]n su propósito de reivindicar a España respecto de la labor colonizadora en América y de subrayar sus méritos y virtudes, incurre en nuestro concepto, en un panegírico exagerado, por una parte y, por otra parte, en un marcado descrédito hacia los primeros gestos emancipatorios: ‘un parto prematuro’ [...] omite reseñar el cuadro político que ofrecía la propia España en la época de la Independencia; su anarquía interna; su desgobierno; la incapacidad y la frivolidad de sus soberanos; sus querellas intestinas”.

26 Fernando Silva Vargas, es abogado de la Universidad Católica de Chile. Se formó con Jaime Eyzaguirre, quien fue el profesor guía de su tesis, *Tierras y pueblos de indios en el Reino de Chile*, de 1962. Colaboró en la revista *Finis Terrae* y fundó, junto al maestro, la revista *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales*. Luego, sería fundador de *Portada* y *Qué Pasa*.

27 Tanto Julio González como Julio Retamal estudiaron Pedagogía en Historia. El primero en la Universidad Católica y, el segundo, en la de Chile, donde fue ayudante de Ricardo Krebs.

28 El número 8 de *Historia* de 1969 fue dedicado a Jaime Eyzaguirre. La comisión encargada del homenaje estuvo liderada por Ricardo Krebs, Javier González y Horacio Aránguiz. Más de veinte intelectuales de muchas partes del mundo colaboraron en este sentido homenaje.

Fue, como podemos ver, más bien un grupo ideológicamente homogéneo que compartió ciertos terrenos comunes adscritos al conservadurismo católico de corte hispanista, integrista y nacionalista. No hubo en su comité editorial ni liberales, ni historiadores de la nueva generación que se le ha adscrito a los *Annales* ni muchos menos marxistas, lo que corrobora una fuerte cohesión doctrinaria, donde las intenciones por promover otro tipo de representaciones no tuvieron lugar, convirtiéndose el conjunto en una voz de un sector específico de la elite social. La selección de los discursos no fue una cuestión que demandó una disputa al interior de este bloque.

No obstante, esa posición a Eyzaguirre le acarreó bastantes problemas. Por efecto de las contiendas historiográficas y representaciones de la cultura de la época, ocurrió en la Universidad Católica lo que LaCapra (2006: 16) sostuvo respecto al carácter propio de la “normalización” que no considera el “encuentro dialógico”, vale decir, el debate propio en torno a las prácticas historiográficas y su legitimación. Las prácticas y modalidades de este conjunto de intelectuales no lograron tener una acogida transversal. Justamente por esa razón, Eyzaguirre debió dejar la Universidad como resultado de las presiones de los universitarios movilizados en 1967. Gonzalo Vial y Ricardo Krebs, a los años, también perplejos por el ambiente de reforma, se alejaron de esta.

Por otro lado, la mayor parte de los trabajos que fueron publicados por *Historia* durante el tiempo que acá se aborda estuvieron centrados, tal como lo fueron los de las tesis de Derecho, en la era colonial. Los tópicos tratados, a pesar de la renovación historiográfica, siguieron siendo los tradicionales vinculados a temas políticos, filosóficos, de historia eclesiástica, de las ideas y del derecho, aunque debemos advertir que tímidamente se iban incorporando unos nuevos, como el de historia económica de Arnold J. Bauer, “Expansión económica en una sociedad tradicional: Chile central en el siglo XIX” (*Historia* 9, 1970: 137-238), y quizá el más importante por el enfoque, de Carlos Sempat

Assadourian, “Chile y Tucumán en el siglo XVI. Una correspondencia de mercaderes” (*Historia* 9, 1970: 65-109).²⁹

Los pocos artículos que mantuvieron relación con la historia republicana apuntaron al siglo XIX. Por ejemplo, el de Cristián Zegers, “Historia política del gobierno de Aníbal Pinto” (*Historia* 6, 1967:7-126); el de Patricio Estellé Méndez, “El Club de la Reforma de 1868-1871. Notas para el estudio de una combinación política en el siglo XIX” (*Historia* 9, 1970: 111-136), y, el de Juan Eduardo Vargas Cariola, “El pensamiento político del grupo estancero, 1826-1829” (*Historia* 9, 1970: 7-3), los que, como se puede ver, se ciñeron a la historia política tradicional. Respecto a la historia del siglo XX, solo uno se contempla, “La vida política chilena, 1915-1916”, cuyos autores fueron Horacio Aránguiz Donoso, Ricardo Couyoumdjian Bergamali y Juan Eduardo Vargas (*Historia* 7, 1968: 15-88). Fueron escasos los artículos que al publicarse no tuvieran como a autores a los integrantes de la revista.³⁰

Sin embargo, quienes lograron tener cabida, pero no figuraban como miembros de esta, eran parte de la Universidad Católica, fueran

29 Sempat Assadourian, argentino, desde fines de la década de 1960 se desempeñaba como profesor investigador del Departamento de Historia Económica y Social de América Latina de la Universidad Católica. Sus preocupaciones giraron en torno a la economía colonial, sobre la que propuso novedosas tesis, rompiendo con los paradigmas que predominaban en esos años. Este fue el único historiador de tendencia marxista que fue publicado por *Historia* en este período, pero vale advertir que después de que Eyzaguirre había muerto y las demandas de los estudiantes y académicos por abrir los espacios a otras miradas ya eran ambiente.

30 Respecto a la participación de las mujeres en el comité editorial de la revista, en esta etapa no se consigna a ninguna. En el número 5 de 1966 se publicó el único artículo correspondiente a una mujer, María Isabel González Pomés, “La encomienda indígena en Chile durante el siglo XVIII”. Sobre la irrupción de mujeres autoras en esta revista, cf., Cabrera Gómez y Errázuriz Tagle (2015).

ellos estudiantes o profesores³¹, y cuando no, mantenían una profunda amistad y afinidad ideológica con Jaime Eyzaguirre. Por último, este carácter más bien cerrado les proveyó un talante particular, sobre todo por las posiciones que tomarían algunos de sus miembros frente a las transformaciones sociales que ya se estaban gestando en el país.

Como se vio en este capítulo, desde la década de 1950 comenzó un proceso que dio paso a una acelerada inversión de las jerarquías sociales, condicionando infaliblemente a los intelectuales conservadores a dar una cruzada a favor de una determinada representación histórica. No era ignorada esta práctica con carácter misional. Eyzaguirre, como se vio en este capítulo, más allá de la dirección del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, a través de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica promocionó a los estudiantes que sobresalieron en sus memorias de prueba, llevando a cabo la organización de una colección que terminó publicándolas. Todas ellas se inscribieron en la era colonial, rescatando una época que, a la mirada de los intelectuales liberales y positivistas del siglo XIX, como enfatizaban, se presentaba como siglos de opresión e ignorancia. Desde 1955, de modo permanente, fueron circulando las tesis más importantes, concretando una trinchera que diera cabida a los estudios históricos-jurídicos.

De igual forma, ese sector conservador había dado vida al Departamento de Extensión Cultural de la Universidad y la revista *Finis*

31 Patricio Estellé se había formado en el Pedagógico de la Universidad de Chile. A fines de la década de los 60 se desempeñaba como profesor en dicha Universidad y en la Universidad Católica, lo mismo que Ricardo Krebs. Respecto al primero Villalobos (1974-1975: 7), sostuvo que “[l]a visión histórica del gran maestro (se refiere a Eyzaguirre), brillante y sugestiva, debía seducir su espíritu profundamente idealista. La consideración del hispanismo y la valoración de la época colonial concordaban con su íntima filosofía”.

Terrae en 1954, donde gran parte de los miembros del Instituto y de la revista *Historia* también colaboraban, pero favoreciendo otros tópicos, vinculados, en especial, a las letras, la filosofía, el arte y la religión. Era una voluntad que logró establecer un mapa que posicionó una serie de piezas indispensables en el orden de la cultura, intentando abarcar lo máximo posible las distintas expresiones de este terreno, sobre todo si estos intelectuales estaban advirtiendo, siendo algunos ya adultos y otros más jóvenes, una crisis cultural de los sectores oligárquicos. Ello no supuso amilantar las inquietudes. Por el contrario, esta crisis más que minar los ánimos, fortaleció la búsqueda por consolidar ciertas estrategias para enfrentar un mundo que rompía con las ideas que habían disfrutado de una hegemonía singular en gran parte de la sociedad.

50

El Instituto y la revista *Historia* fueron quizá uno de los bastiones más importantes que concibieron para dar rienda a esta cruzada que implicara la lucha historiográfica. Que gran parte de estos abogados haya transitado al campo historiográfico, muchos de ellos convirtiéndose en connotados historiadores, demuestra el valor que le atribuyeron a ese modo de conocimiento. Eyzaguirre, y muchos de estos intelectuales, rechazaron las formas de hacer política, propias del liberalismo, pues en el imaginario que día tras día fueron cultivando, consideraban que el liberalismo conducía a la democracia y esta a la entronización del marxismo. Esa secuencia natural y lógica, como la pensaban, estimaron enfrentarla en el orden de las ideas, específicamente, fabricando una determinada representación histórica, que por cierto debía divulgarse a través de varios medios.

Si bien Jaime Eyzaguirre murió en 1968, su impronta y estímulo quedó de manifiesto en sus discípulos que persistirían en el combate. La Universidad Católica consolidó una escuela historiográfica y una publicación que hasta el día de hoy podría ser considerada una de las revistas de historia más importante del país, la que tiene una gran deuda con Eyzaguirre y el conjunto de intelectuales que compartió filas con él.

CAPÍTULO II

RESEÑANDO LA HISTORIOGRAFÍA MARXISTA. EL CASO DE LA REVISTA *HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA*, 1961-1970.¹

Vimos en el capítulo anterior que en el curso de la década de los cincuenta, un conjunto de estudiantes de la escuela de Derecho de la Universidad Católica y otros tantos de su símil de la Universidad de Chile, formados por Jaime Eyzaguirre, emprendieron una serie de estudios histórico-jurídicos centrados en la época colonial. Una mirada de las justificaciones que emitieron respecto a la elaboración de estas Memorias de Prueba nos conduce a afirmar que estaban imbuidos por un antiliberalismo militante. Desmentir la “leyenda negra” que la historiografía liberal había fraguado durante todo un siglo, fue la razón fundamental que esgrimieron entre sus líneas cuando advertían al lector la preocupación de estudiar el “reino de Chile”.

51

La importancia de este grupo radicaba en que fueron parte de los intelectuales que le dieron vida al Instituto de Investigaciones Históricas (1954) y a la revista *Historia* (1961) de la Universidad Católica,

1 Publicado en *Izquierdas* 49, 2020:1281-1296. En este artículo, la palabra “escuela”, empleada en el original, se ha omitido, pues a esta parte, es difícil ver una “escuela marxista”, en vista de todas las diferencias que tenían los principales historiadores de las izquierdas de la época, quienes ya en esos momentos enfatizaban en ellas (Cf. González, 2021). También, sobre tensionar la idea de escuelas historiográficas, cf., De Mussy, (2021).

logrando establecer una tradición que perdura en esa casa de estudios hasta el día de hoy. Así, sumando el factor señalado, los estudios históricos en dicho centro universitario, según la lectura que se puede hacer de sus manifestaciones e intenciones explícitas, emergían con una misión clara: dotar a la Universidad de una trinchera historiográfica que rescatara, según ellos, la verdadera evolución histórica velada por los historiadores liberales.

Lo descrito anteriormente, es un punto que no generaría dudas entre aquellos que inicien el análisis respecto a cómo se fueron forjando las bases para los estudios historiográficos al interior de la Universidad Católica a mediados del siglo pasado. No obstante, la historiografía liberal, cultivada principalmente en la Universidad de Chile, en esta misma época sufría un retroceso patente, teniendo que ceder ciertos espacios a la renovación historiográfica. Estos lugares que se abrieron en el campo cultural fueron ocupados por jóvenes investigadores inspirados en la historiografía francesa y marxista, justo en el momento en que este tipo de historiografía había puesto sus esfuerzos en enfrentar a la liberal. En la misma década en que los intelectuales conservadores decidieron luchar contra un enemigo que se veía asentado sólidamente desde largas décadas, como se logra advertir, irrumpía uno nuevo.

Una revisión detallada de las reseñas que se destinaron a lo largo de la década de los sesenta a la producción histórica marxista en el Fichero Bibliográfico, sección que se inauguró con la emergencia de la revista *Historia*, cuyo objetivo era registrar minuciosamente toda la elaboración historiográfica que se publicaba al momento de cada ejemplar editado, llama la atención por el tono con que se refirieron a esta, lo que genera ciertas dudas de que la cruzada historiográfica conservadora solo haya estado mediada por el afán de enfrentar la estela dejada por el imaginario liberal.

Más que pensar en las continuidades, lo que nos preocupa en el presente capítulo es visualizar las rupturas propias que se gatillan en los procesos históricos, con el objetivo de no oscurecer las especificidades

propias de las luchas contingentes. Por lo mismo, a pesar de la declaración manifiesta que estos jóvenes conservadores hicieron frente a las representaciones historiográficas liberales cuando anunciaron su proyecto, nos interesa establecer qué tipo de “juicio”, en el sentido que lo definió LaCapra (1998: 265-266), se hizo de la nueva corriente histórica marxista, con el fin de demostrar que a esa altura se había sumado un nuevo enemigo a enfrentar para los cultores de esta historiografía. Hay que tener en cuenta que durante la década de los sesenta se vivió una encrucijada política sin precedentes en la historia nacional e internacional, en donde se desató una lucha política e ideológica que llevó al cenit la “campana del terror” en función de evitar un triunfo electoral de la izquierda, en la que gran parte de estos historiadores militaba.

La historiografía marxista en este momento histórico además de haberse establecido en el campo académico, se había transformado en una fuerza interpretativa de la cultura y la política nacional, lo que demandaba a sus contendores modificar las estrategias si se pretendía enfrentarla con eficacia, debido a que era difícil revertir dicha situación en un ambiente que estaba en un acelerado proceso de democratización. Por lo mismo, pensamos que el análisis centrado en la revista *Historia*, podría entregar luces respecto a cómo se concebía al interior de estos núcleos este nuevo modo de inteligibilidad de la historia, ya que fue la primera revista conservadora que le dio cobertura, en virtud de que durante toda la década de los cincuenta fue un palpitante silencio por parte de las publicaciones académicas y culturales de esta tendencia. Desde ya sería un enfrentamiento directo en el orden del discurso escrito donde una “comunidad de interpretación”, en la orientación que le dio Roger Chartier (2000), adscrita al catolicismo y al hispanismo, logró producir una invención de sentido a partir de la lectura que hicieron de esta nueva historiografía, de la que muy poco, por no decir nada, según esta mirada, se podía rescatar.

Este capítulo quiere llenar un vacío en torno a las dinámicas de las que fueron parte el conjunto de la historiografía chilena, sin perder

de vista las tensiones propias que se dieron entre las distintas formas interpretativas en un momento dado. Pensamos que debe superarse la descripción de la historiografía sin considerar el diálogo o el enfrentamiento directo que, independiente de la valoración, implicaba defensas o reformulaciones del mismo quehacer.²

Abordar este tipo de problemas a partir de una lectura de las reseñas de libros que se hicieron en la época, nos aproxima a las querrelas intelectuales del momento. El qué leían, cómo leían, con quiénes discutían, a quiénes no leyeron o no quisieron leer, qué tipo de recepción hicieron, por señalar algo, nos permite visualizar el pulso de los tiempos, introducirse en un campo que contaba con ciertas reglas, pero que también producto de las mismas contiendas, las modificaba, expresando por ello, la historicidad de una historiografía que no ha sido estática ni inmutable, por más que queramos y sea muy factible clasificarla bajo un cierto canon. Por último, se intenta complementar con los estudios que han analizado el anticomunismo en términos políticos (Casals, 2016) sin ahondar en el marco de la producción intelectual, especialmente, la historiográfica, que no escapó a esta confrontación.

54

2 Pinto (2016: 72-73), al señalar ciertas etapas en la historiografía chilena deja de ver las tensiones propias entre las distintas tradiciones que, por cierto, no mitigaron ni marginaron del debate a la historiografía que él denominó como nacionalista conservadora. El ejemplo de la formación del Instituto de Investigaciones Históricas en la década de los años cincuenta y la creación de la revista *Historia* en los años sesenta fue signo de que esta historiografía no había perdido su fuerza. Por otro lado, Gonzalo Vial, representante de una “nueva historiografía conservadora” lo que hizo durante la dictadura fue modificar su objeto de estudio, transitar del estudio de la historia colonial a la contemporánea, y por ningún motivo su propuesta surgió como respuesta a la nueva historia de los '80. Vial había sido parte de la fundación tanto del Instituto como de la revista *Historia* y durante esa etapa enfrentaba otros problemas que empezaron a ser replanteados con el ascenso de la Unidad Popular, y desde mucho antes con la emergencia de la historiografía marxista clásica y de la inspirada por los *Annales*.

El siguiente capítulo se divide en dos partes. En la primera se observa el campo cultural más amplio en donde se renovó la historiografía a mediados de la década de los cincuenta del siglo XX y la disposición de la historiografía conservadora frente a la marxista. Y en la segunda parte, se realiza un análisis de las reseñas que se elaboraron sobre estos trabajos, con la intención de dar cuenta de cuáles fueron los elementos comunes que depositaron en una historiografía que desde el momento en que surgió mantuvo no pocas diferencias entre sí.

1. Consolidación de un campo historiográfico

La mitad del siglo XX es una época que invita a repensar las rupturas historiográficas. No se desconocen las décadas pasadas, pero resulta claro que desde la década de los cincuenta la corriente historiográfica denominada “marxista clásica” vio sus mejores creaciones. En esos años se publicaron las obras más conocidas de estos historiadores: el *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile*, de Julio César Jobet; *La guerra civil de 1891. Antecedentes económicos*, de Hernán Ramírez Necochea; *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos*, de Marcelo Segall, por citar las más emblemáticas. La impresión que ocasionaron en el campo intelectual e historiográfico del periodo tuvo repercusiones diversas, provocando tanto rechazo como acogidas favorables, lo que no podía ser de otra manera, por cuanto estas nuevas formas de desentrañar el pasado irrumpieron en un terreno dominado por las elites.

A pesar de que estas obras no comulgaban del todo con la interpretación del devenir histórico y tampoco compartían ciertas premisas de enfoque, la mirada superficial que se puso sobre ellas desde las trincheras políticas que rechazaban esa nueva forma de comprender los fenómenos sociales, las arrastró a ser objeto de un mismo tipo de crítica o por lo menos cercarlas en un mismo lugar.

Hay que considerar que estos historiadores de las izquierdas habían dado vida a una tradición que se fue consolidando junto a las luchas sociales y políticas de los sectores populares de la época. La articulación entre política e historia no era una cuestión reciente. La historiografía liberal y conservadora, venía haciendo lo mismo hace bastante tiempo. Pero esta nueva articulación era pensada por los historiadores marxistas desde otro tipo de concepciones y proyecciones, en que los sujetos que deberían liderar el proyecto político provenían de otro ambiente social. Las dos tendencias historiográficas predominantes eran elitistas, aunque una más que la otra; empero esta, como hemos dicho, tenía por sujeto a quienes habían estado ausentes de las tradicionales hazañas históricas nacionales.

56

En el imaginario conservador, el liberalismo, al promocionar la democracia política había permitido la intrusión del marxismo, lo que hasta ese momento solo era advertido en el plano político. Sin embargo, en el campo cultural e intelectual ocurría algo similar, porque eran los mismos liberales, con fuerte presencia en la Universidad de Chile, quienes posibilitaron la democratización de la institución, confiando un espacio para la formación de estos historiadores marxistas.

Pero el problema no concluía allí. No solo estos historiadores se habían formado en el Instituto Pedagógico, pensando en las figuras de Jobet y Ramírez, sino que ellos mismos, al ocupar un lugar en dicha universidad, lograron incidir en la formación de una nueva generación de profesores, investigadores e historiadores que se apropiaron de este modo de aproximación de la historia, como fue el caso de Fernando Ortiz Letelier, Iván Ljubetic, Jorge Barría Serón, por citar a algunos.³

3 José del Pozo (2017: 11), señaló en la Introducción que cuando ingresó a estudiar al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile a comienzos de los sesenta, Hernán Ramírez, Olga Poblete, Fernando Ortiz, lo influenciaron decididamente, sobre todo por las visiones de la historia que estos tenían, lo que lo impresionó por la “coherencia y capacidad de comprender la evolución global de las sociedades”.

Al parecer, se estaba desarrollando un proceso de institucionalización de un determinado tipo de perspectiva en un aparato ideológico del Estado.

Hay que agregar, por lo demás, que estos intelectuales, varios de ellos militantes de los partidos socialista y comunista, se habían instalado como historiadores de los sectores populares organizados. La izquierda, sobre la base de un proyecto social, proponía que la superación de las permanencias del período colonial, que el sector conservador defendía, ancladas aún en la sociedad toda, pero veladas por el manto liberal republicano, impulsaría el tránsito, si bien pasando por otras etapas, a una sociedad socialista, por cuanto las instituciones que reproducían la desigualdad social, debían ser abolidas.

A mediados del siglo XX ya era visible la militancia política con su propia narrativa histórica. Frente a dicha cuestión ¿qué posición adoptaron las revistas culturales conservadoras frente a esta corriente historiográfica teniendo en cuenta que existía una convergencia entre lo político y lo historiográfico? Por lo visto, los intelectuales de las clases dominantes no ignoraron el proyecto que los sectores de las izquierdas, separados o colaborando juntos, estaban dando forma en esos momentos. Sobre todo si la representación histórica que estos historiadores elaboraban fue promovida por la universidad estatal a través de sus distintos soportes comunicacionales.⁴

No obstante, una mirada a la sección de reseñas de libros tanto del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* como de *Finis Terrae*,

4 Tanto el libro de Ramírez y de Jobet que nombramos más arriba, fueron prologados por Guillermo Feliú, quizá el profesor más importante del Instituto Pedagógico de aquel periodo, y el primero fue publicado por la revista *Anales de la Universidad de Chile*. Respecto a Segall, logró publicar en esta misma revista al igual que Barría Serón, mientras la dirigía Feliú. Jobet, también publicó varios artículos en esta revista, quien en esta etapa figuraba como colaborador. Segall durante la década de los sesenta publicó varios artículos en el *Boletín de la Universidad de Chile*, fundado a fines de los cincuenta del siglo XX.

ambas revistas dirigidas por Eyzaguirre, confirman un silenciamiento de este nuevo acercamiento de los problemas históricos durante toda la década de los cincuenta, reservándose para sí la divulgación de los estudios históricos más afines a sus concepciones ideológicas⁵. Solo la revista *Estudios*, conducida también por Eyzaguirre, hizo mención a una obra de Jobet, la que fue completamente desfavorable.

A pesar de que en 1952 el presidente de la Academia Chilena de la Historia, Alfonso Bulnes, en una reseña al libro *El hombre en la encrucijada*, de José Ferrater Mora, sostuvo que el *Boletín...* no podía dejar en silencio esa nueva obra, por cuanto la revista era un órgano de cultura chilena y que “estaba destinado a registrar en sus páginas cuanto atañe a las disciplinas históricas” (*BACHH* 47, 1952: 172), no hizo mención ni referencia a los libros publicados por estos historiadores ni tampoco se publicó nada de ellos en esta revista.

58

Lo anterior no era una disposición inadvertida en el ambiente cultural de la época, pues en 1955 el historiador Mario Céspedes haciendo referencia a la segunda edición del *Ensayo...* de Jobet sostenía que el “silencio oficial ha pretendido acallar el comentario que han levantado estas páginas, síntesis de lo mejor de las inquietudes juveniles chilenas”. Agregaba que, si bien la Inquisición había desaparecido, seguía actuando en algunos países donde este tipo de libros “no deben ser mencionados y el silencio, pesadamente, cae con sonoridad de loza funeraria sobre las páginas osadas” (Céspedes, 1956: 156).⁶

5 Carlos Keller (1952: 4 y 32), quien colaboraba en la revista *Estanque-ro*, hizo una referencia condescendiente a *La Guerra Civil de 1891*, de Hernán Ramírez, esto debido a que Keller era un nacionalista que defendía un discurso anticapitalista y antiimperialista, lo que permitió la recepción respecto a ciertas tesis desarrolladas por Ramírez.

6 Como ya se vio en el capítulo anterior, en los periódicos de la época se generó toda una polémica en torno a los libros publicados por Ramírez y Jobet, la que se puede observar en *La Nación* y *El Diario Ilustrado*, fundamentalmente. Este último a lo largo de varios meses del año 1952 condenó estos libros como atentatorios contra la nación y tergiversadores de la historia. Pero

Lo que queremos enfatizar en estas líneas es que, a diferencia de las tres revistas conservadoras ya nombradas, *Historia*, modificó la estrategia durante la década de los sesenta para enfrentar a esta nueva forma de interpretar la historia. La sección Reseñas de libros y en especial el Fichero Bibliográfico, no ignoraron lo que se había publicado desde 1961, año en que apareció la revista. Nuestra lectura señala que el silenciamiento no era el mejor modo de enfrentar esta nueva producción histórica como sí lo habían hecho durante toda la década pasada.

La historiografía marxista venía adquiriendo protagonismo al calor de las luchas intelectuales y políticas en el campo académico. De ahí que la década del sesenta marcara una nueva etapa en estas disputas ideológicas, sobre todo si la entronización de la izquierda en el poder casi se logra en 1958. No encararla directamente, era una opción que debía disiparse rápidamente si no se quería correr el riesgo de no enfrentarla en el terreno que habían preferido para contrarrestar la crisis de dominación oligárquica. Pero esto, ocurrió después de una década desde que empezaron a circular las obras más importantes de la historiografía marxista clásica. El trastocamiento de las jerarquías, respirable ya en los círculos conservadores en la década de los cincuenta, no dejaría a nadie sin un cierto grado de perplejidad. Los años sesenta serían decisivos en esta lucha.

Es difícil saber por qué estas revistas, como el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia y Finis Terrae*, no le dieron cobertura a esta nueva corriente, ni siquiera para criticarlas como lo hizo *Historia*. No basta con remitir a la adscripción conservadora y críticas del comunismo, lo que sería una simpleza. La revista *Estudios sobre el comunismo*, creada en 1953 y dirigida por el padre polaco Miguel Poradowski, aunque con un carácter distinto, pero dentro del campo cultural conservador, se transformó en una trinchera abiertamente

esta era una polémica de orden político y no académico como se pretendía que fuese en las revistas que dirigió Eyzaguirre que más adelante abordaremos.

anticomunista, a través de la cual, durante una década, condenaron al marxismo.

Desde la encíclica *Rerun Novarum*, la Santa sede había alzado la voz en función de enfrentar el comunismo y en 1949 se hizo circular un decreto de excomunión contra los comunistas, el que apareció en el primer número de la revista recién aludida. En el decreto se sostenía que quienes profesaran la fe católica no debían ni inscribirse ni favorecer a los partidos de esta tendencia. También, y con respecto a lo que nos atañe acá, no era lícito publicar, propagar o leer libros, periódicos, diarios, folletos que favorezcan la doctrina o las actividades comunistas o escribir en ellos (*Estudios sobre el comunismo* 1, 1953: 103), todo, por lo demás, muy en concordancia con lo que estipulaba la Ley de Defensa Permanente de la Democracia de 1948, Ley que fue promulgada durante el gobierno de Gabriel González Videla, ilegalizando al Partido Comunista por una década, impidiéndole tener representación política y, a sus militantes, poder ocupar cargos públicos.

60

Las publicaciones que dirigió Eyzaguirre, prefirieron el silenciamiento, quizá pensando que era un buen modo de evitar que estas nuevas obras se conocieran. Distinto a lo que hizo *Estudios sobre el comunismo* que, a pesar de la crítica, sirvió, si es que algún izquierdista la leyó, para informarse de las nuevas publicaciones que aparecían en esos momentos. Reseñó algunos libros de historiadores marxistas como Christopher Hill o el economista de la misma tendencia Paul Sweezy. Pero debemos advertir que *Estudios sobre el comunismo* no hizo mención alguna a las obras de los historiadores marxistas nacionales, incluyendo a Luis Vitale.

Como fuese, algunos de estos agentes conservadores, se tomaron con bastante diligencia las palabras del Vaticano. Ricardo Claro Valdés, quien fue discípulo de Eyzaguirre en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile⁷, colaboró tanto en *Estudios sobre el comu-*

7 El libro *Jaime Eyzaguirre en su tiempo* (Góngora, et. al., 2002), fue prologado por Ricardo Claro (2002: 11-19), quien afirmó allí que Jaime

nismo como en *Estudios* y fue fundador de la revista *Portada* en 1969, junto a sus condiscípulos, un gran bastión contra la Unidad Popular, denunció a la policía a una compañera en 1956 por su militancia comunista.

Este hecho, al futuro empresario del “grupo los pirañas”, le provocó la expulsión de la Federación de Estudiantes por “delación”. Aquel, imbuido, además, por la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, se defendió expresando que era católico y que su deber era respetar los dictados del Sumo Pontífice que había declarado al comunismo como una doctrina intrínsecamente perversa (Delgado y Foncea, 2008). Ricardo Claro no era un individuo aislado que daba una santa cruzada contra el mal. La denuncia, era una cuestión ambiente.

Sergio Fernández Larraín, Presidente de la “Comisión permanente para investigar las actividades comunistas del país” del Partido Conservador Unido, *el McCarthy de Melipilla*, como lo etiquetó el historiador norteamericano Frederick B. Pike, no escatimó espacio en su libro para mencionar cómo el comunismo había penetrado las instituciones nacionales, en especial, la universidad estatal. Varias referencias a Hernán Ramírez aparecen en este libro, vinculándolo directamente por su militancia comunista y su apoyo a la penetración del comunismo internacional en la Universidad de Chile, institución que con mucha complacencia lo permitía, según Fernández Larraín (Fernández, 1954: 126 y 175; Casals, 2016: 206-209).

Retomando, las revistas que dirigió Eyzaguirre, quizá cumplieron con el deber encomendado por la Iglesia Católica: ni difundieron ni hablaron de esta corriente, pero tampoco la atacaron, salvo hasta que se fundó *Historia*, cuando la Ley Maldita ya había sido derogada y el marxismo, política e intelectualmente, gozaba de una adhesión inigualable en el ambiente nacional e internacional.

2. La revista *Historia* y el Fichero Bibliográfico

62

Teniendo todos estos antecedentes es poco probable que el director del *Boletín de la Academia de la historia*, Jaime Eyzaguirre, no haya percibido la ruptura historiográfica que se precipitó a mediados del siglo XX, como lo señaló Luis Moulian (1997a: 49-57). No obstante, ni siquiera por la novedad o la voluntad de crítica, estas obras fueron mencionadas en estas revistas académicas y de cultura. Aquella posición estaba muy alineada con las exigencias doctrinarias de la curia católica, que había realizado todo un esfuerzo para impedir la circulación de las ideas izquierdistas vinculadas con el marxismo. Un devoto católico como Eyzaguirre, es posible que haya seguido las directrices de la jerarquía. Sin embargo, como veremos, a través de *Historia*, hizo un giro. ¿Qué hubiese sido más eficaz? ¿silenciarlos completamente o mencionarlos, aunque sea para criticarlos, contribuyendo con ello a señalarles al público lector que existía un nuevo enfoque sobre los problemas históricos nacionales?

Una carta de un lector de la revista *Estanquero* de 1952, advertía que desde que se publicó la obra de Julio César Jobet en la revista *Anales de la Universidad de Chile*, *El Diario Ilustrado*, de tendencia conservadora, “había gastado muchas columnas de su página editorial para protestar por esta actitud del Consejo Universitario [por la decisión de publicarlo], haciendo al señor Jobet, en esta forma, una gratuita propaganda.” El lector decía que, si bien la obra distaba mucho de la imparcialidad, era necesario conocerla ya que resumía el pensamiento de un sector de la sociedad. Terminaba la carta expresando lo siguiente:

“Todo lector culto sabrá sacar el buen fruto de [...] la mucha cizaña que ahoga el libro de Jobet; su lectura es recomendable para quienes desconozcan la realidad que aplasta a nuestro pueblo; y para demostrar al católico que es de urgencia luchar –por encima de banderías políticas- para arrebatarse al marxismo el derecho de

escribir la historia de las reivindicaciones sociales” (*Estanquero* 273, 1952: 1-2).

En efecto, la obra de Jobet, ya era conocida. Ciertas piezas del *Ensayo...* habían sido publicadas en distintos números de la revista *Atenea*. En 1949 cuando fue reeditado *Historia de los partidos políticos chilenos*, de Alberto Edwards y, junto a él, un estudio de Eduardo Frei Montalva, este último sostenía que aquellos trabajos de Jobet constituían “una de las mejores contribuciones al conocimiento de esta época”, la parlamentaria (Edwards y Frei, 1949: 123).

Como se advierte, durante una década el grupo conservador liderado por Eyzaguirre, prefirió la invisibilización, pero una vez que estos historiadores marxistas consolidaron un lugar que era difícil revertir, dado la acelerada democratización de los espacios culturales, modificaron las modalidades de operación. La revista *Historia* jugaría un papel destacado en esta tarea, pues ya no bastaba resistir con el velo del silencio frente a una situación de este talante.

Pero tampoco se puede dejar de consignar que tal como lo había hecho la historiografía liberal al criticar el periodo colonial, los cultores de la historiografía marxista también hicieron lo suyo respecto a esta etapa, pero incluyendo a quienes habían elaborado la imagen favorable de la misma. Julio César Jobet fue el más asiduo, siendo recurrente en el cuestionamiento de este tipo de enfoque histórico. En un artículo publicado por la revista *Occidente*, órgano de difusión de la masonería chilena, sostuvo que:

“El historiador católico Jaime Eyzaguirre prosigue con tesón y laboriosidad ejemplares sus enseñanzas y sus investigaciones preconcebidas en un sentido regresivo. De acuerdo con su línea ideológica de los profesores e historiadores ultramontanos, se encuentra empeñado en una vasta tarea de divulgación reivindicativa de doctrinas e instituciones enemigas de la democracia pero presentadas como libertarias y progresistas, a través de una erudición formalista y con interpretaciones antojadizas, tratando

de deformar el criterio de la juventud (no hace mucho terminó un cursillo sobre claroscuro de la inquisición) y de revisionismo histórico que no tiende al esclarecimiento de la historia sino a afirmar sus juicios unilaterales y sibilinos” (Jobet, 1958a: 40).⁸

Jobet agregaba que a “J. Eyzaguirre no le preocupa en lo más mínimo estudiar la situación económica y social de la época... Todo su desarrollo descansa en el análisis minucioso, erudito de la literatura sobre la legislación de Indias y de los teólogos y moralistas jesuitas” (42). El enfoque defendido por Jobet había sido cuestionado en la única reseña que se hizo durante este periodo a un historiador marxista. En la revista *Estudios*, en 1955, a propósito de la publicación de *Los precursores del pensamiento social de Chile*, se decía que era “un estudio de tono muy grave y a ratos trascendentalista, en el que se da importancia a factores que no la tienen en el desarrollo social de Chile” (*Estudios* 246, 1955: 58).

64

Lo anterior, era justamente lo que a juicio de Jobet debía contener un estudio serio y objetivo, cuestión ignorada por la historiografía conservadora. En efecto, sostenía que la “reconstrucción objetiva y exacta del pasado nacional, en su totalidad, exige la exploración de la estructura económica y el enfoque de los procesos sociales” y que para ello las ciencias sociales eran imprescindibles. Por el contrario, agregaba que la historiografía tradicional había saturado sus grandes volúmenes con las hazañas políticas y militares de las elites, sin considerar la evolución económica, social, ideológica y educacional en la historia nacional (Jobet, 1958b: 23-32). Desde fines de la década de los cuarenta, Jobet venía criticado el enfoque de la historiografía tradicional, y si bien la figura de Encina aparecía como el blanco favorito, tras este seguía Edwards y Eyzaguirre, respecto al cual, decía Jobet, se ponía en el mismo plano y espíritu del segundo y coincidía en todo, de manera literal, con el primero (Jobet, 1958a: 40).⁹ Lo mismo ocu-

8 Este mismo artículo será publicado por la revista *Arauco* (Jobet, 1961: 33-39) con el nombre “Dos historiadores reaccionarios”.

9 En Góngora et al., (2002: 197-198), sostuvieron que tanto Céspedes

rrió con Marcelo Segall, quien en su libro *Desarrollo del capitalismo en Chile*, de 1953, sostuvo que Jaime Eyzaguirre era “un vulgar fraude”, debido a que

“no aportaba, en realidad, ninguna investigación seria, ninguna contribución científica; en cambio, sí una sistemática coordinación de juicios subjetivos, reunidos con un espíritu, en el fondo, interesado en falsear conscientemente el papel social de la conquista, la actuación de la monarquía española en Chile: dar una ideología a lo más sórdido de la España Negra” (Segall, 1953: 33).

Eyzaguirre desde ya debía emprender una nueva cruzada y así comenzó a hacerlo la revista *Historia*, después de que transcurrió una década desde que aparecieron los libros de Jobet y Ramírez, y, un poco menos, el de Segall. Como ya se vio, la concepción ideológica y doctrinaria a la que adscribieron, les permitió establecer un marco de acción determinado y operar de modo cohesionado sobre todo respecto a los enfoques y representaciones que se hicieron de lo social. Es muy probable que el núcleo completo haya sido antimarxista, por no decir, anticomunista, un término bastante elástico, por lo demás.

65

La revista *Historia* inauguró una sección que había sido inédita en las revistas de la época: El Fichero Bibliográfico. Esta sección debía hacer un registro pormenorizado de toda la producción historiográfica que estuviera en sintonía con la historia nacional. La cantidad de reseñas por número fue numerosa y por lo que respecta a la historiografía marxista, tuvo su lugar. Era una tarea titánica, pues demandaba mucha dedicación y determinados conocimientos.

El Fichero Bibliográfico no solo estableció un registro de los trabajos que se publicaron en la época, sino que también en algunas ocasiones, como las que se deprenen del análisis respecto a los historiadores marxistas, tuvo como modalidad anteponer una crítica directa.

como Jobet fueron los historiadores de izquierda que criticaron tanto en vida como después de su muerte a Eyzaguirre.

Los historiadores que fueron reseñados con más frecuencia en orden de mayor a menor aparecimiento fueron Hernán Ramírez, Jorge Barría, Marcelo Segall, Julio César Jobet y Luis Vitale. Las reseñas imprimen ciertos elementos comunes, con lo cual se tendió a configurar una determinada imagen de estos.¹⁰

Lo primero que se puede destacar de las reseñas es que fueron todas críticas. No hubo ningún juicio en que lo favorable supusiera algo que rescatar. Por el contrario, siempre los elementos negativos terminaron ensombreciendo lo elogiado. No hubo, si se quiere, ninguna consideración con la nueva corriente historiográfica que se había instalado en el campo intelectual y académico, más allá de que sus tesis generaban debate público (González, 1968: 373-375).

66

Los lugares comunes que guardaron entre sí estos trabajos históricos, según los reseñadores, además de enfatizar la adscripción al marxismo, fueron los siguientes: que acomodaban los hechos a esquemas preconcebidos, que hacían propaganda política, que no desarrollaban un riguroso trabajo histórico, que repetían tesis ya elaboradas por otros autores, que llevaban a cabo análisis ligeros y poco documentados, que omitían información, que acumulaban datos sin ser bien aprovechados.¹¹

10 Como para adelantar algo, Fernando Silva Vargas (1965: 244), al citar las obras de Segall, Jobet y Ramírez, dijo que “debidas a escritores marxistas, por su carencia absoluta de sentido crítico, son poco aprovechables. Sin embargo, proporcionan algunos antecedentes que, aislados del contexto, pueden ser útiles.”

11 Algunas de estas críticas fueron actualizadas por Gabriel Salazar y Cristián Gazmuri. Marco González (2012: 358), en un estudio sobre Hernán Ramírez, sostuvo que “El acentuar una estrecha concepción del marxismo y la militancia política, por sobre las preocupaciones historiográficas, permite descuidar y generalizar conclusiones estereotipadas que no hacen más que escamotear los matices y particularidades que presentan las diversas propuestas historiográficas”

A continuación, solo citaremos de modo descriptivo y repositorio algunos de estos aspectos, entremezclados muchos de ellos en las reseñas, sean estos a través de la sección Reseñas de libros o el Fichero Bibliográfico. Digamos que en la primera se detalla de modo más pormenorizado la obra respecto a la segunda, en donde a veces solo se describe el contenido en breves palabras. Acá abordaremos ambas secciones juntas. En todo caso el único autor que tuvo parte en la sección Reseñas de libros fue Hernán Ramírez. Dos reseñas en el primer número de *Historia* y otra en el número 7 del año 1968. Todos los demás tuvieron su sitio en el Fichero Bibliográfico.

a. Ideologismo y acomodamiento de los hechos a esquemas preconcebidos

67

En el primer número de la revista *Historia*, Gonzalo Vial Correa, el detractor más constante de la obra de Hernán Ramírez, reseñó tanto los *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile* como *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, el primero publicado en 1959 y el segundo en 1958. Respecto a los *Antecedentes...* sostuvo que:

“el señor Ramírez, de ideología marxista, busca en esta pequeña obra las causas económicas de la Emancipación. Los resultados no son felices. El credo inflexible del autor le obliga a hallar en la economía el factor determinante de los hechos y éstos, naturalmente, en la Historia de Chile como en cualquier otra, sólo retorcidos entran al zapato chino del materialismo” (Vial, 1961a: 337).

Vial, agregó que “la tesis del autor pierde a continuación toda lógica interna. Cosa que suele suceder cuando las tesis no surgen de los hechos, sino que se intenta acomodar forzosamente éstos a aquéllas”. Igual suerte correría la segunda edición de los *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, del mismo autor, publicada en 1967. A pesar de haber sido revisada, corregida y aumentada, lo que

aparentemente situaba la tesis de Ramírez con un tono más mesurado, el reseñador, Javier González Echenique, señalaba que “la espina dorsal, o, mejor dicho, la intención, es siempre la misma”, agregando que la “continuidad ideológica no ha variado, aunque sí la estrategia.” Es que, para González,

“el Señor Ramírez se esfuerza con denuedo, desde hace ya tiempo, en encuadrar dentro de la teoría marxista algunos períodos importantes de la historia patria. La determinación necesaria e inflexible del suceder histórico por lo que llaman la estructura económica es para él verdad irrefutable, y basta sólo con ocuparse, por lo tanto en encontrar los hechos que demostrarán, en cada caso concreto, ese principio fundamental” (González, 1968: 373).

68

Sobre el segundo libro de Ramírez, *Balmaceda...*, Gonzalo Vial sostuvo que “en verdad, la historia es demasiada compleja para pretender encasillarla en estos esquemas simplistas, dividiendo a sus protagonistas en ‘buenos’ y ‘villanos’” (Vial, 1961b: 339). Por otro lado, el artículo de otro historiador marxista, Marcelo Segall, “Biografía social de la ficha salario”, publicado en la revista *Mapocho* en 1964, la crítica de que fue objeto siguió la misma dirección que la obra de Ramírez. En el número 4 de *Historia* de 1965 se señaló lo siguiente:

“Este artículo tiene caracteres de ensayo, y el tema sirve de pretexto al autor para esbozar algunos capítulos de historia social, enfocada desde su punto de vista ideológico, que hace de la economía la base de la historia. Abundan los errores de hecho o de apreciación, desde los de pequeña magnitud hasta otros más graves. Y falta lo fundamental: un estudio desapasionado y documentando de la ‘ficha salario’ en sí, en sus reales características, empleos y significados” (*Historia* 4, 1965: 309).

Lo mismo ocurrió con el trabajo de Jorge Barriá, *Chile en el siglo XX. Un ensayo de interpretación histórica*, publicado en 1967, respecto

al cual, en el número 7 de 1968, dijeron que era un “esquema teñido de ideologismo de la evolución histórica chilena del período señalado. Si bien se nota esfuerzo de objetividad, la falta de criterio propiamente histórico y el insuficiente conocimiento de los hechos que se aprecia con relativa frecuencia, aminora el aporte que pudo significar este estudio” (*Historia* 7, 1968: 343).

Tampoco se salvó de la crítica el libro *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje*, de Alejandro Lipschutz, quien era militante comunista y había tenido un acercamiento a las ciencias sociales. En una reseña en el número 3 de 1964, Gonzalo Vial sostuvo que desconsolaba “ver tanta inteligencia, tanta preparación científica, tan inmensas lecturas y tan prodigiosa erudición ... todo desperdiciado en acomodar la historia hispanoamericana al estrecho molde marxista”. Vial le reprochaba al autor el intento de establecer en la historia “leyes científicas, como en las ciencias naturales”, puesto que la complejidad de la historia era infinita, derivada esta complejidad del “libre albedrío”, de la libertad humana. Para la historia en el sentido que le daba Vial “los esquemas más ingeniosos resultan simplistas, verdaderos ‘zapatos chinos’. En los cuales la historia naturalmente no cabe... y como no cabe, hay que meterla a patadas,” la misma crítica que les hizo a los historiadores marxistas (Vial, 1964a: 423-427).

Este mismo argumento relativo a las determinaciones mecanicistas fue ocupado por González Echenique cuando reseñó la segunda edición de los *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, de Ramírez. El fundador de *Historia*, decía que si bien el hombre podía encontrarse con situaciones objetivas, también podía darle la espalda, siendo aquel, el artífice de la historia (González, 1968: 374).

b. Propaganda política y falta de objetividad

Otro elemento que se destacó en las reseñas fue la falta de objetividad. Respecto a un trabajo de Jorge Barría Serón titulado la

“Evolución histórica de Chile a partir de 1910”, publicado en 1960, el primer ejemplar de *Historia* de 1961 señaló:

“un tema hasta el día de hoy poco tratado y de profundo interés. Desgraciadamente, no ha sido abordado por el autor en forma objetiva y profunda. Hay trozos que son simples declamaciones políticas. No parece que se justifique la inclusión de trabajos de esta naturaleza en los Anales de la Universidad de Chile” (*Historia* 1, 1961: 302).

70

Como se ve, los miembros de *Historia* cuestionaron que la publicación de este artículo haya estado mediada por la revista de la Universidad de Chile, lo que fue refrendado en otra reseña respecto a otro artículo de Barría, “La cuestión social en 1920-1926”, también publicado en los *Anales de la Universidad de Chile*, en 1959. Los intelectuales de *Historia*, enfatizaron que las observaciones hechas anteriormente valían también para este último artículo. En el Fichero Bibliográfico, correspondiente al número 1 de *Historia*, en donde se reseñó de forma más detallada dos de las obras de Ramírez, se hizo referencia a la *Historia del imperialismo en Chile*, publicado en 1960. Dijeron lo siguiente:

“El título y el autor de esta obra podrían llevar a la suposición de que nos hallamos ante un libro de historia. Pero no: aquí lo hechos son sólo adornos de un panfleto político. El señor Ramírez, con infinita paciencia, ha espigado en libros, diarios, papeles públicos, todo cuanto puede concebiblemente arrojarse a la cabeza del ‘imperialismo’ y todo cuanto se ha escrito en Chile contra él. Esta tarea agobiadora quizá tenga méritos políticos, pero ninguno histórico. Y aún incursionando nosotros modestamente en el campo de la política, se nos ocurre que un libro así es poco eficaz. La mezcla de hechos con minucias... el tono declamatorio y la parcialidad evidente hacen que el libro del señor Ramírez simplemente *no convenza*” (*Historia* 1, 1961: 312).¹²

12 Cursivas en el original.

Agregaron que el “doctrinarismo marxista ha jugado al señor Ramírez una nueva mala pasada, haciéndole incurrir en simplificaciones tipo propaganda política, ajena por completo a la Historia” (1961:339), lo mismo que ocurría con el libro ya citado de Lipschutz, donde se sostuvo “que nos hallamos frente a un libro de propaganda y no de historia” (Vial, 1964a: 425).

El artículo de Marcelo Segall, publicado en los *Anales de la Universidad de Chile*, en 1962, intitulado las “Luchas de clases en las primeras décadas de la República. 1810-1846”, también recibió la misma crítica:

“Dentro de la historia social de Chile se trata de un tema de interés, pero el autor hace lo posible para que su obra carezca de la objetividad necesaria. Segall es marxista y la ‘concepción dialéctica’ a que se refiere a menudo, le impone un camino del que no puede apartarse... Son tantos y tan graves los asertos discutibles o simplemente erróneos contenidos en las páginas de este estudio, que el provecho que de él se puede obtener no consiste más que en un manojo de hechos, que utilizarán los futuros y objetivos historiadores” (*Historia 2*, 1962-1963: 263).

71

En el número 3 de 1964, se reseñó *Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno. 1946-1962*, de Barría, sosteniendo que este “suministra datos útiles para el conocimiento sindical chileno.” Pero “aparte de afirmaciones y tesis sujetos a discusión, debe repararse en que, para el autor, prácticamente casi toda la vida nacional ha estado determinada o influida, en los años referidos, por las vicisitudes derivadas del sindicalismo. Hay allí, evidentemente, una visión parcial e incompleta que disminuye el valor de la obra” (*Historia 3*, 1964: 396).

Sobre el libro de Ramírez, *Los Estados Unidos y América Latina*, publicado en 1965, en el número 5 de 1966, sostuvieron que era un “Ensayo histórico, relacionado con otros estudios del autor, que busca una explicación del ‘imperialismo’ norteamericano. Se analiza el problema desde la visión de una América Latina víctima, y sobre las ideas del marxismo se señala el camino de una rehabilitación continental” (*Historia 5*, 1966: 276).

Fernando Silva Vargas, en el número 3 de *Historia*, haciendo referencia a un libro publicado en Estados Unidos por Frederick B. Pike, *Chile and United States, 1880-1892. The emergence of Chile's social crisis and the challenge to United States Diplomacy*, sostuvo que este libro era decepcionante, entre otras cosas, por la “discutible formación científica” del autor. Puso en cuestión la formación científica de Pike, ya que había resaltado favorablemente los métodos utilizados por Jobet y Ramírez en sus investigaciones. Pike había dicho en una nota al pie de página que “es particularmente significativo que Jobet y Ramírez están entre los pocos historiadores que se preocupan de usar métodos científicos de investigación”.

En cambio, el integrante de *Historia*, señaló en la reseña, que “cualquiera que haya leído alguna de las obras de estos historiadores marxistas, se preguntará, sin duda, si basta confeccionar ordenados ficheros con recortes de diarios, largas estadísticas o complejos gráficos para merecer el calificativo dado por el señor Pike” (Silva, 1964: 419-420). Este hecho no es menor, porque refleja que la incorporación de las ciencias sociales en el análisis de la formación social, lo que en esa época vendría a constituir un elemento importante en la renovación de la historiografía, no era una cuestión que se pensara adoptar en esta “comunidad de interpretación”. A menudo la metodología de este sector se basaba en saber qué propuso en el papel la corona, para señalar después de ello, que los desvíos de los españoles en la práctica no eran sino una ilegalidad que el rey no toleraba.

Por último, hay que agregar, que el historiador norteamericano hizo un amplio uso de las obras de Ramírez y Jobet, no dejando al margen la de Marcelo Segall, contribuyendo a una difusión en el exterior de las obras de estos jóvenes historiadores marxistas. E incluso, Pike, destacó a Guillermo Feliú Cruz como un excepcional intelectual no marxista que reconoció la nueva tendencia historiográfica que aquellos estaban desarrollando (Pike, 1963: 265).

c. Reproducción de ideas y omisiones

En el segundo número de *Historia* que correspondió a los años 1962-1963, la recensión a un artículo que Ramírez publicó en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* en 1961, intitulado “El gobierno británico y la guerra contra la Confederación Perú-boliviana”, el tono fue muy distinto al que se observa en las reseñas anteriores. Sin embargo, se enfatizó en que la tesis expuesta por Ramírez ya había sido adelantada por Francisco Antonio Encina (*Historia* 2, 1962: 349-350).

Lo mismo ocurrió con el primer tomo del libro de Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, publicado en 1967, respecto al cual sostuvieron que “este primer tomo, de los seis anunciados por el autor, para ‘interpretar’ la historia de Chile, versa sobre las culturas precolombinas y la conquista americana, refiriéndose en forma especial a Chile. Sin hacer nuevas interpretaciones, sino repetir las ya conocidas de Lipschutz, el autor aún muestra resabios decimonónicos ya superados” (*Historia* 7, 1968: 344).

A propósito del artículo “Esclavitud y tráfico de culies en Chile”, de Segall, publicado en 1967, se sostuvo que “Se basa el autor preferentemente en las obras de Benjamín Vicuña Mackenna, que afirmaba que más o menos desde la década de 1840-1850, las labores de las minas y guaneras del norte eran efectuadas por asiáticos” (*Historia* 7, 1968:354).

Respecto a “Notas sobre la enseñanza superior en el siglo XVIII” de Julio César Jobet, publicado en los *Anales de la Universidad de Chile*, expresaron lo siguiente: “Sobre la base de fuentes impresas y conocidas el autor rememora añejas y repetidas ideas de autores decimonónicos sobre la educación en América y en especial Chile” (H.A.D., 1971: 400).

En relación con el libro de Ramírez, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, de 1965, sostuvieron que “Se trata de una interpretación polémica de una parte de la historia social chilena desde

una visión marxista-leninista de los hechos, con abundantes datos y citas textuales incorporadas a la obra. Lamentablemente se omitió una bibliografía” (*Historia* 5, 1966: 257).

A propósito de la “Historia sindical de Chile”, de Barría, publicado por la revista *Mapocho* en 1965, el tono se moderó si se compara con las otras obras reseñadas de este autor. Se decía que “Es lamentable que Barría olvide sistemáticamente la acción de los católicos en el campo obrero y social. Nada se dice, por ejemplo, de los Círculos obreros creados en 1878 por Abdón Cifuentes, ni de otras numerosas instituciones que debieron ser nombradas, para que su estudio hubiese sido completo” (*Historia* 5, 1966: 262).

74

Como se vio en el último apartado los intelectuales conservadores de la revista *Historia* no desconocieron la producción historiográfica marxista. Por el contrario, estaban al tanto de lo que circulaba, a tal punto que las críticas que se destinaron al conjunto de historiadores que abrazó este modo de inteligibilidad de la realidad social, importaron una clara jerarquía. En efecto, solo uno de estos historiadores fue reseñado en la sección de libros, siendo la figura de Hernán Ramírez Necochea, militante comunista, quien más inquietó a este sector.

Ramírez, profesor formado en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, devino a lo largo de dos décadas, el historiador más importante entre los cultores de la historiografía marxista. Jobet y Segall se destacaron por sus ensayos, y si bien Jorge Barría situó sus preocupaciones por llevar adelante una investigación sobre los movimientos sociales, Ramírez era el historiador más reputado. Historiador de archivo, luego de obtener la Licenciatura en Filosofía con mención en Historia en 1939, partió a Estados Unidos en donde en 1944 obtuvo el Master of Art en la Universidad de Columbia de Nueva York, para finalmente obtener el doctorado en la Universidad Carolina de Praga en 1961. Una carrera, como se puede ver, típica del historiador profesional.

Esta fue, es muy probable, una de las razones fundamentales para convertirse en el blanco de la crítica de estos intelectuales conservadores, porque además de ocupar un lugar en la universidad estatal, se erigió en el “Decano de la reforma” universitaria. Este era un hecho significativo, en vista de que justamente acaecía en el mismo momento histórico en que Jaime Eyzaguirre, producto de las presiones de los estudiantes movilizados, debía abandonar la Universidad Católica, que lo cobijó por más de tres décadas, siendo aquel episodio un claro signo de que el orden social se estaba invirtiendo.

Por lo mismo, no debería sorprender que en la elaboración de la estrategia de deslegitimación se haya acudido a ciertos recursos relativos al orden académico en función de revertir la imagen obtenida por este historiador, pues en ningún momento acudieron a su militancia comunista.¹³ Así, apropiándose de una idea particular de lo que debía

75

13 Como sí lo hizo la revista P.E.C., en el número 265 de 1968, cuyo director era Marco Chamudes, un antiguo comunista expulsado del partido. Denunciaba que “la penetración de los comunistas en el Instituto Pedagógico ha sido realizada con gran sutileza y fluidez. La palabra exacta para retratar el método, podría ser la infiltración por osmosis... La elevación de Hernán Ramírez Necochea, proseguía la revista, a la calidad de jefe visible del sector comunista ha sido hecha dentro de la táctica conocida... Ha gozado del privilegio de concurrir a Moscú y a la Habana, con facilidad suma. Es para decirlo brevemente, un seguro e incondicional del partido. Además, sus obras de investigador en el campo de las ciencias sociales, sin tener otro relieve que el de la paciencia documental, confirman al ortodoxo marxista, leal a la causa que sirve”. Sin embargo, Seguía Chamudes, “nadie, a menos que esté en el secreto, vería al frío militante de la secta dogmática, al intransigente y al entregado con todas sus potencias a la destrucción del ‘orden burgués’... Si se dice que ahora será Luis Corvalán el que tenga en sus manos la formación de los profesores, y, por su intermedio, el adoctrinamiento marxista de los alumnos de la enseñanza media, no se dice sino una verdad a medias. El Partido Comunista está organizado para las tareas universitarias con un decano en sus filas, desde hace mucho tiempo.” Góngora et. al., (2002: 196-197), por su parte, después de varias décadas, sostenían que estos historiadores de izquierda eran “desiguales en méritos”, quienes no tuvieron “muchos trabajos dados a la imprenta, ni

ser “científico”, estos intelectuales conservadores rechazaron la construcción teórica como fundamento en la interpretación de los procesos históricos, asociándola con una determinada ideología política. No obstante, este rechazo contenía un problema mayor, ya que si bien era manifiesta la oposición de lo científico a lo teórico, no se refirieron en ninguna parte a qué era lo que entendían por lo primero.

Dar cuenta del sentido y las reglas de un modo de proceder a partir de lo que es opuesto a ello tampoco hubiese dado necesariamente con el resultado requerido: lo más cercano podría ser un maniqueísmo obtuso en el que la teoría sería desplazada y el relevamiento de los hechos un fundamentalismo. Teniendo esto, no deja de llamar la atención que la interpretación que abrigó este grupo de intelectuales hispanistas justamente se destacó por partir de una lectura apriorística de la historia. ¿Acaso la ideología no estructuró la selección de las problemáticas y los modos de abordarlas? ¿La época colonial como objeto de estudio, curso histórico preferido por estos, no era producto del filtro ideológico hispanista que actuaba sobre ellos consciente e inconscientemente? ¿Las nociones ideológicas de autoridad, orden, tradición, legalidad, etc., no condicionaron el modo de cómo debía aproximarse el estudio de la historia?

Los historiadores de izquierdas, sin perjuicio de las distancias y diferencias metodológicas y teóricas que mantuvieron entre ellos, fueron dando vida a una tradición que se fue consolidando junto a las luchas sociales y políticas de los sectores populares de la época. No obstante lo anterior, este cuerpo de intelectuales tuvo que enfrentar ciertos obstáculos cuando irrumpieron en el campo cultural. Del silenciamiento oligárquico de la década de los cincuenta, superado por el

mucha difusión, ni mucho prestigio”, agregando que esto último, quizá era injusto. Pero resaltaron que “el de mayor eco era Hernán Ramírez, comunista, por su conocida e importante obra sobre Balmaceda y por la ‘caja de resonancia’ que le hacía el Partido. Mas la estrecha sujeción a éste lo devaluaba científicamente en el mundo culto”.

apoyo de algunos historiadores liberales, la historiografía marxista en los años sesenta, se volvió a topar con un territorio reservado en manos de sus detractores. Para los sectores conservadores ya no bastaba con silenciar o impedir la circulación de ciertas ideas, debido a que estos historiadores contaban con ciertos espacios que se habían ido autonomizando de los controles que las elites tradicionales habían detentado. Parafraseando a Derrida, el espectro de Marx ya no solo asediaba, sino que estaba ocupando un lugar determinado. Por lo mismo, el tipo de modalidad para enfrentarlo, la conjura, tuvo que ser modificada con el transcurso del tiempo, sobre todo a partir de los años sesenta, la década más compleja y vertiginosa para las clases dominantes.

Se aceptaba la producción historiográfica marxista como un hecho, pero por ninguna razón se promovería. Por el contrario, como se deduce de las reseñas que observamos más arriba, la estrategia tendió a su deslegitimación mediante el cuestionamiento de las formas respecto a cómo estos historiadores procedían, advirtiéndolo al lector, de modo indirecto y directo, lo que implicaría su lectura: encontrarse con un discurso ideologizado que al alejarse de la rigurosidad que debía tener el historiador, no aportaba más que una declamación política difícil de digerir, perdiendo toda objetividad correspondiente a un trabajo que debía poseer un carácter científico.

La revista *Historia*, como se pudo ver, más allá de su adscripción al mundo académico y científico del cual reclamaban, jugó un papel importante en la lucha respecto a las representaciones historiográficas de la época, donde la neutralidad era algo que se podía invocar, pero al parecer, no mantener. Si las críticas a la historiografía marxista se fueron morigerando con el tiempo, no eran más que indicios de que algo nuevamente había retumbado los sentidos: La Reforma Universitaria y el desenlace trágico de Eyzaguirre en 1968.

Como toda empresa editorial, quienes la organizan guardan muchas inquietudes, sensibilidades e intereses que no son explicitados directamente. Por ello no basta con leer el texto de forma cerrada, sino

situándolo para dar balance de las complejidades que atraviesan en el camino quienes están detrás de ellas en su organización y mantención. No sólo son ideas las que se desprenden de las revistas, sino que también prácticas, experiencias, trayectorias y contextos de producción que permiten mantenerlas con vida. La singularidad de la irrupción de la revista *Historia*, al igual que muchas de esa época, señala un campo de lucha y de disputa que debe demandar una atención que hasta ahora no se ha realizado en profundidad.

CAPÍTULO III

TRANSITAR POR LAS REVISTAS CONSERVADORAS EN LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA Y SESENTA DEL SIGLO XX: ÁLVARO JARA, ROLANDO MELLAFFE Y SER- GIO VILLALOBOS EN EL *BOLETÍN DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA* Y LA REVISTA *HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA*.¹

Desde las distintas corrientes historiográficas que surgieron a mediados del siglo XX hubo una inquietud por hacer de la historia una labor que partiera de un determinado conjunto de reglas y métodos. En un ambiente en que la ambigüedad sobre dicha cuestión era patente, debido a que existía un conjunto de historiadores que no había tenido formación propiamente tal, más allá de una fina erudición y amplio bagaje cultural, el empeño de algunos intelectuales era justamente normalizar la investigación o, por lo menos, aspirar a ello.

Las distintas Memorias de Pruebas que aparecieron en la época, vienen a corroborar que había una búsqueda por dotar de un significado distinto a la producción historiográfica. Se propusieron nuevos problemas y para solucionarlos, distintas formas. En esto concordaron algunos trabajos sobre la historiografía de ese tiempo. Para Sergio Villalobos (2000: 319), quien se formó en esos momentos, expresaba que se buscaban los “grandes fenómenos económicos y sociales, los hechos masivos y anónimos y era obligado plantear tesis e hipótesis, en forma explícita o implícita, que conducían a cuadros interpretativos. Mi generación se incorporó a la tendencia, más algunos investigado-

79

1 Publicado en *Sur y Tiempo. Revista de Historia de América* 1, 2020: 20-46. <https://doi.org/10.22370/syt.2020.1.2045>

res anteriores, como Góngora y Ramírez, y aparecieron muchos libros innovadores.” Todo el campo historiográfico estaba al tanto de estas nuevas predisposiciones. Algunos se interesaban por los mismos temas, los que estaban en parte condicionados por las escaramuzas políticas y proyectuales, pero lo cual no redundaba en que fuesen compartidos ni los métodos ni las mismas perspectivas de análisis. Ya vimos en el primer capítulo que a Eyzaguirre le preocupaba que los jóvenes del pedagógico publicaran más rápido que sus discípulos de la Universidad Católica, sobre todo cuando algunos de estos trataban los mismos asuntos (Góngora et. al., 2002: 193) y que Salinas (1994), fue mucho más allá, llegando a postular que por esas fechas se configuraron dos tradiciones historiográficas opuestas en Chile: una Tradición del Instituto Pedagógico y una Tradición Hispánica vinculada con la Academia Chilena de la Historia.

En este capítulo, especialmente, relativizaremos esa última afirmación. Es una lectura interesante que aportó a un modo que intentó conceptualizar el desarrollo del fenómeno en un lapso de más de tres décadas, pero que en los hechos no graficó ciertos matices propios del mismo proceso, puesto que al interior del Pedagógico convivieron distintas formas de inteligibilidad de la historia y no sola una, las que por lo demás mantuvieron una relación ambigua entre sí, representadas por los jóvenes historiadores con cierta inspiración de los *Annales* y un grupo de jóvenes que se había formado bajo la óptica marxista. E incluso, también en el mismo periodo se erigió el Instituto de Investigaciones Históricas al interior de la Universidad Católica de orientación conservadora, constatando que la renovación historiográfica era un fenómeno que atañía especialmente a la universidad, vale decir, a cierto profesionalismo.

Suponiendo que Eyzaguirre, fundador de la Academia Chilena de la Historia y director del *Boletín* de la misma, al levantar el recién nombrado Instituto persistió en conservar cierta tradición, nos quedaría ver por delante cómo ambas instituciones se comportaron frente a

la historiografía que estos jóvenes del Pedagógico estaban produciendo. Señalamos, desde ya, que la posición de esta “tradicción hispánica” frente a estos dos grupos, si es que se puede tipificar a ambos, adoptó distintas características.

La relativa a la tendencia marxista, ya la tratamos en el capítulo anterior. En este espacio, en cambio, nos limitaríamos a dar cuenta de cómo se desarrollaron desde los años cincuenta hasta la década del sesenta frente al grupo de jóvenes historiadores que se les ha relacionado con la citada corriente europea.

Al consultar las fuentes que podrían dar luces de un “conflicto permanente” se observa que no fue tal. A estos jóvenes no se les negó un espacio en las revistas que controlaba esta tradición hispánica, a diferencia de los historiadores marxistas. El *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* facilitó la publicación de algunos artículos de estos jóvenes investigadores como Álvaro Jara y Sergio Villalobos, por citar a los más representativos, llegándose, por otra parte, a premiar la tesis de grado de Rolando Mellafe por la propia Academia, y si bien los tres no publicaron nada en la revista *Historia*, sus obras fueron reseñadas con un tono mucho más mesurado respecto al acento destemplado que le reservaron al conjunto de la obras historiográficas marxistas, cuyos autores por lo demás no publicaron nada en ninguna de ambas revistas.

No se intenta sostener que todas las referencias a los trabajos producidos por estos jóvenes desde aquellos artefactos culturales hayan sido exclusivamente favorables. Solo indicar que existían matices y que dar cuenta de esta escala de juicios, significa revelar el modo respecto a cómo se desarrollaron los cultores de la historiografía en la década de los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Así, cartografiar aquel terreno es uno de los objetivos que nos hemos planteado en este capítulo, por cuanto no se puede comprender dicha renovación historiográfica sin considerar la tensión que las mismas propuestas que surgían iban planteándole a la propia disciplina, repercutiendo inevitablemente en los ánimos y voluntades de quienes deseaban cultivar la historia en ese tiempo.

Si hemos elegido las reseñas de libros como las fuentes principales para comprobar lo que estamos sugiriendo, tal como ya se ha hecho a lo largo de este libro, se debe a que aquellas bastante dicen de las inquietudes de quienes las elaboraban, representando, sin duda alguna, parte de las pulsiones de la época en torno a las problemáticas que iban asomándose, sobre todo, cuando eran aprovechadas, si no para promover o cuestionar a los autores o la misma obra, propiciar el rechazo directo de estas y estos.

Por último, en tres partes se dividirá el siguiente capítulo. En la primera se hace mención a los soportes culturales que promovieron a estos jóvenes en sus inicios, pero que no estaban sujetos al control ideológico conservador. En la segunda, se verá el tipo de promoción que se les dio a través del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*² en la década de los años cincuenta. Y, por último, se hace referencia al tipo de juicio que la revista *Historia* hizo sobre sus primeras obras en sus primeros diez años de vida.

1. Los jóvenes historiadores del Pedagógico, los soportes culturales de difusión de la Universidad de Chile y otras redes

Los tres historiadores que abordaremos en el presente trabajo, Álvaro Jara, Rolando Mellafe y Sergio Villalobos, se formaron en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Los tres, asimismo, se graduaron en el mismo lustro. Villalobos en 1956 con la tesis *La idea de independencia de Chile*; Jara en 1957 con *Guerra y sociedad en Chile: La transformación de la guerra de Arauco y la esclavitud de los indios* y Mellafe en 1958 con *La introducción de la esclavitud negra en Chile y sus relaciones americanas*.

Sin embargo, antes de la obtención del título de Profesor de Estado, los tres habían tenido participación en los soportes comuni-

2 De aquí en adelante para este capítulo solo *Boletín*.

cacionales de la Universidad. Respecto a la revista *Clio*, la publicación del Centro de Estudiantes de Historia y Geografía del Instituto Pedagógico, Villalobos contribuyó con algunos artículos; Mellafe, con una reseña de libro; y Jara con una parte de su tesis. Los dos primeros hicieron lo mismo en la revista *Anales de la Universidad de Chile*, aportando tanto con artículos y reseñas de ciertas obras, sobre todo Mellafe, todo lo cual sin perjuicio de la publicación en 1954 del libro *Diego de Almagro*, junto a Villalobos, a propósito de la conmemoración de los cien años del nacimiento de José Toribio Medina, cuyo patrocinio había provenido de la Universidad de Chile.

Más allá de los intersticios que proporcionaba el campo universitario, algunos de ellos, como Jara, incursionaron en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, dirigida por Ricardo Donoso [reemplazado desde 1954 por Raúl Silva Castro], y otros fueron mencionados en la misma publicación por los aportes que estaban haciendo al conocimiento de la historia. En efecto, tempranamente, en el número 118 de 1951, Jara había reseñado el libro de Claude de Bonnault, *Historie du Canada Français* y en el número 124 de 1956, publicó el artículo “Importación de trabajadores indígenas en el siglo XVII”, el que había sido parte de un homenaje realizado a Paul Rivet, divulgado en México, tal como se aclaraba en el mismo número. Por su parte, en este último número E.P.S., de seguro Eugenio Pereira Salas reseñó el *Índice de la Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile* que Sergio Villalobos había confeccionado, sosteniendo de su discípulo lo siguiente:

“Entre los jóvenes historiadores que van emergiendo de las aulas del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, sobresale Sergio Villalobos en el Seminario de Historia de Chile que dirige el profesor Guillermo Feliú Cruz. A él debemos los profesionales esta utilísima compilación que ahorra tiempo precioso en la investigación” (Pereira, 1956: 363).

Por otro lado, Mario Céspedes (1956: 246), en una reseña que publicó los *Anales de la Universidad de Chile*, en el número 103 de 1956, destacó esa misma recopilación preparada por Villalobos, subrayando que “el joven investigador” había cumplido una “limpia labor artesanal”. También Carlos Fredes Aliaga en el siguiente número de esta misma revista, en el 104 de 1956, hizo una reseña a la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile* a cargo de Rolando Mellafe y Álvaro Jara, afirmando que:

84

“Estimamos que no es sólo de conveniencia, sino de justicia, destacar los nombres de Alvaro Jara y Rolando Mellafe, quienes, bajo la dirección del Secretario General del Fondo, Profesor Guillermo Feliú Cruz, han realizado un valiosísimo trabajo... Ellos, actualmente agregados a la docencia en el Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, han sorteado con felicidad los múltiples obstáculos propios de las labores de esta índole... los autores realizaron un trabajo de primer orden, con una honestidad y capacidad honrosa para la historiografía chilena, a la vez que modelo permanente para futuras empresas de esta naturaleza” (Fredes, 1956: 277).

E incluso, si entre ellos podían promoverse, no rechazaron tal acción, como cuando por ejemplo Villalobos (1957: 440) reseñó a su compañero Álvaro Jara por haber llevado a cabo una recopilación en 1957 sobre la ley indígena posterior a la independencia, cuyo fruto fue *Legislación Indigenista de Chile*.

Si lo anterior lo hemos dado a conocer es para dar cuenta que estos jóvenes con inquietud por la investigación, lograron contar con un lugar, ciertas promociones y respaldos, etc., desde que iniciaron una travesía de por sí compleja y llena de obstáculos. Desde la década de los cincuenta se dio inicio a la configuración de una red intelectual que se articuló entre los profesores del Instituto Pedagógico, en la que se hallaban Guillermo Feliú Cruz, Eugenio Pereira Salas, entre otros; los

seminarios que algunos de estos impartieron y los soportes culturales y académicos que gravitaban, como lo fueron las revistas³, sin perder de vista otras instancias como los Congresos y el contacto epistolar, como lo destacó el trabajo de Alejandra Araya (2005: 36) sobre la recopilación y selección de cartas que llevó a cabo María Teresa González sobre Rolando Mellafe.

Un mapeo de las tantas reseñas y artículos que lograron publicar estos jóvenes a través de los *Anales de la Universidad de Chile* desde el segundo lustro de la década de los cincuenta, no debería generar sorpresa si bien se sabe que en ese periodo Guillermo Feliú la dirigía, quien por lo demás, había volcado muchas energías por revitalizar una revista que en esos momentos no lograba tener un impacto muy sostenido. Ni tampoco debería asombrar que un H.R.N. (1956: 106), sin duda alguna, siglas de Hernán Ramírez Necochea, otro profesor del Instituto Pedagógico, pero de filiación comunista, haya reseñado en la revista cultural *Aurora*, comandada por Volodia Teitelboim, a Álvaro Jara, también militante del mismo partido, cuando sostenía que el trabajo vertido en *Legislación Indigenista de Chile* “nos ponía en presencia de un hombre –Alvaro Jara– que con seriedad, dedicación y cariño se está iniciando en el rico y en el todavía poco explorado campo de las investigaciones histórico-sociales de nuestro país.”

3 No deja de ser interesante constatar que en una revista como *Extremo Sur*, publicación de literatura dirigida por Ester Matte Alessandri, se haya reseñado el primer libro de Mellafe y Villalobos, *Diego de Almagro*. La reseña (Mesecke 1955: 26-27) decía lo siguiente, muy en concordancia con lo que venimos proponiendo: “Esta publicación (la primera de su índole que conocemos) revela una nueva modalidad de estudios en uso en el Pedagógico, en la que se trata de incorporar de lleno a los alumnos a las labores investigativas, al manejo, interpretación y utilización de documentos. Los beneficios están a la vista: los jóvenes Mellafe y Villalobos entran por la senda de la seria investigación histórica y de la erudición, con paso firme y seguro... Los estudios de Mellafe y Villalobos hablan de la presencia de dos nuevos valores en el campo de la historiografía nacional.”

Hasta el momento en que defendieron sus memorias de prueba, el ambiente generado en el Instituto Pedagógico le granjeó un buen pasar a estos estudiantes, lo que contribuyó sin duda alguna a conformar ciertas tradiciones, consolidar determinados vínculos y tomar posición en el campo cultural y académico (Quiroz, 2012: 36-37; Mellafe, 1995).

2. El *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, otro espacio de incursión

Vimos en el apartado anterior que los jóvenes investigadores del Pedagógico contaron con los soportes de difusión de la universidad: la revista *Clío*, los *Anales de la Universidad de Chile*, las prensas de la editorial universitaria y, durante la década de los sesenta, el *Boletín de la Universidad de Chile*. Si bien la *Revista Chilena de Historia y Geografía* no pertenecía directamente a la universidad estatal, mantenía lazos muy estrechos con esta y en especial con el Instituto Pedagógico a través de Ricardo Donoso, Eugenio Pereira, Guillermo Feliú y Mario Góngora, quienes eran miembros de la Junta de Administración de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía que publicaba esta revista.

No obstante, en este mismo lapso de tiempo, simultáneamente al camino que se abrían a través de los distintos ámbitos culturales que ofrecía la universidad pública, también lograron divulgar en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, trinchera reservada, preferentemente, para los intelectuales conservadores. Tanto Álvaro Jara como Sergio Villalobos, sin perjuicio de Mario Góngora [quien además de publicar en esta revista, a lo largo de los sesenta fue un asiduo reseñador de libros], colaboraron en varias ocasiones en la década de los cincuenta, frente a lo cual es difícil sostener que existía un permanente conflicto entre ambas “tradiciones”. Es muy probable que se quiera insistir en que era un periodo de juventud y de formación, respecto a lo que era difícil verificar si había un proyecto historiográfico que tomara distan-

cia de los saberes y las formas defendidas por la historiografía conservadora y también por la liberal. Lo cierto es que las tesis de estos jóvenes del Pedagógico ya anunciaban un modo diferente y mientras aquellas eran defendidas, algunos de estos seguían publicando en el *Boletín*.

Pero para despejar dudas, no nos queda más que dar cuenta de qué fue lo que propagaron en este medio de comunicación con el objetivo de ver el tipo de relación que se estableció en el campo historiográfico de la época y cómo se fue desarrollando. Como se ha decidido abordar solo a tres de estos investigadores, de quienes Julio Pinto (2016: 52) se refirió como “un grupo que recibió la evidente influencia de la escuela francesa de los Annales”, partiremos con Sergio Villalobos, posteriormente con Rolando Mellafe, para concluir con Álvaro Jara.

a. Sergio Villalobos

87

El primer trabajo que publicó Villalobos (1955: 116-153) en el *Boletín*, se intitulaba del siguiente modo: “Dos cronistas: Alonso Borregán y fray Antonio Vázquez de Espinoza”. Siguiendo el rescate de los cronistas, tal como lo hicieron Barros Arana, Vicuña Makenna y Medina, sostenía que “dar a conocer” a estos dos autores, “escasamente difundidos en Chile, y subsanar en pequeña parte ese inconveniente, es el propósito del presente artículo”. Respecto a Borregán, Villalobos esperaba contribuir con el conocimiento de un cronista que diera luces sobre la vida del Chile colonial, cuyo relato estuvo oculto “durante muchos años a la vista de los historiadores”. Lo destacó porque “corresponde a una fuente de primera mano” de “modo que resulta una crónica totalmente independiente de las demás, escrita según lo que el autor vio y oyó decir a los soldados que se habían movido por el escenario de la conquista”.

Con la visibilidad de este cronista, quien surgió de “la multitud de soldados sin relieve que formaron las huestes conquistadoras del Perú”, se intentó dar a conocer a un hombre que alimentó deseos de

superación, según Villalobos, principalmente por estar inmerso en un ambiente “bélico, de brutalidad, de vicios, de vida sensual”, etc. Si la intención del joven investigador fue la de rescatar del olvido a un sujeto anónimo, estuvo mediada, al parecer, por dar cuenta de cómo fue la vida del mismo, cuando después de sufrir continuos abusos, vinieran de donde vinieran, e implorando justicia, el sistema real hizo oídos sordos a sus denuncias, arrastrándolo al desamparo absoluto.

88

Un cronista, con cuyo testimonio se hacía manifiesta la vida de los miserables, no especialmente hablando desde el lugar de los indígenas, sino dando cuenta de lo que ocurría al interior del estrato español. Aquello, quizá, es lo novedoso de la voluntad de Villalobos, mostrar en una revista de corte hispanista, las contradicciones de una nueva formación social que no tenía tanto de promisoría. Terminó aquella parte sosteniendo que Borregán “no se propuso otra cosa que narrar los sucesos que había vivido y los atropellos sin cuenta que había sufrido, como un medio eficaz de alcanzar una justicia siempre esquiva y una gloria largamente deseada”.

Por más que desde acá se quiera ver cierta actitud de Villalobos frente a la vida de aquel, lo cierto es que respecto al segundo cronista olvidado, la posición fue un tanto distinta. Villalobos consideró que lo que se desprendía de la mirada particular sobre Chile en el *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*, de fray Vázquez, por más que haya hecho una descripción, a veces, exacta del territorio, no era más que un artilugio construido a partir de otros autores, poniendo en duda que el religioso hubiese estado en Chile. Luego de dar ciertos ejemplos para contradecir su estancia en el país, Villalobos, sostenía que la crónica bajaba “de valor histórico inmediatamente y pasa a ser una fuente de segunda mano para nosotros”, por lo menos la que atañía a la descripción del territorio nacional.

Pese a lo anterior, lo curioso es que Villalobos, más allá de la veracidad de la permanencia del fray, terminó afirmando que la imagen de una “sociedad americana floreciente, admirable, afanada en progresar”

que surgía del *Compendio*, sí correspondía con la americana de comienzos del siglo XVII, siendo los abusos uno que otro, como en toda sociedad. Al distanciarse de hacer una invectiva contra la representación hispanista, cerraba su trabajo enfatizando en que “en las páginas de fray Antonio Vázquez de Espinoza se ha unido a la belleza del buen decir castellano, la de la obra colonizadora de España”.

Esta primera contribución de Villalobos en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, como se desprende, es bastante nebulosa si se mira con cierta atención, pues si en su primera parte contradice el espíritu que se intentaba expresar a través de las páginas de la revista, en la segunda parece desandar lo realizado. Vericuetos de juventud, quizá, sobre todo cuando se está en un proceso de formación y los filtros ideológicos estaban vigilantes.

El segundo trabajo con el que contribuyó Villalobos que data del primer semestre de 1958, trató del diario del científico sueco C. Skogman. No se ve un problema planteado que haya orientado la exégesis ni tampoco que obedeciera a un proyecto de investigación que justificara tal decisión. A decir verdad, gran parte de este artículo fue una transcripción de lo que el marino sueco dijo sobre Chile sin que mediara algún tipo de interpretación. No obstante ello, de la lectura de la descripción que hace el científico, se ven desplegadas variadas dimensiones de lo social de aquella época, desde las costumbres de las clases populares, la vida cotidiana, su moralidad, hasta las modas de las clases altas y sus distracciones, pasando por las distintas actividades económicas, culturales y políticas del país, lo que si se quiere forzar, podría tener cierta relación con la declaración que hiciera dos décadas después (1980), cuando sostenía que se debía abarcar un cuadro general de la historia del pueblo chileno, no solo en sus aspectos políticos, militares y diplomáticos, como se había cultivado hasta esa época.

En el número 66 de 1962, sería la última contribución de Villalobos en el *Boletín* mientras Eyzaguirre estuviera vivo. En esta ocasión, sin embargo, su colaboración fue distinta, ya que su trabajo se restrin-

gió a traducir un artículo que le encargó, mediando Lewis Hanke, a C. Harvey Gardiner. Este último había hallado en el archivo de William H. Prescott, un conjunto de cartas enviadas por algunos intelectuales chilenos del siglo XIX, como Andrés Bello, Benjamín Vicuña Makenna, Barros Arana y Pedro Félix Vicuña. Gardiner preparó una nota introductoria y presentó las cuatro cartas.

Habría que señalar que en el índice del *Boletín* el artículo se consigna como autoría de Gardiner y que únicamente a pie de página se especifica que fue Villalobos quien lo tradujo. Como sea, en estas cartas se puede ver cuál fue el grado de inspiración que Prescott produjo en aquellos pensadores y qué fue lo que los movilizó a contactarse con él, siendo las misivas un interesante aporte para reconstruir las tradiciones historiográficas de los historiadores decimonónicos.

90

Para sintetizar, debemos señalar que, si bien los aportes de Villalobos fueron menores, aunque circunscritos a la publicación de algunos documentos para el conocimiento de la historia local, no le cerraron la entrada a su nombre en esta revista conservadora. Por cierto, no propuso nada que incomodara al director ni tampoco se posicionó directamente en las filas desde donde se lanzaban los dardos contra la corriente hispanista. Las diferencias irreconciliables que lo podían distanciar de este sector ideológico, si es que eso fue así, no se produjo en esta época. De seguro, hubo de pasar un par de décadas para ello, pero como se vio, hasta esta parte nada de eso ocurrió.

b. Rolando Mellafe

A diferencia de Villalobos, Rolando Mellafe, no publicó en el *Boletín*, por lo menos en el tiempo que lo dirigió Eyzaguirre, que es el que se estudia acá. Difícil dar con la razón, pues así como lo hizo Villalobos, del mismo modo podría haberlo hecho el joven Mellafe. Quizá este ya había adoptado una distancia frente a la Academia, cuestión también espinosa si es que se desea asegurar. Si hubiese sido así, si

Mellafe rechazó publicar en esta revista de aire aristocrático, tal acción no impidió que la Memoria de Prueba que presentó en 1958 para la obtención del título de Profesor de Estado de la Universidad de Chile, haya sido galardonada como la mejor tesis de ese año, justamente, por la Academia Chilena de la Historia.

Esta institución desde 1956 había fundado el premio Miguel Cruchaga Tocornal, en honor a uno de sus fundadores, con el “deseo de alentar en la juventud el cultivo de la historia patria y dar estímulo a nuevas vocaciones científicas” (Eyzaguirre, 1963: 8). Hasta el momento en que Mellafe fue distinguido, solo dos estudiantes habían sido agraciados. El primero, Andrés Huneeus, estudiante de Derecho de la Universidad de Chile, con la *Historia de las polémicas de Indias en Chile en el siglo XVI*, y el segundo, Gonzalo Vial, también estudiante de Derecho, pero de la Universidad Católica, con su tesis *El africano en el Reino de Chile*, ambos discípulos de Eyzaguirre. En 1958 fue el turno para el estudiante del Instituto Pedagógico de la universidad estatal, quien presentó *La introducción de la esclavitud negra en Chile*.

Nuevamente se advierte que, por más conservadora que haya sido la Academia, había cierta porosidad que permitía que jóvenes del pedagógico, pasaran por sus filas. Ya convertida en libro y publicada como parte de los Estudios de Historia Económica de América del Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, el estudio de Mellafe había sido el segundo de la serie Trabajo y Salario en el periodo colonial, el cual se inició con un trabajo de Álvaro Jara, compañero de ruta de Mellafe en estas investigaciones. Mellafe (1959: 7) decía que “con ciertos tipos de archivos y con una elaboración masiva, estadística y tendiente a la obtención de resultados concretos y objetivos”, se buscaba, si bien desde monografías limitadas, una futura síntesis, una visión de conjunto de la sociedad de la época.

Era una propuesta muy distinta a la que estaba promoviendo Eyzaguirre desde la historia del derecho indiano y que producían sus discípulos en las escuelas de derecho de las universidades de Chile y

Católica, tanto en la forma de comprender la historicidad de los fenómenos sociales como en el modo en que se encaraba la misma. Una renovación historiográfica que no podría haber sido producto de las concepciones hispanistas cultivadas en aquella época, sobre todo, por los imaginarios sociales que no alcanzaban a ver la magnitud de las nuevas fuentes y problemas.

Pero a pesar de esto, lo anterior constituye otro dato más para advertir que la tensión entre dos tradiciones, si es que la hubo, no se dio en la década de los cincuenta. En realidad, la cuestión no está tan clara ni tampoco es palpable a simple vista. En el mismo *Boletín* un A.A. (1959:192-193), probablemente, el abogado y Académico Electo de la Academia Chilena de la Historia, Aniceto Almeyda, reseñó el libro de Mellafe. En esta reseña se rotulaba que la obra correspondía a un proyecto originado en el Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, que había tenido patrocinio pecuniario de la Fundación Rockefeller y que había obtenido el premio recién señalado, manifestando dicho sea de paso, que las “condiciones excepcionalmente favorables en que se ha dado comienzo a esta empresa, la preparación profesional de los autores [refiriéndose también a Álvaro Jara] y su ya no corta experiencia en materia de investigación histórica, permiten esperar que sus esfuerzos habrán de ser coronados por el éxito.”

En otra parte el reseñador aludía a que el propio Mellafe para responder a varias interrogantes que se planteó había debido recurrir a la economía y la demografía, haciendo ver con ello que la renovación historiográfica iba por un camino muy distinto por donde transitaban los defensores de la historia del derecho indiano. Si bien el autor le criticó problemas de método y “afirmaciones extremas y en cierto modo contradictorias” que desconcertaban, decía que la investigación era seria y novedosa, con amplitud de fuentes.

No obstante, este juicio, debemos advertirlo con énfasis, se debió a una lectura ligera de la obra de Mellafe, por cuanto este último

no sostuvo lo que A.A. le atribuyó cuando expresó que se contradecía. Como sea, la primera gran obra de Mellafe, tuvo su reseña en la tribuna de la tradición hispánica y aunque medianamente favorable [desafortunadamente, por una lectura superficial], hizo posible que el público lector se enterara de ella, sin perjuicio de su premiación. Por último, no se puede dejar de señalar que Mellafe se incorporó en 1983 a la Academia Chilena de la Historia, ocupando el lugar que dejó el abogado Pedro Lira Urquieta. El discurso de recepción lo llevó a cabo Ricardo Krebs, un fiel representante de esta tradición hispánica. Lo mismo ocurriría con Álvaro Jara, cuando en 1996 llegó a ocupar un sitio en la citada Academia, historiador del que hablaremos en lo inmediato.

c. Álvaro Jara

93

Álvaro Jara, el último joven investigador del Pedagógico que se ha considerado en este trabajo, lo hemos dejado al final, puesto que fue quien más publicó en el *Boletín* durante la década de los cincuenta, siendo quizá el más importante de los tres, por los problemas que en esos momentos estaba esbozando en una revista de tales características.

En el número 51 del año 1954, su primer paso por el *Boletín*, publicó el artículo “Pineda y Bascuñan, hombre de su tiempo. Tres documentos.” Partió, sin eufemismo, expresando que los tres documentos trataban de las actividades del Capitán Pineda y Bascuñan, las que entroncaban directamente con la “vida económica del siglo XVII”, para luego añadir que, si bien no tenían “en sí mismos gran valor biográfico”, mostraban al individuo “actuando a la usanza de la época” (Jara, 1954: 77). Aquella perspectiva que decía asumir, la refrendaba a partir de las lecturas y los problemas que se había planteado Marc Bloch en su *Introducción a la historia* [una edición de FCE de 1952], dato relevante, ya que no era muy recurrente que entre los historiadores de la época manifestaran cuestiones relativas a referentes teóricos y marcos conceptuales, salvo los historiadores marxistas.

¿Cómo Jara llegó a publicar en una revista cerrada para una elite aristocratizante y contraria al profesionalismo que se impartía en el Pedagógico, si seguimos la lectura de Salinas? Esta pregunta que debiésemos haberla trazado cuando iniciamos el apartado con Villalobos, la hacemos ahora, a causa de que Jara, a diferencia de este, cuando dio inicio a la serie de trabajos publicados en esta revista tenía una orientación clara y objetivos resueltos. En efecto, además del artículo ya referido más arriba, en otros cuatro números dio a conocer siempre con el mismo título “Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile”, algunos documentos que anunciaban las nuevas inquietudes.

94

En el primer número en que fueron divulgadas estas fuentes, Jara (1956a: 119) expresó que era necesario no descuidar los problemas que la historia económica y social podían plantearle a la historia, sobre todo los relacionados con el trabajo del indio, el “estrato fundamental de la sociedad colonial”. Agregaba que esto último no redundaba en un problema de escasez de este tipo de documentos, sino en una despreocupación generalizada por los mismos. Con mucha cautela, indicaba que publicarlos serviría para futuras investigaciones que podrían contrastar “muchos aspectos prácticos de la realidad y verdadera condición de los indios, y que serán ilustrativos del funcionamiento de la legislación, sin que signifique opinar sobre su eficacia o sobre su falta de eficacia”.

¿Habría sido una decisión de la Comisión de Redacción advertirle al autor qué posición debía adoptar frente a los documentos? No lo sabemos. Pero es claro que entre esas líneas se advertía un problema ajeno al imaginario conservador. Si Jara decidió asumir una distancia interpretativa de los documentos y no hacer juicios sobre aquellos, tal vez como un modo de filtro, lo cierto es que era explícito en señalar que los proponía para escudriñar en otro tipo de cuestiones: el indio y su explotación durante la colonia, a diferencia de otros historiadores que les preocupaba la situación del obrero en el periodo republicano, pero que tenían en común, lo subalterno.

En el siguiente número, 55 de 1956(b), insistía en lo mismo. Decía querer llamar la atención sobre los “problemas del trabajo” en el “periodo de dominación española”, agregando que el nuevo documento que se entregaba al lector “no se refiere a reglamentación estatal ni emana de autoridades” (94), sino más bien a que era una lista de los salarios que obtuvo un grupo de indígenas de la época. No solo, como se puede apreciar, esbozaba otros temas, disímiles a los políticos y aristocráticos que defendía la Academia y que eran escudados por la tradición hispánica, sino que también proponía el estudio sobre la base de otras fuentes que no habían sido objeto de análisis, ya que no estaban consideradas dentro del canon historiográfico de aquel sector.

Por más que Eyzaguirre haya estado a gusto en cuanto a que el *Boletín* contribuía a la circulación de nuevas fuentes para el estudio del Reino de Chile, es poco probable que no haya advertido que Jara estaba proponiendo un nuevo modo de encarar el periodo colonial, modo que podría haber asestado un golpe a las formas que empleaba esta tradición para escudriñar la historia. ¿Acaso a este sector conservador no le importaba la situación del indígena más que para dar buena fe de que la legislación real lo trataba de muy buen modo?

En uno de esos mismos números que acá comentamos, J.E.G. (1958: 139), indudablemente Jaime Eyzaguirre Gutiérrez, al reseñar el libro *El prejuicio racial en el nuevo mundo. Aristóteles y los indios de Hispanoamérica*, de Lewis Hanke, enfatizaba en que, si bien Ginés de Sepúlveda justificó la esclavitud indígena a través del *Democrates*, fue indiscutible que Carlos V favoreció la postura del padre Las Casas, condenando el libro de Sepúlveda por varios siglos. Agregaba, por lo demás, que en el libro de Hanke se concluía señalando que en las actitudes españolas hubo “un deseo sincero, aunque no siempre realizado, de asimilar al indio al cristianismo y de tratarle como igual.” Esta era una cuestión algo compleja, debido a que en esa misma época refiriéndose no necesariamente a la ley, sino más bien al indígena mismo, Eyzaguirre sostenía con un tono por completo descalificador, lo siguiente:

“Ajeno a toda lucubración metafísica, no tienen para él sentido las ideas de patria, de honor, de gloria, de justicia y derecho. Apenas algo más que el instinto lo mueve. Y por sobre el temor filial, el respeto a la mujer, las reacciones del pudor, la compasión por los ancianos y enfermos, exalta la fuerza, la sexualidad, el robo y la borrachera. Ni aun la audacia extraordinaria que supo en todo momento desplegar en su lucha con el conquistador, tiene semejanza con el heroísmo de estirpe occidental” (Eyzaguirre, 1958: 32).⁴

96

Era imposible aproximarse a la historia de los grupos indígenas a partir de este tipo de prejuicios y a través de las fuentes legales y oficiales emanadas por el poder central. El nuevo objeto de estudio demandaba también nuevos documentos para tratar uno de los problemas historiográficos latentes de la época: confrontar el espíritu de la ley y la vida real. Y a eso Jara, a través del *Boletín* estaba, paradójicamente, contribuyendo. Quería visibilizar la historia de aquel silenciado por siglos. Como bien señala Enriqueta Quiroz (2012: 15), Jara se propuso tanto una historia económica y social de la colonia, con el afán de “dar a conocer los derechos de los pueblos originarios y ayudar a denunciar procesos de injusticias nacidos a raíz de la conquista y colonización española.”

Es que Jara a diferencia de los hispanistas que defendían la nobleza que motivaba la gestación de la ley que regulaba los dominios coloniales y sus súbditos, le parecía que las “órdenes no siempre bastaban a desarraigar prácticas motivadas por la ‘codicia del interés y la granjería” (Jara, 1958: 103). Cuando publicó por última vez en el *Boletín* en 1959, después de haber transcurrido más de dos años desde que terminó su Memoria de Prueba, por lo que debía haber sido conocida la tesis que aquel había formulado, siguió insistiendo en su propuesta,

4 Este libro tuvo su primera edición en 1948 por el FCE. La que se cita acá es la segunda edición, de una década después; como se puede ver, se siguió sosteniendo la misma imagen del indígena.

señalando que Mellafe, dicho sea de paso, era su compañero de estudios en aquella empresa (156).

La marcha de Jara por el *Boletín* durante la década de los cincuenta, no fue en modo alguno marginal. Dos cuestiones se pueden extraer de la lectura de estos textos. La primera, que había una intención de rescatar la historia viva de los indígenas. Y la segunda, que para ello ya no se podía reducir la construcción de ese pasado a partir solo de los documentos legales. En una introducción a la publicación de estas fuentes decía creer “que el pasado sólo puede ser entendido si se aprovechan en toda su amplitud los documentos y testimonios que permiten reducirlo a proporciones exactas y concretas y que van más allá de lo meramente jurídico...” (Jara, 1959: 158).

97

Para cerrar este apartado, no podemos dejar de señalar algunas cuestiones relevantes que conciernen a las promociones intelectuales y las redes. Una primera cuestión que indicáramos, es que al abrir la revista e iniciar la lectura del trabajo de Jara, sobresale de dónde provenía el autor, cuyo nombre y adscripción académica aparecía en el centro de la primera página y no a pie de esta: “Investigador de Historia Social y Económica del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile”. Expresado de otra manera: ni de las escuelas de derecho de las dos principales universidades, ni del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica, de donde procedían los discípulos de Eyzaguirre.

Armando de Ramón (1996: 318), testigo de época y discípulo en esos momentos de Eyzaguirre, sostuvo que Jara fue patrocinado por el mismísimo director de la publicación, lo que si fuera cierto, desmiente la tesis de sectores irreconciliables. Eyzaguirre, quien controlaba la revista, podría haber impedido, aunque quizá con dificultad, que circularan las ideas de quien anunciaba un nuevo modo de aproximarse

al pasado. Pero, como se vio, no fue el caso. Es más, la presencia en la Academia de historiadores eminentes del Instituto Pedagógico no era una cuestión desconocida. Guillermo Feliú Cruz y Eugenio Pereira Salas, ambos profesores de prestigio en el campo académico y profesores del Pedagógico, eran miembros de número de la Academia Chilena de la Historia, sin perjuicio de que Juan Gómez Millas también pertenecía a esta. Si no es suficiente con lo anterior, cabría decir que el propio Pereira llegó a ser el presidente de la corporación en 1962, cuando era público que había levantado el Centro de Investigaciones de Historia Americana, en el cual Mellafe y Jara se desempeñaban, pudiendo llevar adelante sus investigaciones. Es tan probable que Jara, y el resto, haya conseguido publicar en el *Boletín* con la anuencia de los dos, así como con el respaldo de Eyzaguirre, sobre todo, porque este último y el grupo de discípulos, no advirtieron en estos una sobreideologización que determinara y condujera de antemano los resultados de sus indagaciones [véase más adelante la reseña que hace Vial a Jara], como sí lo denunciaron respecto a la historiografía marxista de ese tiempo.

La lectura marxista, por lo menos la más importante, compartió la representación que produjo la historiografía liberal de un periodo colonial oscuro, añadiéndole además que aquel destilaba características feudales, al contrario de cómo lo percibían los jóvenes Mellafe y Jara. Este tipo de cuestiones hizo posible que cierto tipo de andanzas [que no se puede confundir con lazos amicales profundos] fueran más o menos comunes entre estos últimos y el sector conservador, como converger en una misma publicación y mantener el interés por el periodo colonial. Pero también habría que fijar, aparentemente, en un determinado límite las perspectivas políticas que podrían haberlos apartado entre sí como para no haber compartido ningún tipo de espacio, tal como ocurrió entre el sector marxista y el conservador. Las críticas que le propinaron a la historiografía conservadora Julio César Jobet y Marcelo Segall, por ejemplo, sin duda fueron devueltas por estos con el mismo ímpetu, como ya se advirtió en un capítulo anterior.

Valga la pena, citar nuevamente a Luis Ortega (1987-1988: 57-58), quien señaló que una vez que emergieron nuevas perspectivas económicas a fines de la década del cuarenta, se buscaba “desentrañar los orígenes del escaso grado de desarrollo económico del país” y a ello, la historiografía de izquierda, se alineó políticamente empleando para el análisis algunas categorías del marxismo. La preferencia por la etapa colonial de los historiadores profesionales, como Jara, Mellafe, Villalobos, Góngora, etc., vale decir los jóvenes que transitaron por las páginas del *Boletín*, según Ortega, se debió a que de esa forma evitaban caer en el ideologismo e inmediateismo que caracterizó a esta historiografía de izquierda.

Para este último sector era imposible tener en cuenta un horizonte de posibilidades sin recurrir a un determinado momento de la historia, a menudo el periodo republicano, el que consideraban clave para explicar los mecanismos que ataban a la nación en el subdesarrollado. No es que la tradición hispanista no haya tenido una posición al respecto. Ocurrió que su ideología le impedía ver que era tan ideológica como el resto.

99

3. La revista *Historia* y el juicio sobre Mellafe, Jara y Villalobos

En esta tercera parte de este capítulo, escudriñaremos qué vínculo tuvieron los jóvenes investigadores del Pedagógico con la nueva revista *Historia*, fundada y dirigida por Jaime Eyzaguirre en 1961. En primer lugar, abordaremos algunos aspectos históricos de la publicación y su composición para ir despejando las dudas que podrían emerger, sobre todo para ver en qué medida tomó distancia esta nueva publicación del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, para después entrar de lleno en el asunto que nos convoca.

El Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica fue fundado en 1954 y la revista *Historia* se convirtió en el soporte de difusión de aquel. A falta de una tradición historiográfica en

la Universidad Católica, Eyzaguirre fue convirtiendo este espacio en un lugar de encuentro de los discípulos que provenían de las carreras de derecho en las que impartía docencia. Una trinchera que hiciera converger a sus discípulos que persistían en los estudios relativos al reino de Chile, como también a los nuevos que, al pasar el tiempo, se fueron aproximando a fenómenos más recientes.

Cuando la revista vio aparecer su primer número estaba conformada, además de Eyzaguirre, por Julio C. González Avendaño, Javier González Echenique, fray Gabriel Guarda Geywitz, Ricardo Krebs Wilckens, fray Carlos Oviedo Cavada, Armando de Ramón Folch y Gonzalo Vial Correa. Al transcurrir los años, se sumaron Patricio Estellé, Julio Retamal Favereau Méndez, los únicos provenientes del Pedagógico, pero muy jóvenes, y Walter Hanisch Espíndola, Andrés Huneeus Pérez y Fernando Silva Vargas.

De todos estos, Eyzaguirre, González, Guarda, Krebs, de Ramón, Vial, Hanisch eran miembros de número de la Academia Chilena de la Historia, lo que no constituye una representación menor. La diferencia radicaba en que en la revista *Historia* la presencia de profesores del Instituto Pedagógico con una larga trayectoria académica e intelectual como miembros era prácticamente nula, salvo como ya se mencionó a los jóvenes Retamal y Estellé, quienes recién iniciaban la carrera al interior de la universidad. Lo anterior es muy distinto con lo que ocurre hoy a propósito de las publicaciones científicas que necesitan para su validación la incorporación de elementos externos. Así, *Historia* se cerró para sus fundadores, distanciándose del *Boletín* en ese aspecto. Habría que decir, por último, que mientras *Historia* fue dirigida por Eyzaguirre, ninguno de estos tres historiadores, Villalobos, Jara y Mellafe, pasaron directamente por sus filas, como sí lo habían hecho en el *Boletín*.

Es cierto que en el número 9 correspondiente a 1970 se publicó un artículo de Carlos Sempat Assoudarian, por poner un ejemplo significativo, y en el número 10 de 1970 a Sergio Villalobos, pero a esta

altura Eyzaguirre había muerto y el Instituto de Historia de la Universidad Católica había sufrido una serie de cambios como consecuencia de la reforma universitaria. De hecho, Villalobos desde inicios de los setenta ya era parte del plantel de esta universidad. Eran otros tiempos que demandan un estudio distinto.

Por ahora, lo que nos preocupa es la relación entre estos jóvenes y la revista *Historia* mientras estaba bajo el control Eyzaguirre, hasta el número 6, correspondiente al año 1967. Prácticamente quienes publicaron en esta revista, fueron los discípulos y amigos de Eyzaguirre. Ni marxistas ni los jóvenes que estamos repasando acá lo hicieron. No obstante, sí fueron reseñados, a diferencia de los historiadores de izquierdas, que solo contaron con Hernán Ramírez en aquella sección. El resto de historiadores de las izquierdas, como ya se vio en el capítulo II, había sido objeto de crítica en el Fichero Bibliográfico, en donde las reseñas eran más acotadas.

101

Lo que nos proponemos de aquí en adelante es fijar la atención en el juicio que se emitió sobre los libros de estos tres jóvenes. Sostenemos desde ya que fue una disposición diferente respecto a la que hicieron sobre los historiadores marxistas, por cuanto si de estos últimos no se destacó nada positivo, reduciendo sus trabajos a panfletos políticos, en cambio, las críticas contra las obras de estos profesores e investigadores del Pedagógico, no fueron desfavorables por completo.

a. Rolando Mellafe

El libro de Rolando Mellafe, *Introducción de la esclavitud en Chile. Tráfico y rutas*, fue reseñado por Javier González Echenique (1961: 344-347) en el primer número de *Historia*. Partió señalando que la obra era parecida por el contenido a la que había escrito Gonzalo Vial, *El africano en el reino de Chile*, complementándose en “forma muy útil” y constituyendo “aportes de importancia para el conocimiento del tema”.

Enfatizaba en que el libro trataba aspectos que no estaban relacionados directamente con la propuesta principal, lo que no obstante, si es que aquello podía ser calificado como un defecto, era disculpable, por cuanto aportaba valiosos antecedentes. Agregaba que Mellafé hacía conclusiones categóricas que aún estaban en discusión, como las relativas a la encomienda, pero respecto al tema principal de su obra, en cambio, estaba “desarrollado en forma completa, con inteligente y acucioso aprovechamiento de las fuentes”.

Para González, era “de creer, sí, que más de una vez el autor no ha[bía] meditado en forma suficiente antes de estampar determinadas aseveraciones, que parecen antojadizas, cuando no contradictorias”, siendo esta crítica del mismo tono y similar a la que fue lanzada por el autor que la reseñó en el *Boletín*, como ya se vio más arriba.⁵ González (1961) decía que el libro contenía muchos casos de estos que podían producir dudas, haciendo temer al lector que haya faltado a “una más atenta reflexión antes de redactar su obra”. Sin mencionar en ninguna parte que el libro había sido galardonado por la Academia Chilena de la Historia, agregaba que había una objeción mayor, que era su “visión unilateral y parcial del problema estudiado.” González, recurriendo al axioma legalista, utilizado hasta al cansancio por esta tradición, sostuvo que Mellafé olvidaba

“que el esclavo era hombre, inteligente y psicológicamente libre, y que esta libertad e inteligencia no han podido menos de reflejarse en la institución de la esclavitud... el esclavo sujeto de derechos, el relativo reconocimiento de su personalidad, el matrimonio entre negros, son problemas que ni siquiera se insinúan” (González, 1961).

5 Curiosamente González cae en el mismo error de lectura que A.A, de lo que se puede deducir que su crítica estuvo condicionada por la que hizo este último en el *Boletín*.

Aprovechaba de decir que Vial, compañero de ruta de González, también había trabajado aquel tema y que había manejado de mejor forma algunas fuentes que hacían mención al “espíritu del negro” que Mellafe apenas señalaba, sin manifestar este autor que para Mellafe ese tipo de cosas no eran asuntos que quería enfrentar. Cerraba la reseña expresando que el “libro de Mellafe revela a un investigador extraordinariamente dotado, en el cual se manifiestan limitaciones de importancia que, por desgracia, perjudican sus posibilidades en el campo historiográfico. Es nuestro más sincero deseo que tales limitaciones desaparezcan, dando campo a un más amplio y comprensivo concepto de la historia.”

Como se ve, fue una crítica directa, con un énfasis mayor respecto a la que se destinó desde las páginas del *Boletín*. No obstante, a falta del rigor científico que tanto pregonaban estos, González fue presa del ideologismo que este mismo sector decía rechazar, sobre todo, porque condujo la crítica del libro de Mellafe desde una idea preconcebida. Una idea tan difícil de comprobar, como que el esclavo era “psicológicamente libre”, cuando estos no tuvieron cómo ni contaban con los medios para poder expresar qué entendían por la libertad.

Como fuese, la ambivalencia en la crítica de González no terminó echando al tacho de la basura la obra del joven investigador como sí lo hicieron con los trabajos de los historiadores marxistas. Lo que sí se constata, es el cierre ideológico que la revista *Historia* adoptó cuando se fundó. No rechazó el libro de Mellafe, pero la voluntad estaba dispuesta en destacar con todos los énfasis posibles las debilidades que creía ver en aquel libro pionero, sobre todo si ello servía para hacer una defensa de su compañero, en especial, Gonzalo Vial, quien en el mismo libro de Mellafe (1959: 92-93) había sido cuestionado por el joven historiador.⁶

6 En una carta de Aníbal Quijano a Rolando Mellafe de 1960, señala que comparte la apreciación que Mellafe tiene de que el libro de Vial es un “ensayo inconexo”. Cf. Mellafe (2005: 93).

b. Álvaro Jara

Este modo de crítica de los intelectuales de *Historia*, acentuar las debilidades de estos trabajos para neutralizar sus virtudes, también se dirigió a un libro de Álvaro Jara. En 1965 había aparecido el primer tomo de las *Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile*. Fernando Silva Vargas, quien figuró como autor de la reseña en el número 5 (1966b: 299-301), le reprochó a Jara el no haber incluido una nota o un prólogo que explicara cada documento recopilado. Jara había manifestado en el mismo libro que rechazaba los grandes prólogos, pero Silva decía que si se pensaba en la importancia didáctica de la recopilación, debía haberse dado “orientación, muy esquemática, sobre el alcance y circunstancia de los documentos publicados, sino de todos, a lo menos de los más importantes.” El prólogo que proponía Silva, no era justamente el que Jara tenía en su cabeza, largo y erudito, sino más bien, un prólogo con notas aclaratorias.

Según Silva, la experiencia docente le había demostrado en el mismo momento en que fue publicada la selección, que los estudiantes, apáticos con la “independencia de criterio y rigor científico”, no hubiesen discriminado entre los distintos documentos que hacían referencias, por ejemplo, a las Tasas, y menos, voluntad para compararlas. Por ello, lo urgente de las notas aclaratorias. Además, decía creer que estas recopilaciones debían “facilitar el estudio y no pueden tener un sello tan excesivamente profesional que se acerque a lo críptico, propio solo de los iniciados.” Terminaba la reseña sosteniendo que no podía “comprender que el temor al largo prólogo –justo temor– lleve a la actitud opuesta de eliminar todo lo que parezca una explicación.”

Esta crítica respondería a una forma de disputa por el lugar que estaba ocupando esta nueva historiografía, la cual, por cierto, estaba minando los fundamentos en que se había sostenido un determinado tipo de representación de la historia. Cuando apareció *Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile*, Jara (1965: xiii) sostuvo que la

intención que lo había movilizado cuando publicó en el *Boletín* este tipo de documentos, lo que ya se trató más arriba, no había sido más que para “procurar atraer el interés en torno a un tema que nos parecía digno de una mayor dedicación y cultivo en el marco historiográfico chileno.” Por el contrario, asumía que hace varios años, la idea de confrontar una historia formal basada en el espíritu del derecho indiano con la realidad era necesaria, ya que encerraba un peligro, puesto que el valor que tenía el derecho no se podía “juzgar en función de sí mismo”, lo que hacían, especialmente, los hispanistas como Silva. Agregaba que solo “la reconstrucción de la realidad pasada permitiría evaluar la validez de las normas legislativas, su autenticidad o no autenticidad como elemento activo en el proceso histórico.”

Por otro lado, a Gonzalo Vial (1964b: 430-433) le correspondió reseñar en el número 3 de 1964, la versión en francés de *Guerra y sociedad en Chile*, cuya publicación había aparecido en París en 1961. La crítica de Vial se dividió en dos partes. En su primer momento se centró en destacar que el análisis de Jara adolecía de “cierta antipatía” contra el papel militar de los encomenderos. Aunque decía hallar una “ojeriza de raíz ideológica contra los encomenderos, por su supuesta calidad de ‘señores feudales’”, “en el profesor Jara (dicho sea en honor a la verdad, agregó) esta antipatía es matizada, y no delirante como en otros escritores de la misma tendencia”, léase esto, como la de los historiadores de tendencia marxista. Como a menudo ocurría en este sector, Vial, para refutar lo antes dicho, partía sobre la base de lo mismo que criticaba, debido a que si bien Jara pintó a los conquistadores como individualistas, egoístas, etc., el profesor de la Universidad Católica le respondía que ellos, al enfrentarse a un sinnúmero de dificultades durante el siglo XVI, habían fundado “la nacionalidad”, otra cuestión difícil de comprobar como la sostenida por González (1961).

La segunda crítica que lanzó Vial a Jara, respondía a que no comprobaba que “la esclavitud de los aborígenes se impuso como un

verdadero estilo de Indias en el Reino de Chile...antes de la Real Cédula de 1608 que iba a consagrarla como norma legal”. Esta cita y tesis de Jara, Vial la confrontó argumentando que aquel omitía “correlacionar este abuso con las circunstancias de la época”, las que obedecían a la sublevación de los indígenas en 1598.⁷ Para Vial antes de la ordenanza de 1608 la esclavitud había sido esporádica. Nada más.

Y antes del desastre de Curalaba, tampoco había sido tal. Vial cuestionó los documentos que Jara utilizó, al sostener que no se podía deducir de ellos que hicieran referencia abierta a la esclavitud. De los 32 que ocupó Jara, solo 5 lo hicieron directamente, afirmó Vial, expresando que relataban casos esporádicos de esclavitud perpetrados en forma clandestina, además de prohibidos y castigados por las autoridades civiles y religiosas del Reino. Argumentaba que por lo mismo era “insostenible ampararse en ellos para sostener que la esclavitud es ‘un verdadero estilo de Indias’, antes de 1598.” Además, agregó que las órdenes religiosas, celosas del cuidado indígena, no hubiesen silenciado tales prácticas. Las cartas enviadas a la corona en la época nada de eso manifestaban.

Por más diferencias que haya tenido con Álvaro Jara, no hubo ningún tipo de descalificación. Si bien Vial situaba implícitamente a Jara en el grupo de los historiadores marxistas, no lo quiso hacer abiertamente, puesto que ese modo hubiese conducido a rescatar algo bueno de estos. Prefirió, por el contrario, no hacerlo, para impedir que ello hubiese significado reducir *Guerra y Sociedad* a un mero panfleto político como ya lo había hecho con la producción historiografía de esta tendencia cuando le tocó reseñarla.

7 Vial (1964: 431) sostuvo que “Los pobladores despavoridos, contestaron al terror indígena con su propio terror y la esclavitud formó parte de este último. Fue un escarmiento, por cierto injusto... pero quizá no del todo inexplicable. No es un criterio histórico acertado medir con la misma vara las sociedades en situación normal y las que se hallan en crisis”.

c. Sergio Villalobos

Tradición y Reforma en 1810, publicado en 1961, fue reseñado por Javier González Echenique (1962: 339-341). Fue una reseña crítica, pero con un tono más amistoso que polémico, en donde se criticó aspectos marginales como por ejemplo que el autor haya omitido hablar de las corrientes ideológicas y jurídicas tradicionales antes de 1808 cuando justamente su estudio hacía referencia a la tradición. González decía que en una “obra que alude en su título a la tradición, se imponía un estudio crítico, aunque fuese solamente en una nota, de las tesis existentes sobre el particular.”

Por otro lado, le atribuyó hacer uso de razonamientos falsos deducidos de cuestiones que ni Encina ni Jaime Eyzaguirre dijeron en sus libros que tratan sobre la independencia de Chile. A eso, González le sumó que muchas aseveraciones a lo largo de la obra eran discutibles, ya que no se basaron más que en una sola autoridad; que no profundizó en la enseñanza y la cultura de la época y que estimaba temas resueltos cuando aún eran focos de discusión. Finalizó la reseña González diciendo que la “la obra de Villalobos es un útil resumen de puntos de vista ya conocidos, expresados en una forma literaria fácil, y que ofrece aportes nuevos en contados aspectos parciales.”

Como se advirtió hasta acá, los trabajos señeros de estos tres jóvenes investigadores fueron tratados directamente en la sección Reseñas de la revista *Historia*, lo que no deja de ser importante, puesto que significó que estaban considerados, para bien o para mal, en el imaginario de estos intelectuales. Por el contrario, las obras menores, léase esto como artículos, tuvieron de igual modo un lugar en el Fichero Bibliográfico, en el que se desarrollaban recensiones menos detalladas, pero que debido a su organización, servía a quienes deseaban enterarse de lo que se había publicado sobre la historia del país.

Así, en esta última sección de *Historia*, por ejemplo, se reseñó en el mismo número que se hizo mención a *Tradición y Reforma en*

1810, un artículo de Villalobos, “El comercio extranjero a fines de la dominación española” (1962), respecto al cual se sostenía que el estudio demostraba

“muy buen conocimiento del tema, y la conclusión del autor parece plenamente probada. La importancia de tal conclusión debe considerarse no sólo en relación a la historia económica, sino también con la historia política, ya que el problema de las restricciones comerciales se ha estudiado a menudo entre los antecedentes de la emancipación. En resumen, el trabajo de Villalobos es de un valor innegable” (*Historia* 2, 1962-1963: 286).

Texto que, sin duda, servía para refutar la tesis defendida por Hernán Ramírez en *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, historiador marxista afiliado al Partido Comunista. En este mismo número hay dos reseñas más y solo son descriptivas donde no se cuestionan las tesis defendidas por Villalobos, lo mismo que con el resto de estos historiadores. A decir verdad, no hubo una disposición deliberada por refutar todo lo que produjeron estos investigadores. Existían matices por cierto y se discutía con ellos, pero la crítica se hacía con un tono mesurado que no alcanzaba a una polémica en la que haya preponderado la descalificación, por lo menos a través de esta revista.

En este capítulo, abordamos cuál fue la posición que adoptaron frente a los jóvenes investigadores del Instituto Pedagógico, asociados con influencias de los *Annales* franceses, las dos publicaciones de historiografía de corte conservador más importantes de la época, ambas dirigidas por Jaime Eyzaguirre. Vimos que durante la década de los cincuenta, antes de que ellos obtuvieran su grado académico y se fundara *Historia*, el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* no les cerró el paso, dando respaldo a sus motivaciones iniciales. Si bien solo dos de

ellos, Jara y Villalobos, publicaron algunos trabajos, el otro, Mellafe, fue galardonado por la Academia.

En cambio, en la década de los sesenta, luego de crearse la revista *Historia*, que contenía a un gran núcleo que pertenecía a la Academia, ninguno publicó mientras Eyzaguirre fue el director. No obstante, sus primeros libros fueron reseñados por la revista del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica. Recensiones que, si bien no fueron del todo favorables, sí aceptaron las nuevas apuestas historiográficas, al contrario de lo que ocurrió con el otro sector de la historiografía chilena perteneciente al Instituto Pedagógico o que habían egresado de allí, los historiadores marxistas.

Ambas publicaciones se comportaron de un modo muy distinto frente a los historiadores del Pedagógico, negándose a incluirlos a todos como si fueran parte de una misma escuela o tendencia historiográfica o, como se señaló, parte de una misma “tradición”. Así, la lectura que concibe dos tradiciones, debería ser matizada, con el objetivo de dar cuenta de la historicidad del periodo que vio aquella renovación historiográfica a mediados del siglo XX. No se logra, por último, advertir una tensión entre estas dos tradiciones que puedan consignarse como en permanente conflicto.

CAPÍTULO IV

REVISTA *ESTUDIOS DE HISTORIA DE LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS Y SOCIALES*. LA ÚLTIMA QUERRELLA DE JAIME EYZAGUIRRE CONTRA HERNÁN RAMÍREZ NECOCHEA.¹

El historiador y abogado Jaime Eyzaguirre fue sin duda uno de los intelectuales conservadores más prominentes del siglo xx chileno. Proveniente de una familia aristocrática de la capital, desde la década de los treinta hasta su muerte a fines de los años sesenta, se había transformado en un fiel representante del hispanismo y del tradicionalismo católico, cuyos referentes intelectuales se situaron en la órbita que fraguaron Marcelino Menéndez Pelayo, José Antonio Primo de Rivera, Ramiro de Maeztu, el sacerdote chileno Osvaldo Lira, solo para nombrar a los más distintivos. Defensor de la hispanidad, la nacionalidad, el Siglo de Oro español, la tradición como expresión de la arquitectura social, cultural y política forjada en los siglos coloniales, se opuso a los cambios que propiciaban la izquierda chilena y algunos sectores medios. Aquel espíritu de cruzada, frente a lo que consideraba una decadencia nacional — como consecuencia de la intrusión de elementos ajenos a lo nacional, como el liberalismo, la democracia y el marxismo, y la modernidad en general— lo manifestó en un sinnúmero de prácticas, solapada y abiertamente. Fue un intelectual que promovió una interpretación autoritaria y nacionalista de la historia de Chile, llegando a un amplio público sin inconvenientes.

111

1 Publicado en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 63, 2022: 173-201. doi: <https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.2022.63.77692>

Quienes lo conocieron destacaron una laboriosidad incansable, desde las clases impartidas tanto en la Universidad Católica como en la Universidad de Chile, la divulgación de un sinnúmero de libros, hasta los distintos proyectos editoriales como lo fueron las revistas que dirigió: *Estudios*, el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, *Finis Terrae* e *Historia*. Se advierte, desde luego, una empresa que marcó historia.

El siguiente capítulo se centrará en el último emprendimiento revisteril de Eyzaguirre, *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales*,² del cual sólo se consiguió lanzar dos números, siendo archivado luego del deceso del historiador en 1968.³ Teniendo en cuenta el largo recorrido de este, se debe expresar que estudiar estos dos números no deja de tener interés, ya que fueron producto de un momento complejo en la vida de Eyzaguirre, cuyo trasfondo había sido su alejamiento obligado de la Universidad Católica desde que se aplicó la reforma universitaria durante el gobierno del presidente Eduardo Frei Montalva, la cual él rechazó desde un comienzo. En vista de que el movimiento universitario tomó como bandera de lucha la democratización de la universidad y el cogobierno, Eyzaguirre, defensor de las jerarquías y la alta selectividad en los procesos de admisión, universidad para pocos y para una élite, no supo o no quiso sintonizar con aquel movimiento. No pasó mucho tiempo para que renunciara a la dirección de la revista *Finis Terrae*, órgano oficial de esa casa de estudios, fundada por él mismo en 1954 y clausurada en 1967. En paralelo, debió abandonar la dirección del Departamento de Extensión Cultural de dicha universidad que sostenía la revista (González, 2018: 171-193).

2 De aquí en adelante para este capítulo solo *Estudios*. Agradezco a Leopoldo Benavides la facilitación de los dos números.

3 Por lo visto, sobre esta revista no existe ningún estudio. Sólo hay menciones aisladas en algunos libros panegíricos de la figura de Eyzaguirre. Cfr. Góngora et. al, (2002: 192-240).

Por el contrario, *Estudios* germinó en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, institución que cobijó a Eyzaguirre en sus últimos años de existencia. El hecho de que la organización de la nueva revista se haya desarrollado en un ambiente general adverso para este historiador demuestra que la tensión no logró quebrar sus ánimos. La voluntad por dotarse de estos artefactos culturales había sido una práctica que venía forjando desde la década de los treinta, concibiéndolos como trincheras de primer orden. Este intelectual que resistió la militancia política partidista, no menguó en fabricar tradiciones a través de las revistas (Hobsbawm, 2002: 7- 21).

Precisamente siendo dos números los aparecidos, ¿qué podría sostenerse en específico de ambos?, ¿subyació alguna cuestión que estuvo más allá de lo meramente disciplinar e investigativo, que era lo que se había propuesto difundir con *Estudios*? Si bien fue una revista al alero de una determinada facultad, no perdió la finalidad que Eyzaguirre le había dado a este tipo de publicaciones a lo largo de su trayectoria, vale decir, consagrarlas como espacios de cohesión y de ideas orientadoras.

Sin quedarse al margen ni esquivando la discusión, la revista se situó en el campo cultural y político en que se desplegó la polémica que había generado Hernán Ramírez en sus investigaciones sobre la Guerra Civil de 1891⁴, aunque, advirtámoslo, sin que se expusiera de modo abierto que ese era el propósito que perseguían. En ningún lado se planteó la idea de discutir con este historiador, salvo en un par de ocasiones y de manera muy soslayada.⁵ No obstante, aproximadamente la

4 Este tema venía preocupándole desde los tiempos en que fue estudiante. Su primer libro relacionado fue *La Guerra Civil de 1891. Antecedentes económicos* (1951), para luego ampliarla en *Balmaceda y la Contrarrevolución de 1891* (1958), la cual tuvo dos ediciones más, en 1969 y 1972, con algunas modificaciones, dadas justamente por la polémica generada.

5 Alejandro San Francisco (2007), quien trató pormenorizadamente la interpretación de la Guerra Civil de 1891 que elaboró Ramírez y la discusión que generó, no recurrió a los artículos publicados en esta revista como protagonistas de esta controversia, los que, por cierto, no citó. Por otro lado,

mitad de los artículos que se publicaron en estos números se centró en la constelación de episodios que envolvió dicho evento, presumiendo entregar nuevos elementos que intentaban desechar las tesis defendidas por Ramírez.⁶

Es fundamental señalar que, a través de *Estudios*, Eyzaguirre dio un giro que no se había visto con tanta nitidez respecto a la temporalidad de los problemas históricos antes tratados. En tanto disposición de grupo, se dejaba de lado la inclinación relativa a la historia del Reino de Chile para encarar otras etapas; en este caso, una tan apasionante como lo había sido la Guerra Civil de 1891. Era una nueva lucha por las representaciones sociales, la cual no hubiese sido posible sin los intereses que abrazaban los nuevos discípulos de Eyzaguirre, quienes en su mayoría habían sido formados en las escuelas de historia de la universidad estatal y privada.

114

advertir en este espacio sobre la literatura que ha tratado la controversia sobre la Guerra Civil de 1891, sus interpretaciones y explicaciones, significaría dar una larga lista de autores, lo que, además, no viene al caso. Para ello cf., Ortega (1998: 11-22). Cabría agregar que en la polémica que tuvo que enfrentar Ramírez como precursor de una interpretación distinta frente a este suceso se ha colocado al historiador británico Harold Blakemore como el gran contendiente. En Luis Ortega (*S/A*), si bien no se trató esta disputa académica, el libro fue dedicado a la memoria de ambos.

6 Como ya se advirtió más arriba, Ramírez, en la década de los sesenta, se había convertido en el principal historiador del Partido Comunista y un referente de la historiografía nacional. Siendo parte de un grupo pionero de historiadores de las izquierdas que introdujo el marxismo como método de análisis, integrando la dimensión económico-social en la investigación y revelando la historia de los sujetos populares, ignorados y a veces despreciados por la historiografía tradicional que cultivaba Eyzaguirre, provocó una ruptura en el modo de inteligibilidad del pasado nacional (Moulian, 1997b). Si bien esta cuestión ya era alarmante para las clases dominantes y sus historiadores, la preocupación se tornó mucho mayor, por cuanto Ramírez con el tiempo fue adoptando una posición resuelta en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, llegando a ser decano de la Facultad de Filosofía y Educación de esta universidad en 1967, promoviendo, dicho de paso, la reforma universitaria, justo en el momento en que Eyzaguirre caía en desgracia. A los ojos de las elites, era, como se puede ver, una inversión de las jerarquías.

Manuel Loyola ha dado cuenta de las críticas de que fue objeto la historiografía de Ramírez, dividiéndolas en dos tipos. Una académica, representada, especialmente, por Sergio Villalobos, y otra epistemológica, cuya figura emblemática estuvo encarnada por Gabriel Salazar (Loyola, 2005: 11-15). En este trabajo, aceptando ambas, se propone que, no obstante que la crítica de Eyzaguirre nació en la academia, contaba con un fuerte componente ideológico, entendido acá como una lucha por las representaciones e imaginarios sociales (Girola, 2012).

El combate ideológico que estaba librando Eyzaguirre ocurrió en el mismo momento en que la reforma universitaria alzaba el vuelo, la cual era impulsada por Ramírez en la Universidad de Chile, cuyo trasfondo político, social, cultural y económico auguraba hondas transformaciones. En términos historiográficos, la obra de Ramírez, como bien sostuvo Loyola, “significó una ruptura con el discurso histórico dominante, aportando a buena parte de nuestra sociedad, elementos nocionales para una perspectiva de transformación”, (Loyola, 2005: 17), lo que, para la óptica del conservadurismo hispanista de Eyzaguirre, (cf., Ruiz, 2015: 69-102, Pinto, 2016: 17-32, Gazmuri et. al., 1977), iba en contra del cambio paulatino y jerarquizado de las formaciones sociales.

Hasta ahora no se han analizado de modo sistemático los mecanismos que utilizó Eyzaguirre para impugnar la historiografía que propuso Ramírez. Acá se abordará una de las batallas, la última entre muchas, que lideró este historiador contra Ramírez, la cual tuvo como medio y trincherla la revista académica *Estudios*. Dar cuenta de esa modalidad de las prácticas y los discursos que de allí se desprendieron se hace necesario, toda vez que grafica la historicidad de la producción historiográfica y sus pugnas políticas.⁷

7 Al respecto se persigue captar, en parte, esa sociohistoria de la que hablara François Dosse (2006: 21-24), sobre todo las implicancias políticas e ideológicas que se entremezclan en la producción historiográfica.

En lo que concierne a las revistas, tal como lo plantearon Pita y Grillo (2013: 178), estas “permiten visualizar las principales tensiones del campo cultural de un periodo” determinado, y *Estudios* no constituyó una excepción. Por cierto, no fue una publicación de circulación comercial, lo que restringió su lectura a un público más acotado. Este, empero, constituyó una pequeña elite en el orden de la cultura y la academia que con total seguridad aportó a la construcción de los imaginarios sociales de vastos sectores a través de los intersticios que controlaba. Era una época en que la demanda por aproximarse al pasado estaba en fuerte sintonía con las proyecciones futuras, independientemente de donde vinieran.

Las revistas portan ciertas lógicas propias, pero están siempre en tensión con las otras dimensiones de lo social. Como textos colectivos, según Beigel, no tan sólo conectan con las “principales discusiones del campo intelectual de una época, sino también con los modos de legitimación de nuevas prácticas políticas y culturales” (2003: 110).

Así, el golpe que Eyzaguirre intentó darle a Ramírez no provino, nuevamente, de un partido político ni de las prensas periodísticas, sino de un espacio que Eyzaguirre consideraba como apolítico y científico: la academia. Tal como el anticomunismo y el antimarxismo se habían desplegado en otros campos, sobre todo en el político, Eyzaguirre, que aborrecía de este último, persistía en su lucha a través de estas formas.

El capítulo que se presenta a continuación se divide en tres partes. La primera da cuenta de los elementos que explican la emergencia de *Estudios*. La segunda contextualiza la disputa, siendo mucho más amplia y de temporalidad mayor, en el campo cultural y político social en la que se inscribió la revista. La última parte se centra en los artículos a través de los cuales los discípulos de Eyzaguirre riñeron con el profesor Ramírez. Debido a ello, este trabajo no pretende ser una investigación acuciosa de la revista en la totalidad de sus aspectos, sino que busca problematizar uno de los ámbitos que predominó en esta.

1. La emergencia de *Estudios*. Exilio de Eyzaguirre y la otra reforma en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile

En la década de los años sesenta del siglo XX, la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile contaba con dos revistas dedicadas a su propia área: *Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales*, fundada en 1935, y la *Revista Chilena de Historia del Derecho*, surgida en 1959. En relación con lo anterior cabe preguntarse ¿cuáles fueron las razones que apremiaron a Eyzaguirre para fundar un nuevo medio de difusión, si la misma Facultad donde se desempeñaba ya contaba con este tipo de soportes?

Este historiador, quien se había incorporado a la universidad estatal a mediados del siglo XX, publicó tan sólo un artículo en cada una de las recién nombradas. Fue mínima la colaboración en ambas publicaciones en comparación con lo profusa que fue su intervención en las revistas *Finis Terrae*, *Historia* y el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, que él mismo dirigía en esa época.

Si bien *Estudios* no tuvo un editorial de presentación, en apariencia su origen obedeció formalmente a una serie de cambios que se estaban introduciendo en la carrera de Derecho de la Universidad, en lo particular a una nueva forma de enseñanza. Aproximémonos al detalle. Entre junio de 1964 y enero de 1965 se había conformado una Comisión de Docencia por encargo de la Facultad para realizar un examen que permitiera una transformación integral de los estudios del Derecho. El informe que se preparó en aquella oportunidad indicaba que la comisión había estudiado una serie de dimensiones que iban desde el papel que jugaba el abogado frente a la comunidad, pasando por las perspectivas futuras de la profesión, entre otras, hasta “la modernización de los sistemas de enseñanza, el perfeccionamiento de los métodos de control, el papel de la enseñanza activa y de la enseñanza teórica, la evaluación del trabajo escolar, la promoción final, etcétera” (*Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales* 6, 1966).

En alusión al apartado que describía el método de enseñanza en el informe de la comisión, se indicaba que éste se impartiría a través de dos modos “perfectamente compatibles”: la clase magistral y los trabajos complementarios. La primera, como se declaraba en el informe, se dictaría de la misma manera en que se había acostumbrado hasta esos momentos; en cambio, los trabajos complementarios constituirían lo novedoso, pues promoverían la *enseñanza activa*, la que debía ejecutarse a través de seminarios, foros, clínicas, lecturas controladas, investigaciones colectivas o individuales.

Fue el *seminario*, entonces, el espacio donde se adoptó esa nueva modalidad de acción, es decir, la enseñanza activa, muy de moda en ese tiempo, y donde se terminaría por producir una serie de investigaciones que recogería la revista *Estudios*. El seminario se definía como un “método de enseñanza de materias comprendidas en el programa en que un grupo de alumnos dirigidos por un docente investigan y debaten un tema monográfico durante un periodo de trabajo colectivo” (*Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales* 6, 1966). Así, en la solapa del primer número de *Estudios*, se podía advertir cómo se referían a la aplicación del nuevo plan y, de pasada, al nuevo soporte académico:

“Como medio de hacer efectivo este plan, se han establecido en cada cátedra equipos docentes de jornada completa, cuya tarea primordial consiste en dirigir seminarios, foros, clínicas jurídicas. Uno de esos equipos, vinculado a la cátedra de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales de Chile, situada en el primer año de los estudios de derecho, ha complementado su labor docente con trabajos de investigación realizados por sus miembros. El presente volumen recoge la tarea efectuada en este sentido durante el año de 1965 [sic]” (*Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* 1, 1966).⁸

8 Es muy probable que exista un error de edición, pues la reforma correspondió al año 1966.

El equipo de trabajo de la cátedra Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales en Chile, de 1966, estaba conformado por Jaime Eyzaguirre y un conjunto de discípulos que formó tanto en la Universidad de Chile como en la Universidad Católica en el campo del derecho y la historia. Eyzaguirre era tanto el titular como el jefe del equipo de trabajos prácticos de la asignatura. Fernando Silva, abogado de la Universidad Católica, miembro en esa época de la revista *Historia*, oficiaba como profesor auxiliar. También figuraba con esa jerarquía Patricio Estellé, profesor de estado en Historia y Geografía de la Universidad de Chile, quien había iniciado una carrera meteórica desde comienzos de los sesenta, incorporándose en ambas universidades, donde seguramente conoció a Eyzaguirre. Al igual que Silva, Estellé fue miembro de *Historia* en ese periodo. Por último, destacaban dos profesores ayudantes, Horacio Aránguiz, egresado del Departamento de Historia de la Universidad Católica, colaborador de la revista *Historia*, y Carlos Ugarte, egresado de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

119

Destáquese que cuatro de los cinco miembros eran discípulos de Eyzaguirre, quienes compartían con él tanto aspectos académicos como cuestiones doctrinarias. No fue un equipo de trabajo que representara ciertas diferencias ideológicas, tal como había sido el talante en las otras revistas que había dirigido, lo que constituye una pista más para dar cuenta de la orientación y el marco que Eyzaguirre establecía cuando decidía levantar estos tipos de artefactos académicos y culturales.

Además de lo anterior, cabe destacar un hecho no menor que resulta muy esclarecedor para este análisis. En esa época, en enero de 1967, Eyzaguirre había sido designado por el decano, con respaldo de los miembros de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, para integrar una comisión que tuviese a cargo “todo lo relativo a publicaciones de la Facultad por las prensas de la Editorial Jurídica de Chile” (*Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales* 6, 1966). Eyzaguirre no desaprovechará aquella instancia para gestionar los recursos y mover algunas piezas que le permitieran levantar un medio que estuviera bajo su control.

La batalla por la cultura era, con toda certeza, una de las tareas que debía librar este intelectual, quien, por supuesto, rebosaba de estímulo, sobre todo en tiempos de cambios. Adviértase que en el segundo número, referido al trabajo práctico de 1967, se reforzó el contingente ideológico, incorporando al equipo antes señalado a dos ayudantes más: Juan Eduardo Vargas, egresado del Departamento de Historia de la Universidad Católica y discípulo de Eyzaguirre, y María Angélica Figueroa, abogada de la Universidad de Chile, ayudante de este y miembro fundadora, junto a su maestro, del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano, establecido en Buenos Aires en 1966.

Si en la primera página de la revista se consignaba que esta pertenecía a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, se debía a un tema meramente formal, por lo que es difícil desconocer que respondía a las atenciones ideológicas de Eyzaguirre y de aquel sector, lo que se verá luego.

Se adelantó más arriba que sólo dos números pasaron por las prensas de los talleres de La Gratitud Nacional, empresa donde se editó esta publicación. Si bien el primero correspondía al año académico de 1966, el segundo número, referente a 1967, debió de haber circulado a fines de 1968, ya que en una de las primeras páginas se hizo mención a la muerte de Eyzaguirre acaecida en septiembre de 1968. De hecho, los editores del último número expresaron que cuando estaba en impresión el ejemplar sobrevino la muerte del mentor: “Sea este número de los Estudios, que ha recogido su más reciente obra, el homenaje de los discípulos que con él trabajaron en los últimos años en la Escuela de Derecho de Santiago de la Universidad de Chile” (*Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* 2, 1967: 3).

Gran conmoción generó la muerte de Eyzaguirre en el ambiente cultural y político. El joven ayudante de la cátedra, Horacio Aránguiz, fue quien lo homenajeó con una breve biografía en los *Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales*, en la cual resaltó tanto las actividades que lideró este historiador como la trayectoria intelectual de una profunda existencia (Aránguiz, 1968).

2. La Guerra Civil de 1891 y Balmaceda. Una inquietud particular del grupo *Estudios*

La revista alcanzó a publicar 14 investigaciones, la mayoría estaba enfocada en el Chile del siglo XIX, a excepción de una que puso la atención en la mitad del siglo XX y otras tres que apuntaron al régimen colonial. Se desprende desde ya, que las preocupaciones y motivaciones de los discípulos más jóvenes de Eyzaguirre dieron un giro respecto a quienes se habían formado con él a mediados de siglo, los que habían centrado sus investigaciones en la historia del Reino de Chile, tal como designaban a la dominación española.

Casi la mitad de los artículos publicados rodearon el periodo de la Guerra Civil de 1891, temas que no eran los que le preocupaban a Eyzaguirre de modo determinante cuando organizó la revista *Historia* varios años atrás. Este dato no debe ser advertido de manera superficial, porque denota una inquietud condicionada, sin duda, por los dilemas que la vida independiente de la república había provocado en los círculos intelectuales y políticos de la época, por lo menos desde los tempranos años treinta que abrieron una posibilidad para cavilar en un orden social alternativo (Milos, 2008), ideas que tomaron una fuerza inusitada desde fines de los cincuenta (Casals, 2010).

En efecto, tanto en 1958 como en 1964, Salvador Allende, representante de los partidos de las izquierdas, Comunista y Socialista, ya había perdido en esas dos ocasiones la elección presidencial a causa de los juegos y artimañas que llevó adelante una derecha atemorizada por el triunfo del candidato de los sectores populares, sin perjuicio de que en 1965 la misma derecha partidista casi desapareció electoralmente, aumentando por otro lado la representación parlamentaria de la izquierda y los demócratacristianos. El Partido Liberal y el Conservador, partidos oligárquicos y centenarios, obtuvieron apenas alrededor de 10% de los votos, lo que provocó un pánico inusitado en aquel sector, cuyo trasfondo con la Revolución cubana, el Concilio Vaticano

II, etcétera, no se advertía muy promisorio para ninguna de estas dos agrupaciones.

En ese proceso en que se fue involucrando el proletariado chileno y otros grupos en las luchas sociales y políticas, la figura de José Manuel Balmaceda, presidente vencido en la Guerra Civil de 1891, se levantó como un héroe popular. Fue considerado defensor de un proyecto progresista y de desarrollo nacional frente al imperialismo inglés y la oligarquía vendida al oro blanco, como le llamaban al salitre, mineral que era la principal entrada económica del país. El nitrato, se suponía, sería nacionalizado por Balmaceda para emprender aquel proyecto económico y social que elevaría las condiciones materiales de las grandes mayorías. Su derrota significó el fin de la independencia nacional y el inicio de la penetración del imperialismo, situación latente aún a mediados de los cincuenta y sesenta del siglo XX, pero con un nuevo actor, Estados Unidos. Esta mirada de la guerra civil estaba lejos de la interpretación elaborada por la historiografía tradicional que vio en este acontecimiento un conflicto estrictamente político entre el parlamento y el ejecutivo, en el que no existía ni imperialismo ni un tal proyecto social.

122

Así, la actualización de aquel ideario nacional y popular fue parte del imaginario en el que jugó un papel destacado la historiografía de izquierda, en especial, la de Hernán Ramírez, con sus libros que venía publicando desde 1951, *La Guerra Civil de 1891. Antecedentes económicos y Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, generando una polémica que perduró varias décadas. Romper aquella asociación, fue uno de los objetivos que se propusieron con esta nueva publicación los discípulos de Eyzaguirre, sin perjuicio de que desde hacía tiempo la cuestión inquietaba a las elites dominantes.

En el número dos de *Estudios*, en una sección que hacía referencia a las actividades propias que generaba la cátedra, se sostenía que en el segundo semestre de 1967 se había realizado un seminario sobre “La política salitrera durante los gobiernos de Aníbal Pinto, Domingo San-

ta María, José Manuel Balmaceda y Jorge Montt”, haciendo hincapié en el análisis de los textos legales y documentos parlamentarios de la época junto a otros testimonios de aquel momento histórico (*Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* 2, 1967: 379). Esta exteriorización de las razones que movilizaban a este grupo no tiene correspondencia con las actividades que se desarrollaron en el transcurso del año académico de 1966. Si se observa el índice del primer número, se constata que estos temas ya eran objeto de interés. Tres artículos de un total de seis publicados se referían a ese periodo. En aquellos trabajos que discutían la etapa salitrera ¿se dialogó directamente con Hernán Ramírez, historiador, cuya notoriedad se debía a su inclinación por ese evento histórico?

Era materia conocida que Ramírez se había enfocado en esa coyuntura desde su juventud, sin embargo, no sobresalen referencias a él en esta revista, salvo algunas, para contradecirlo. Julio Pinto, quien editó los libros más importantes de Ramírez en 2007, sostuvo en el estudio preliminar que el debate generado entre este y Harold Blakemore, a propósito de los factores que incidieron en la Guerra Civil de 1891, arrastró a la derecha a abanderizarse por este historiador (Pinto, 2007: 9), de modo particular, si servía para rebatir la posición del historiador y militante comunista.

En efecto, Eyzaguirre, siendo el director del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, en 1966 publicó el artículo de Blakemore, “La revolución chilena de 1891 y su historiografía”, ya aparecido en 1965 en *The Hispanic American Historical Review*. Nótese que la revista *Historia*, también dirigida por Eyzaguirre, en el Fichero Bibliográfico del número 6 de 1967, en el que se hacían pequeñas descripciones de lo que se publicaba, resaltó de modo lisonjero los cuestionamientos que este historiador le hizo a Ramírez, como si ese hubiese sido el único foco de preocupación de aquél. La reseña que preparó *Historia* en relación con el artículo de Blakemore señalaba lo siguiente:

“Análisis cuidadoso, con documentación inédita e impresa... conocedor profundo del tema, lo que le permite hacer un estudio muy sólido sobre la tesis ‘económica’. Refiriéndose [Blakemore] al aprovechamiento por Ramírez de las fuentes inglesas, expresa que en Balmaceda y la contrarrevolución de 1891 ‘están incluidos los materiales británicos que parecen apoyar su argumento [el de Ramírez], mientras que aquellos que no lo respaldan, se omiten’. Después de un detenido recorrido de la exposición y conclusiones de Ramírez, Blackemore [sic] termina diciendo: ‘Parece al autor de este artículo que el único veredicto posible en cuestiones tales como la colusión de intereses británicos sobre el salitre y el antagonismo entre Balmaceda y su congreso, en materias económicas como fuerzas motivadoras de la revolución, es algo no probado’” (*Historia* 6, 1967: 353).

124

Es más, en el número siguiente de *Historia*, Javier González, otro de los miembros fundadores de aquella revista, al reseñar los *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*, de Ramírez, no escatimó en incorporar, considerando el poco espacio con el que contaba, una referencia al libro canónico de este historiador, enfatizando en los aspectos negativos que, según González, se desprendían de la lectura de aquél. Sostuvo lo siguiente:

“La primera obra importante del señor Ramírez, inspirada en su tesis favorita, fue *Balmaceda y la revolución de 1891* [sic], título que en la segunda edición apareció significativamente trocado en *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*. A ratos ingenua y a menudo endeble, se trata de un libro que ha tenido, no obstante, la virtud de encender nuevamente el interés alrededor de sucesos tan apasionantes y complejos como los concernientes a la crisis política de aquel año” (González, 1968: 374).

Todo lo antes dicho era una promoción de la persona de Blakemore que no escondía ninguna ingenuidad.⁹ Respondía a esta querrela

9 De hecho, este mismo grupo no dudó en integrar a Blakemore

historiográfica, la que, por supuesto, no se inició en la década de los sesenta, sino en el mismo instante en que Ramírez publicó su libro en 1951. El *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, por ejemplo, inmediatamente al aparecer el primer libro de Ramírez, publicó dos artículos de José Miguel Yrarrázabal: en 1952 (47-74), “La administración Balmaceda y el salitre de Tarapacá”, y en 1953 (5-26), “El gobierno y los bancos durante la administración Balmaceda”. En estos sostenía que el factor predominante en la contienda respondía a cuestiones constitucionales y políticas, al contrario de lo que sostenía Ramírez.

Sumado a lo anterior, al cumplirse tres décadas del nacimiento de la Academia Chilena de la Historia de Chile, y a modo de celebración, se tomó la decisión de fundir en un pequeño libro ambos artículos de Yrarrázabal, publicado en una edición en separata en 1963 con el título *La política económica del presidente Balmaceda*. De pasada se justificaba esa decisión asegurando que aquella acción era un homenaje a este historiador por su compromiso con la fundación de la Academia.

González, nuevamente, ocupaba el papel de reseñador en la revista *Historia*. El abogado indicó que para Yrarrázabal, quien era un entendido sobre el gobierno de Balmaceda y de la revolución, no podían ser convincentes “los esfuerzos realizados por la escuela histórica marxista para convertir un problema de índole político en una cuestión de fondo económico o, si se quiere, económico-social”. Agregó que, por esta última razón, Yrarrázabal “creyó necesario dedicar al tema dos estudios complementarios de El presidente Balmaceda, que fueron publicados en el Boletín de la Academia Chilena de la Historia” (González, 1964: 448).

El relieve que González puso en la nota crítica de este libro estaba destinado justamente a desmontar lo que habían propuesto algunos historiadores de izquierdas, sin nombrarlos de modo manifiesto, pero se deduce que eran Ramírez y Julio César Jobet. Para González, el es-

en 1970 como miembro de la Academia Chilena de la Historia. Cf., Couyoumdjian (1990: 276), en que hace una semblanza de la vida intelectual del historiador inglés.

quema que se quiso “divulgar sobre el particular es muy simple, casi infantil”, aportando Yrarrázabal lo necesario “para comprobar la falta de verdad de las tesis” formuladas por estos historiadores, quedando claro, por último, “que la hipótesis enarbolada por el sector marxista de nuestra historiografía, en ésta como en otras secciones de la historia chilena, es una construcción a priori y, además, falsa” (González, 1964: 449).

Se verá que, desde distintos flancos, pero del mismo tronco ideológico, se había puesto cierto reparo al trabajo de Ramírez, tocante al cual la revista *Estudios* se involucró derechamente, pero sin que sus editores explicitaran que aquello los empujaba. En la sección Publicaciones Periódicas del número uno de *Estudios*, en la que resaltaron ciertas revistas de historiografía que circulaban en la época, se comentó que en cuanto al número 74 del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, ya citado más arriba, era “digno de señalarse... el trabajo del profesor Harold Blakemore, sobre la ‘La revolución chilena de 1891 y su historiografía’, en que rectifica afirmaciones muy generalizadas sobre la influencia de los intereses económicos en la citada guerra civil” (*Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* 1, 1966: 379).

En el número dos de *Estudios*, al inaugurar la sección Revistas de Revistas, reforzaron ese propósito, concibiendo una reseña mucho más pormenorizada sobre el recién nombrado artículo de Blakemore, como si no hubiese sido suficiente con sugerirlo en el anterior. Que dos números consecutivos de una revista se hayan utilizado para insistir en una misma investigación puede ser signo de una rareza. Sin embargo, mirado desde acá, se comprende que el objetivo era insinuar que el historiador británico contradecía exclusivamente la tesis de Ramírez. En esta ocasión, quizá para demostrar alternancia, fue J.E.V.C., de seguro Juan Eduardo Vargas Cariola, a quien le tocó hacer la reseña, en la que aseguraba que Blakemore se había “preocupado en forma particular del estudio del controvertido tema de la revolución de 1891”. Agregaba que, a juicio del historiador inglés, se había “exagerado el énfasis en lo exclusivamente económico”.

J.E.V.C., al narrar someramente la discusión bibliográfica que hizo Blakemore, aprovechó para hacer una síntesis de los puntos que objetaban los argumentos defendidos por Ramírez. Por citar uno: el autor británico cuestionaba que Ramírez haya ajustado “la historia del país en tal marco ideológico”, léase, marxismo. El reseñador evocó un extracto que había sido una nota a pie de página, donde Blakemore decía que en el libro Balmaceda y la contrarrevolución de 1891 estaban “incluidos los materiales británicos que parecen apoyar su argumento [el de Ramírez], mientras que aquellos que no lo respaldan, se omiten”, como ya se expuso más arriba. (J.E.V.C., 1967: 385-387).

Lo que se sostiene aquí no es un punto forzado, pues, por lo visto hasta esta parte, la supuesta polémica entre Blakemore y Ramírez puede considerarse como un artificio de estos jóvenes conservadores que deseaban colocar al historiador británico en una trinchera opuesta, la de ellos. Sin embargo, las relaciones entre ambos habían sido cordiales y sin ningún tipo de descalificación.¹⁰ Quizá sea conveniente no olvidar que en ese mismo artículo del que tanto abusó el bando eyzaguirreano, Blakemore subrayó que la interpretación económica de la revolución había sido valiosa, debido a que había colocado la atención sobre factores olvidados, lanzando lejos la estéril controversia de los puntos de vistas constitucionalistas (Blakemore, 1965: 404).

Este último punto, que iba contra las tesis defendidas por la tradición política e historiográfica conservadora, no se mencionó en ningún momento cuando se aludía al artículo de Blakemore. Lo anterior manifiesta, una vez más, la preocupación de este sector ideológico acerca del perfil que adoptaba la historiografía izquierdista. Ramírez, por supuesto, estaba al tanto. En la tercera edición de *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* publicada en 1972, expresaba que había

10 En el prefacio de su libro *Gobierno chileno y salitre inglés, 1886-1896: Balmaceda y North*, Blakemore agradece de esta forma a Ramírez: “Al profesor Hernán Ramírez Necochea, exdecano del Instituto Pedagógico, por su amistad personal e interés académico común, que superan las grandes diferencias de opinión”. Citado en San Francisco (2007: 262).

“podido verificar que alguna gente, obcecada por preconcebidos y estrechos esquemas conservadores, me ha atribuido los más peregrinos propósitos, entre otros, el de haber querido hacer de Balmaceda un político motivado por las mismas preocupaciones que hoy interesan a los partidos marxistas. Sólo quienes operan con mente prejuiciosa o con ignorancia pueden adjudicarme una intención tan absurda y un comportamiento tan pueril. Conveniente sería que tales detractores realizaran el esfuerzo de leer este libro” (Ramírez, 1972: 10-11).¹¹

Es muy probable que Ramírez haya respondido a las afirmaciones y sentencias que ciertos sectores políticos estaban haciendo en aquel tiempo. El grupo que organizó la revista *Portada*¹² desde 1969, vinculado al ya desaparecido Eyzaguirre, venía disparando en ese periodo sobre este tema. *Portada*, en donde figuraban personajes de la talla de Gonzalo Vial, Javier González, Fernando Silva, Ricardo Claro, Jaime Guzmán, Cristian Zegers, Hermógenes Pérez de Arce, en sus páginas se había inclinado a denunciar la literatura marxista y a proponer una alternativa frente a ésta, en pleno desarrollo del gobierno de Salvador Allende. Promovieron, por ejemplo, un libro colectivo que llevaba por nombre *Visión y verdad sobre Balmaceda*, ensayos con los que se procuraba, afirmaban, “rescatar la imagen de Balmaceda, últimamente distorsionada por el marxismo” (*Portada* 30, 1972: 38).

Pérez de Arce, quien había sido parte de los ensayistas de este libro, exponía en un artículo publicado en esta misma revista, “Balmaceda: un precursor de la libertad económica”, que se abocaba a una

11 Ramírez cerró el prólogo de la tercera edición sosteniendo que se le hicieron “algunas breves correcciones y también pequeñas pero relevantes adiciones suscitadas, en lo principal, por las afirmaciones del profesor Blake-more”.

12 Luego de todas las derrotas sufridas por Eyzaguirre, junto con sus discípulos, este decidió levantar una nueva tribuna doctrinaria. Como Eyzaguirre murió en septiembre de 1968, no alcanzó a ser parte de modo efectivo, por lo que la dirección recayó en su discípulo más aventajado, Gonzalo Vial.

tarea que antes era impensada hacer: la de “demostrar que el presidente José Manuel Balmaceda, lejos de ser un ‘revolucionario’, precursor de un régimen socialista... fue en realidad un verdadero precursor de lo que la ciencia económica moderna conoce hoy como el régimen de ‘economía social de mercado’”. Para Pérez de Arce, Ramírez, había sido el historiador marxista, un comunista en comisión de servicios, quien había levantado esa imagen de aquel presidente. Ramírez, agregó este autor, fue el “encargado de efectuar una ‘diseminación’ ideológica en el campo de la historia patria”. Seleccionando hechos, citas truncadas de los discursos de Balmaceda e interpretaciones tendenciosas logró crear una imagen del “mandatario como un verdadero precursor en Chile del socialismo y de la lucha antiimperialista” (Pérez de Arce, 1972: 24).

Luego de una estadía en Inglaterra en los años cincuenta, Ramírez consultó algunos documentos que le permitieron ampliar y profundizar sus estudios alusivos a la Guerra Civil de 1891. En efecto, el libro *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* fue un texto refundido con el anterior de 1951, cuya publicación fue encargada en 1958 a la Editorial Universitaria. En la solapa de esa primera edición se sostenía que

“En la medida que transcurre el tiempo la figura del presidente Balmaceda se agiganta ante los ojos de los chilenos. Incomprendido en su época, duramente combatido por sus adversarios que llegaron hasta promover la guerra civil para dirimir con sangre sus discrepancias, Balmaceda se presenta ante los chilenos de hoy como un visionario y un precursor.”¹³

Se vislumbra que el retrato de Balmaceda adoptaba nuevas formas y empezaba a cobrar fuerza en el imaginario colectivo de las izquierdas desde los tempranos años cincuenta, ya no tan sólo como una

13 Seguramente, Clodomiro Almeyda, director de la Colección América Nuestra de esta editorial, fue el que presentó el libro de Ramírez. Cf., solapa 1, (Ramírez: 1958).

referencia historiográfica imprescindible,¹⁴ sino que, del mismo modo, y en una articulación estrecha, como un elemento configurador de los anhelos políticos de los sectores populares.¹⁵

Así, quienes declaradamente no compartían el enfoque propuesto por Ramírez se volcaron a escudriñar en archivos privados y extranjeros para rebatirlo. En lo que viene por delante, se referirá a los artículos publicados por *Estudios*, los que tienen inmediata relación con lo que se ha sugerido hasta acá. Por comodidad, se tratarán en orden de aparición.

3. Episodios inmediatos a la Guerra Civil de 1891. *Estudios* contra Hernán Ramírez

130

Quizá valga decir que la lectura de Ramírez, por partir su enfoque desde otra dimensión a propósito de los fenómenos sociales, contribuía a la disolución de la idea que se había elucubrado sobre el factor político como detonante principal en la Guerra Civil de 1891, respecto al cual, Alberto Edwards, en *La fronda aristocrática de Chile*, se había convertido en el paladín más renombrado. En cambio, Ramírez proponía tesis que destacaban el rol del imperialismo británico, las acciones ejecutadas por algunos individuos pertenecientes a la oligarquía en concomitancia con la intervención extranjera, el proyecto de corte

14 Harold Blakemore (1965: 400) sostenía que en esos momentos Balmaceda era considerado como un gran héroe nacional derrocado por los intereses egoístas de una combinación entre chilenos poco patriotas y capitales extranjeros, agregando que “A typical and recent example [de esa versión] is Julio César Jobet”, lo que podía advertirse en el artículo “El nacionalismo creador de José Manuel Balmaceda”, según este, publicado en 1962 en una revista de nombre *Combate*. En ese mismo año Jobet, historiador e intelectual del Partido Socialista, publicó en la revista *Arauco* un artículo con el mismo nombre, en que resaltaba la importancia del presidente mártir para los momentos que estaban enfrentando (Jobet, 1962: 17).

15 Catalina Moya Parra (2012).

nacional y popular de Balmaceda, etcétera. Son justamente estos temas, para precisar aún más, los que vinieron a ser discutidos por los trabajos publicados en la revista *Estudios*, lo que a continuación se detallará.

Fernando Silva (1966a: 43-120), en el artículo “Los ferrocarriles salitreros de Tarapacá durante el gobierno de Santa María”, presidente que antecedió a Balmaceda, se aproximó a las tensiones que se generaron en torno al monopolio que disfrutaban los dueños de la empresa ferrocarrilera en la región nortina y las demandas para ponerle fin. Silva sostenía que, inversamente a lo que se creía, se había diseñado, “aunque con vacilaciones, una actitud gubernativa —exclusiva del presidente Santa María— contraria a la subsistencia de los privilegios”. Ramírez, al parecer, desconocía esa situación, ya que en su trabajo no evocó la posición del mandatario y apenas lo nombró un par de veces, sin relacionarlo en esa dirección.

Es posible que al elevar esta excepcionalidad del presidente Santa María se haya querido, veladamente, neutralizar la figura de Balmaceda. Si bien Silva en ningún momento hizo alusión a la investigación de Hernán Ramírez, se deduce que su pesquisa vendría a restarle la importancia que este historiador le atribuyó a Balmaceda, en virtud de que el valor del presidente inmolado no sería superior al que desplegó Santa María, quien pretendió quebrar el control del ferrocarril y la construcción de los ramales. Silva intentaba demostrar que Balmaceda no se manifestó a favor de esta medida mientras fue parte de su gabinete en cuanto ministro.¹⁶

16 En ese mismo número Horacio Aránguiz, “Cartas políticas de don Domingo Santa María a don José Francisco Vergara (1878-1882)” (1966: 317), sostuvo que la ruptura entre Santa María y su amigo José Francisco Vergara se debió a cuestiones de mucha relevancia como, por ejemplo, a que Vergara “accedió, siendo Ministro del Interior, a una solicitud de Adolfo Ibáñez, abogado de los salitreros Campbell Jones y Cía., a que se anulasen los privilegios del ferrocarril para que su patrocinado sacara los salitres de la costa a más bajo precio. Santa María y don Eugenio Vergara, diputado por Aconcagua, se opusieron, por lo que Vergara los acusó ‘de que resolvían los negocios como los

Por otro lado, Silva, al lograr acceder a los archivos de la familia Zegers, abogado y defensor de aquellos privilegios, intentó disminuir la importancia de los enfoques que habían vinculado a algunos políticos, como al propio Julio Zegers, con la revolución de 1891. El argumento era que Zegers había sido abogado desde 1881 de la Compañía de los Ferrocarriles Salitreros, una década antes de la guerra civil, en la que gran participación tuvieron los hermanos Monteros de nacionalidad peruana, cuando aún no se convertía en Londres en The Nitrate Railways Company Limited. No obstante, los hermanos Monteros, según Silva, seguían, después de esto, controlando miles de acciones. Zegers, de esta manera, no era un aparecido, sino que, por el contrario, había defendido la medida legal de 1871, la del monopolio, desde mucho antes que la derogara Santa María a fines de su gobierno.

La segunda investigación correspondiente al número uno de *Estudios*, “Controversia chileno-norteamericana de 1891-92”, de Patricio Estellé (1966: 149-277), se centró en la posición que adoptó el país norteamericano en cuanto a los sucesos ocurridos durante la Guerra Civil de 1891. En un extenso examen de alrededor de 130 páginas, Estellé recopiló información, seguramente a partir de su estadía en Estados Unidos a comienzos de los sesenta, relativa a la tensión diplomática entre Chile y el país del hemisferio norte, mantenida en el transcurso de la guerra. Para el autor, la “controversia descansaba sobre bases artificiales por lo que a Chile se refería y que sólo era un pretexto para sentar posiciones” por parte de Estados Unidos. El historiador, luego de analizar el caso Baltimore y de los exiliados de la guerra civil¹⁷, sostuvo que

abogados y él por el derecho social”. No hay contradicción con la posición que tuvo Santa María al respecto, descrita por Silva, puesto que el giro del presidente se produjo al final de su mandato, un tiempo después de la ruptura con Vergara. Sea como fuese, se suponía otro argumento más para enfatizar que contra el monopolio de The Nitrate Railways Company se habían levantado voces antes del gobierno de Balmaceda.

¹⁷ El caso del Baltimore fue un episodio de tensión diplomática entre Chile y Estados Unidos debido a un hecho ocurrido en octubre de 1891 en

“El triunfo del partido del Congreso, fuertemente vinculado a influencias británicas, puso en guardia a los Estados Unidos que no podían aceptar tal combinación por cuanto significaba eliminarlo de toda influencia real. Desde septiembre de 1891 el rumor de guerra es insistente. Para los Estados Unidos que vivían en toda la euforia de un “Destino manifiesto” y clima imperialista, creada por los políticos y teóricos, era fundamental demostrar, una vez por todas, que era el coloso del continente” (Estellé, 1966: 269).

Si bien Estellé propuso que la política internacional estadounidense tenía por objetivo abrirse paso para sustituir la intervención europea, el propósito del autor residía en revelar que dicha política norteamericana respondía a una intervención de carácter expansionista, cuya acción planificada se expresó durante y después de la guerra civil, detrás de la cual estaban James G. Blaine, secretario de Estado¹⁸, y el embajador en Chile, Patrick Egan. Así, el apoyo brindado por Estados Unidos al gobierno de Balmaceda no se debía a cierta solidaridad, sino que buscaba ver disminuir el poder de las fuerzas congresistas.

Ramírez apenas mencionó a este país en su primer libro, *La Guerra Civil de 1891. Antecedentes económicos* y, cuando lo hizo, fue con la intención de señalar ciertos informes de agentes estadounidenses que

133

que marinos del barco de guerra *Baltimore* se enfrentaron con civiles chilenos en el puerto de Valparaíso, provocándose la muerte de dos norteamericanos y varios heridos. Estados Unidos al sostener que el altercado respondía a un hecho más que criminal, en que el gobierno congresista estaba involucrado, amenazó con declararle la guerra a Chile. Por otro lado, el caso de los asilados refiere a que el capitán del barco estadounidense que los transportaría, al no hacerlo con la discreción exigida por el gobierno chileno, tensionó aún más las delicadas relaciones diplomáticas entre ambos países.

18 Para Estellé (1966: 154) fue más que nadie el que representó el “símbolo de la nueva actitud expansionista: primero porque excluía totalmente a las potencias europeas y, luego, porque daba a los Estados Unidos el rol principal dentro del nuevo sistema”.

comprobaban la participación en la guerra de los ingleses residentes en Chile y extranjeros; pero en ningún caso lo hizo para insinuar algún vínculo indirecto o directo en la contienda. En cambio, en *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, hay un tratamiento más profundo en el que se imprimió lo que planteó Estellé una década más tarde. Sin embargo, si Estellé citó a Ramírez, lo hizo para que el lector consultara sobre la preponderancia comercial que tuvo Inglaterra en Chile en relación con la de Estados Unidos. Tal vez este autor no advirtió que Ramírez terminó su segundo libro concerniente a la guerra poniendo énfasis en el imperialismo norteamericano, en el que aludió a ciertos hechos que Estellé profundizaría en el trabajo que acá se comenta.

En el número dos de *Estudios*, Vargas, “Notas sobre el pensamiento político de Pedro Montt” (1967: 261-297), al elevar la figura del futuro presidente, tenía por finalidad insistir en que este representaba, entre muchos, la defensa del parlamento en relación con el poder ejecutivo. Argumentaba que desconocer “la fuerza de las ideas políticas era aparecer ante la opinión pública como un dictador”, cuestión que justamente le ocurrió a José Manuel Balmaceda. Agregaba que muchos años antes, específicamente desde 1876, Montt “actuaba como un político imbuido de la idea parlamentaria de gobierno” y que Balmaceda, con razón o sin ella, había roto la “unidad de miras”. Decía Vargas que, si los debates que se daban en 1890 eran tensos, cuyas declaraciones eran extremas en el sentido de subordinar el ejecutivo al congreso, “parece que ellas no manifiestan otra cosa que el criterio mayoritario de los políticos no sólo de esa época, sino de, por lo menos, diez años antes”.

En este sentido, la controversia de 1890 entre el parlamento y el ejecutivo no podía mirarse según un efecto de un problema menor, sino más bien como la manifestación de una tradición parlamentaria que, alimentada por los ideales europeos de soberanía popular, adoptaba un carácter nunca antes visto debido a esa misma tensión. Ejemplos como los anteriores trataba Vargas en su investigación sobre la posición política de Montt, activo representante del bando antibalmacedista, para

dar cuenta de “que el régimen parlamentario, con la mayor parte de sus rasgos fundamentales, era una realidad varios años antes de la Revolución”. Esto venía generándose por la “crisis de un sistema”, pues “hacía extremadamente difícil cualquier gestión de gobierno”. Aunque en este artículo no se hizo referencia directa a Ramírez, lo cierto es que era un argumento más a favor de la tesis que sostenía que el factor político era predominante en la guerra civil, lejos del razonamiento que situaba a los componentes económicos y sociales como fundamentales, posición que se suponía de Ramírez.

En el mismo número dos, Estellé, siguiendo el derrotero trazado por Vargas, las emprendía contra Ramírez, pero ahora de forma directa. En el artículo “Correspondencia de don Agustín Ross sobre la revolución de 1891” (Estellé, 1967: 331-378), publicó una serie de cartas que Ross le había enviado a su secretario Alfredo Délano Rojas. Estellé, aludiendo al “interesante trabajo” de Blakemore acerca de la historiografía de la Guerra Civil de 1891, ya mencionado, decía que este había aprovechado de contradecir lo que afirmaba Ramírez sobre la implicancia de Ross en dicho evento. Que Ross se haya servido de este suceso para obtener “una buena inversión”, tal como lo dijo Ramírez, según Estellé, era una afirmación que debía objetarse, en vista de que no se podía mantener una opinión tan categórica cuando las cartas sugerían cosas distintas. Creía el autor que “sólo recién se insinúa un interesantísimo capítulo que deparará una visión más rica y compleja de la Guerra Civil de 1891”.¹⁹

Estellé intentó demostrar que Ross se había involucrado en la guerra después de haberse iniciado esta, siendo imposible por los dichos que afloraron de los escritos que “haya podido participar en una preliminar conspiración de capitalistas para derrocar a Balmaceda”.

19 Ramírez Necochea (1951: 210), sostuvo que convenía “recalcar que los banqueros Edwards, Matte y Ross figuraban entre los promotores de la guerra civil; más tarde fueron beneficiarios de ella; sin embargo, no dieron un solo centavo a la causa que defendían tan... desinteresadamente”.

Mientras no aparezcan documentos contrarios, enfatizaba el autor, la correspondencia permitía concluir “que los intereses del Banco Edwards, representados en Europa por don Agustín Ross, ni contribuyeron a preparar el estallido revolucionario de 1891 ni mantuvieron contactos con capitalistas ingleses para este fin”. Sólo después de iniciado el enfrentamiento bélico, pusieron toda su voluntad por ver caído a Balmaceda.

Para finalizar, Carlos Ugarte, en el número dos, en el artículo “La situación económica de Chile entre los años 1892 y 1894 juzgada por don Luis Aldunate Carrera” (1967: 299-330), sostuvo que este político fue un gran defensor de que las riquezas del salitre fueran nacionales, tanto antes como después de la contienda de 1891, llegando incluso a oponerse a un proyecto enviado por Balmaceda en 1888 que impulsaba el remate de las salitreras fiscales. Ramírez no desconoció este hecho. Sostuvo al respecto que el gobierno reaccionó frente al mismo, pues al no hacer ningún tipo de gestión para presionar a la Cámara de Diputados para el despacho del proyecto, el que ya había sido aprobado por el Senado, lo dejó morir por su propia voluntad (Ramírez, 1958: 91).

En estas páginas se abordaron los dos únicos números de la revista *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales en Chile*, cuyos trabajos publicados correspondieron al seminario organizado por la cátedra del mismo nombre, dictada por Jaime Eyzaguirre y un conjunto de profesores en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile entre 1966 y 1967. Todo como parte de una cátedra compuesta por el profesor director, dos profesores con el grado de auxiliar y varios en calidad de ayudantes.

Se desconoce si el resto de seminarios de las otras cátedras intentó hacer lo mismo o si estas investigaciones fueron publicadas en las distintas revistas de la Universidad de Chile. De lo que sí hay seguridad

es que Jaime Eyzaguirre agenció todo lo necesario para que así fuese, tal como se advirtió a lo largo de estas líneas. Desde luego no se extravió en aquella instancia para levantar un medio que tuviera su particular impronta. No tanto en el sentido de destacar cierto contenido como de concebir un espacio de cohesión ideológica, lo que determinará de manera definitiva el primero. Según se demostró, los miembros de la cátedra habían sido discípulos de Eyzaguirre. Algunos provenían de la universidad estatal y otros de la universidad privada más importante de la época. Hay que recordar que habían perdido una trinchera en la Universidad Católica cuando se clausuró la revista *Finis Terrae* a causa de las presiones de los estudiantes movilizados. Empero, en la universidad pública, institución que contribuyó a su reencuentro, lograron abrir un espacio y levantar un nuevo medio de divulgación. En la nueva publicación consiguieron reproducir las mismas lógicas y tender los mismos sentidos habituales desde donde provenían, ya que no fue una revista abierta a la discusión, manteniéndose cerrada para sí mismos.

137

Lo anterior se abordó para señalar que el contenido que predominó en la revista, fruto de un seminario que se propusieron, estaba encaminado, aunque no lo manifestaron de modo abierto, en rebatir tanto las tesis defendidas por Hernán Ramírez sobre la Guerra Civil de 1891, como en aminorar la figura del presidente José Manuel Balmaceda que otros historiadores, escritores y políticos habían levantado para las izquierdas, siendo ello expresión de una lucha por los imaginarios sociales en tiempos de fuertes tensiones ideológicas y políticas.

Eyzaguirre y su bando respondieron, independientemente del tema preponderante que se vertió en *Estudios*, a las mismas inquietudes que habían tenido cuando se apropiaban de estos tipos de medios de comunicación, o sea, transformarlos en trincheras culturales con el objetivo de repercutir a largo plazo, vale decir, contribuir a la reconfiguración de representaciones sociales más estables, pero también para encarar las urgencias que demandaban los combates políticos del tiempo presente. Era el modo con el que más se sentía a gusto este intelectual,

una militancia de por sí distinta, mas, no por eso, con menos impacto en el contexto en que quería incidir. Todo lo cual ha sido advertido en la herencia que dejó, la que continuó expresándose en las luchas venideras, fundamentalmente durante el gobierno de la Unidad Popular, cuando aún el fantasma del presidente Balmaceda sacudía los ánimos en el ambiente político, lo que se verá en el siguiente y último capítulo de este libro.

CAPÍTULO V

“¿NO SERÁ TIEMPO DE INICIAR UNA REACCIÓN ENÉRGICA AL RESPECTO?” A PROPÓSITO DE LA HISTORIA EN LA REVISTA *QUÉ PASA*, 1971-1973.¹

La muerte en 1968 del historiador, intelectual católico e hispanista Jaime Eyzaguirre, provocó una gran conmoción en sus discípulos (*El Mercurio*, 1968; Aránguiz, 1968; Zegers, 1969). Desconcertados frente a una tragedia de gran profundidad, advirtieron en ese lamentable suceso un síntoma de lo que se estaba revelando para el país. En sus concepciones, el maestro había clamado en el desierto, sin haber sido escuchado, muchas veces ignorado y, otras tantas, ridiculizado. La cuestión es que, para estos, la evidencia histórica le había dado la razón a Eyzaguirre, porque el 4 de noviembre de 1970, había arribado al poder una coalición de gobierno que levantó las banderas del marxismo, corolario de todo lo que el grupo había combatido.

Como fieles que eran, y aun considerando exageradas varias de las sentencias de Eyzaguirre, siempre se tomaron sus palabras en serio. No habían dejado de luchar a través de las modalidades que consideraban más adecuadas, la organización de revistas, a pesar de que perdieron en distintas ocasiones, como cuando se tuvo que cerrar *Finis Terrae* en 1967 y *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* en 1968, que solo alcanzó a editar dos números.

1 Publicado en *Sur y Tiempo. Revista de Historia de América* 6, 2022: 166-187. <https://revistas.uv.cl/index.php/syt/article/view/3350/3218>

Mas, luego de aquella pérdida irreparable y las derrotas sufridas, hicieron lo posible para que la memoria del mentor no quedara en el olvido. Impedir el ascenso de la izquierda al poder, y cuando no, enfrentarla con todas las armas a disposición, fue una de las tareas que asumieron luego de la muerte de Eyzaguirre. Así, la pérdida la asumieron como impulso y revitalización de las fuerzas alicaídas. Sabían que las estrategias y los modos de desenvolvimiento debían modificarse para vencer, de lo contrario sucumbirían de nuevo. El advenimiento de la Unidad Popular venía a coronar todo lo que rechazaban, por lo que no podían darse el gusto de ser derrotados nuevamente, pues en esa lucha se apostaba por un dilema de hondura superior: la permanencia de la nación como principio regidor y el orden social que esta aseguraba en su particular forma.

140

Empecinados, como disgustados que estaban, asumieron la misión que Eyzaguirre les había dejado: levantar un proyecto revisteril distinto a todos los que habían organizado hasta esas fechas, no tan solo en el contenido, sino que también en su modo de accionar. De tal manera, no solo fundaron en enero de 1969 la revista *Portada* (Silva, 1972), sino que también en abril de 1971 la revista *Qué Pasa*, semanario de actualidad periodística. Con ambas, readaptándose a las circunstancias históricas, salían a disputar el espacio público, deslegitimando el sistema demoliberal, para proponer un orden social nuevo (Ruiz, 2015).

En el siguiente capítulo abordaremos una de estas revistas, *Qué Pasa*, a partir de una óptica distinta a cómo se la ha tratado en otras investigaciones (Santoni, 2018; Gomes, 2016; González, 2013), enfocándonos en el uso público de la historia que este grupo hizo a través de sus páginas. No solo insertaron una sección que tuvo una permanencia religiosa a lo largo de un lustro, los Cuadernos Históricos, en una revista que no era de especialidad ni estaba animada precisamente para esos fines, por lo menos a simple vista, sino que fueron alternando con reportajes que aludían a la historia, dejando ver la concepción que el grupo tenía de esta y el modo de comprenderla. Este uso público de la

historia, siguiendo a Nicola Gallerano (2007), no se entiende acá como mero consumo, entretención o como un simple uso político manipulador, como a menudo ocurre con la “industria” que se ha hecho del pasado. Por el contrario, su uso público tenía que ver con los valores y las creencias más profundas que permeaban al grupo.

Qué Pasa, contaba con intelectuales que no solo tenían un gusto por la historia, sino que también algunos de ellos la cultivaban seriamente, como Gonzalo Vial, Fernando Silva, Cristián Zegers [sumemos también aquí a Javier González Echenique, que era miembro de *Portada*] y todos ya habían tributado en esos términos en algunas de las revistas que dirigió Eyzaguirre, como en *Finis Terrae, Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* o *Historia* y el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia e Historia*, de las que aún varios seguían siendo integrantes.

De ese modo, *Qué Pasa* no dejó de lado la representación histórica como estrategia de lucha, siendo este plano, eje fundamental del contenido de la misma. Esta se esmeró por dar su propia versión de ciertos procesos históricos en disputa, la mayoría sobre el Chile republicano, en especial del siglo XX, con el objetivo de ejemplificar y orientar la opinión pública sobre algunos fenómenos históricos que consideraron de trascendencia mayor. Al final de cuentas, la lucha por la historia seguía pensándose como guía de evaluación y acción. En sus formas de ver el asunto, el desconocerla o tergiversarla en función de la propaganda política, como acusaban a los historiadores de izquierdas con quienes disputaban en aquel campo, en especial los marxistas, o al propio gobierno de la Unidad Popular, era introducirse en terrenos pantanosos que incidirían, inevitablemente, en el quiebre de la nacionalidad.

El régimen de historicidad, en el que el pasado era bisagra imprescindible para comprender el presente y proyectar el futuro, fue una cuestión que no pudo obviarse en una revista con una composición humana que tenía un fuerte carácter misional, razón por la cual, era un deber ineludible hacer uso de la historia en esa nueva modalidad si ello

serviese para ilustrar al ciudadano. De ahí un vínculo estrecho entre el conocimiento de la historia y su prolongación en una serie de prácticas específicas, destinadas a la transformación de la conciencia colectiva (Gallerano, 2007:88).

En relación a esto último, y para cerrar, cabría apuntar que los saberes que producían, si bien no se limitaron a ser divulgados a través de las páginas de la revista, porque si se recuerda estos fueron impartidos en los centros universitarios donde muchos de ellos se desempeñaban, hay que hacer notar que el Instituto Cultural de Providencia, por esos años, se constituyó como un importante foco de esos saberes, cuestión de la que estamos al tanto, por la gran promoción que hicieron ellos mismos a través de las páginas de *Qué Pasa*, destacando las actividades que realizaban en ese entorno. No pocos esfuerzos hicieron por dotarse de otros espacios para difundir su forma de entender la historia, en momentos en que la misma no les era favorable, pasándoles una mala jugada.

142

Las fuentes usadas para este capítulo se limitan a la propia revista *Qué Pasa* entre los años 1971 y 1973, hasta el golpe de Estado. Especialmente, se utilizaron los Cuadernos Históricos, los editoriales y reportajes en que expresaron temas relativos a la historia y su conocimiento. Si se ha dejado el análisis hasta ese acontecimiento, se debe a que luego de aquel, comienza una estructuración sobre estos asuntos, respondiendo a otras lógicas.

Si bien el capítulo se dividirá en tres partes, el espacio otorgado a cada uno de ellos es bastante desigual, dada la naturaleza de lo que se trata. La primera, analiza tres temas difundidos en los Cuadernos Históricos para señalar el esfuerzo que hicieron por vincular la historia con el acontecer nacional de aquel momento y deslegitimar ciertas lecturas que provenían de algunos de los historiadores de las izquierdas. En la segunda, se aborda la concepción de la historia que dejaron entrever en sus páginas, en editoriales y reportajes, mucho más nítida que en los Cuadernos Históricos, en el que se limitaron solo a narrarla sin

expresar qué era lo que entendían por esta, independiente de lo que el lector podía interpretar de la misma narración. La tercera parte, trata sobre uno de los espacios en que intentaron divulgar los saberes que producían, como lo fue en el Instituto Cultural de Providencia, esto, por la permanente alusión que hicieron del centro.

1. Los Cuadernos Históricos, sección imprescindible de *Qué Pasa*

Desde el primer número de *Qué Pasa* de abril de 1971, se mantuvo una sección que llevaba por nombre Cuadernos Históricos.² Fueron distintos los temas que abordó desde la óptica de la historia política tradicional, haciendo uso de un lenguaje ameno y sin innovar mucho, debido a que la revista era dirigida a un público, especialmente, de clase media, aunque no el único. Entre las crónicas que aparecieron hasta septiembre de 1973, en lo fundamental propios del Chile republicano, se hallan: “La sangre del pueblo”, sección destinada a los episodios de violencia que sufrieron los trabajadores desde inicios del siglo XX, que contó con seis números; “El gran cambio”, que versó sobre la crisis oligárquica y el ascenso de Ibáñez, contando con cuarenta y cinco números; “Las grandes batallas de Chile”, con seis números; otra sobre “Balmaceda y la crisis de 1891”, con cuarenta y un números, y “Las grandes fortunas del pasado”, con ocho episodios”.³

Independiente de la periodicidad de estas, que en algunas llegaba a extenderse por varios meses, incluso casi llegando al año, se invitaba al lector interesado a adquirir la revista con frecuencia espartana para enterarse del desenlace de la historia que se narraba. En la sección a menudo se emplearon entre tres o cuatro páginas o como mucho cinco. A veces, se imprimieron a color, de seguro para motivar a un lector que

2 De aquí en adelante para este capítulo solo CH.

3 Los únicos CH de esta etapa que no estuvieron enmarcados en el Chile republicano fue “Verdades y mentiras sobre la Quintrala”.

esperaba la crónica corta.⁴ La exposición de los hallazgos se configuró en un formato tipo narración lineal que, al parecer, se constituía como una explicación, y como si aquel devenir histórico, fuera el resultado exclusivo de decisiones de un conjunto de individuos de las elites, descartando una serie de condiciones de posibilidad, desde el plano económico hasta el cultural. Ahora, tampoco fue una simple crónica histórica la que se presentaba al público lector, sino una articulación que tenía objetivos claros: disputar la hegemonía sobre ciertos temas históricos que estaban presentes en aquellos momentos.

Las fuentes empleadas en los CH fueron las tradicionales, esto es, la prensa de la época y algunos testimonios de los actores involucrados, pero nada más que eso. No hubo una apertura a otro tipo de fuentes ni tampoco se discutió con los autores que habían investigado algunos de esos temas. Por poner un ejemplo, el grupo *Qué Pasa*, en una respuesta al autor de *Ruido de Sables*, el capitán [r] Raúl Aldunate, manifestó que la “no inclusión de notas en el texto de cuadernos históricos obedece a que se trata de una serie periodística que no pretende apabullar a sus lectores” (25, 1971: 2). Aldunate en aquella carta, llamaba la atención a *Qué Pasa*, puesto que, si bien empleaban su libro como fuente en los CH, no señalaban la procedencia de este.⁵ Por último, solo en los CH que trataron la Guerra Civil de 1891, se promovió un libro, *Visión y verdad sobre Balmaceda*, trabajo colectivo en el que colaboraron integrantes del semanario, ya mencionado en el capítulo IV.

Como fuese, esta organización, no fue un obstáculo para la revista, ya que las cartas al director que encomiaban la sección no fueron pocas. De hecho, ya en el número 2 de *Qué Pasa*, un lector resaltó la importancia de los CH, afirmando lo siguiente:

4 De hecho, en la portada de la revista del número 53 de 1972, que conmemoraba el primer año de *Qué Pasa*, se anunciaba la “Nueva serie histórica, Grandes batallas de Chile, en color: Maipú”.

5 En el primer número de *Qué Pasa*, se promovió el libro de Aldunate, lo que este autor reconoció y agradeció. Por lo demás, en los agradecimientos de su libro, manifestó que había recurrido a Jaime Eyzaguirre, “consultor histórico”, quien “Alentó mucho esta obra” (Aldunate, 1971:6).

“Otro de los indiscutibles aciertos de su revista es la sección ‘Cuadernos Históricos’. Por fin una versión objetiva y equilibrada de hechos fundamentales sobre los cuales, generalmente, no tenemos más que una nebulosa y deformada noción.

Creo que será un acicate formidable para el estudio científico de la historia contemporánea del país. En torno a esta sección de su revista debería formarse un caudal de polémica, documentación y valoración crítica respecto de hechos que están influyendo poderosamente en nuestros días” (*Qué Pasa* 2, 1971: 2).⁶

Así, en varias cartas al director, se aplaudía la persistencia del grupo *Qué Pasa* por mantener una sección que tenía objetivos nítidos. Ahora bien, no puede decirse que no hubo polémica, la que, por cierto, se acotó a temas relativos a ciertas figuras que pertenecían a la oligarquía, como fue el caso del presidente Sanfuentes (*Qué Pasa* 12, 1971:37; 13, 1971:2; 25, 1971:2). Pero más que eso, el elogio fue lo que predominó frente a esa sección. No podía ser más grato para el grupo *Qué Pasa* que un historiador como Guillermo Feliú Cruz, hubiera enviado una carta al director “para felicitarlo con verdadera efusión” por el tema Balmaceda y la crisis del 91. Decía Feliú:

145

“Serios, serenos, bien investigados, con oportunas citas, conocimiento amplio y cabal de la materia, escritos con un sencillo lenguaje que los hace elegantes, en los últimos años nada se ha escrito en igual forma. Lo que se ha publicado o son panegíricos del personaje, diatribas contra él o puntos de vistas para hipótesis de tendencias políticas determinadas. Los estudios de *Qué Pasa* son objetivos y no se pierden en consideraciones que no están dentro del asunto” (*Qué Pasa* 68, 1972: 4).

6 El firmante agregaba: “Le reitero mis felicitaciones y agrego una sugerencia: ¿Por qué no dedican una próxima serie al general Ibáñez? El libro de Raúl Aldunate –excelentemente descrito por QUE PASA- nos hace pensar en lo apasionante que es Ibáñez como personaje humano y político” (*Qué Pasa* 2, 1972:2).

Feliú, curioso por la persona que había redactado los CH, preguntaba quién era el autor (*Qué Pasa* 68, 1972: 4). Es probable que la pregunta haya incomodado a *Qué Pasa*, pues con antelación, otro lector había consultado por el anonimato de la revista, haciendo resaltar que hace rato venía “notando algo raro en la revista y es que los interesantísimos artículos que aparecen en ella NO LOS FIRMA NADIE [sic].” El autor de la carta, decía que sería “bastante interesante que cada sección –Perfil Humano, Cuadernos Históricos, Semana Nacional, etc.- o que en cada sección mejor dicho, apareciese el nombre del periodista que hace su artículo, la entrevista u organiza la parte histórica” (*Qué Pasa* 61, 1972: 2).

A esta última exigencia referida, aunque la primera en pronunciarse, la revista respondió que el anonimato se debía a que era “un trabajo de equipo que se esfuerza en lograr un estilo periodístico común” (*Qué Pasa* 61, 1972: 2). Pero frente a la de Feliú, tuvieron que ceder, pero no para ventilar todos los nombres de los redactores, sino solo el del autor de los CH. De tal manera que el director de la revista, Gonzalo Vial, decía que aquella sección ensalzada por Feliú, estaba escrita por el profesor universitario y “recién incorporado como miembro de la Academia de Historia”, Fernando Silva Vargas (*Qué Pasa* 68, 1972: 4), historiador ya bastante conocido en los capítulos anteriores.

No podía ser una mejor ocasión para que el director de la revista aprovechara en ese mismo número de resaltar la nominación de Silva a la Academia Chilena de la Historia, destacando que el lugar que ocupaba era el que había dejado Jaime Eyzaguirre tras su muerte en 1968. Se expresaba en esa nota que llevaba por título “Fernando Silva. La herencia intelectual de Jaime Eyzaguirre”, que el historiador formaba “parte de una generación brillante de jóvenes investigadores que han traído un renovado impulso a una de las especialidades con mayor desarrollo en la ciencia nacional” (*Qué Pasa* 68, 1972: 11). Así, el prestigio buscado, como se desprende, era doble, lo que le daba, por supuesto, cierta legitimación a la versión de la historia que la revista *Qué Pasa*

entregaba continuamente sobre los temas que consideraba relevantes para esas horas del día.

La demanda de un sector de los lectores por saber no solo quiénes estaban detrás de la revista, sino que también la fuente doctrinaria de la que bebían los redactores, fue algo que del mismo modo se produjo mientras mantuvieron el anonimato. Tal fue el tono inquieto de una carta al director que interpelaba a la revista en vista de que, luego de cuatro años de la muerte de Eyzaguirre, nada se había manifestado al respecto. Pensaba el lector que “Qué Pasa haría alguna referencia a quien con propiedad se puede denominar maestro”, agregando que convenía “difundir su imagen y reconocer su labor. Chile está en deuda con él; con sus obras de historiador y jurista; con su vida de Caballero Cristiano” (*Qué Pasa* 77, 1972: 4). La respuesta del director fue inmediata, destacando que los “redactores de QUE PASA se reconocen deudores de Jaime Eyzaguirre, por muchos conceptos. Razones de técnica periodística nos han movido a postergar el homenaje que se merece para una fecha próxima” (*Qué Pasa* 77, 1972: 4).

147

Como se ve, esta suerte de envión por parte del público lector, fue haciendo posible que la revista empezara por dar cuenta de sus definiciones y quiénes la nutrían de modo directo, por lo menos, en términos ideológicos. Solo se estaba al corriente de que el abogado e historiador Gonzalo Vial Correa era su director y, luego de un año y medio de circulación, quien estaba al mando de los CH. Pero también como extensión de ello, se reafirmaba la figura providencial de Jaime Eyzaguirre como fuente doctrinaria. En efecto, al número siguiente de la interpelación del lector identificado como Huneeus, se publicitaba un homenaje que le hizo el curso de derecho de la Universidad de Chile que ingresó en 1968, año que cobró la vida de Eyzaguirre. *Qué Pasa* señalaba que se confirmaba

que, entre los muchos aciertos casi proféticos de ese hombre visionario, hubo un gran error: el de creer que sus ideas no tenían ahora la acogida de antes. Por el contrario, pocas figuras han pro-

vocado entre nosotros tanta continuidad en su influencia como la suya, precisamente en ese periodo siguiente a su desaparición, que suele ser olvido injustificado (*Qué Pasa* 78, 1972: 51).

Por último, ya en marzo de 1973, a pocos meses del golpe de Estado, en el ejemplar que celebraba el número 100, se había dejado por completo el anonimato, presentándose el comité editorial fundador, siendo esto materia de otro asunto (González, 2017: 48-51). Veamos por ahora, los CH.

a. La sangre del pueblo

148

Esta fue la primera sección que se fijó con el apareamiento de la revista en abril de 1971, en momentos en que la Unidad Popular obtenía un triunfo aplastante en las elecciones municipales de ese mismo mes.

El grupo *Qué Pasa* no desconoció ni la situación precaria de los trabajadores ni la violencia que sufrieron por parte del Estado en las primeras décadas del siglo XX. Aunque no proporcionaron una explicación de esas condiciones, afirmaron que “la sangre del pueblo” había “servido para que algunos irresponsables prediquen la destrucción violenta de la sociedad”, y también, “para que los políticos inescrupulosos hagan demagogia y ganen votos” con ella (*Qué Pasa* 1, 1971: 25). Con estas últimas palabras, a modo de presentación, partieron los seis episodios de violencia que describieron estos sucesos a lo largo de seis números consecutivos. Era una forma bastante tradicional de exponer los hechos, pero que tenía con mucha seguridad varios objetivos de orden político.

Al partir con la violencia estatal, por un lado, como si fuera solo expresión del siglo XX, se buscaba comprenderla como un accionar que tenía por fin encarar a las ideologías importadas desde fines del siglo XIX que se habían infiltrado en el movimiento obrero, pero también se intentaba indirectamente, relacionar esos eventos con la prédica

violenta de algunos grupos de las izquierdas de la época que, tal como había ocurrido en ese pasado representado, seguía produciéndose en ese presente vivido, con consecuencias no más gratas para el pueblo [recuérdese, solo a modo de ilustración, el enfrentamiento en el fundo de San Miguel en San Esteban en 1968 o la matanza de Pampa Irigoín en Puerto Montt en 1969 que cobró varias vidas]. Por otro lado, se buscaba demostrar la inoperancia de las clases altas que estaban destinadas a darle solución a los problemas que los sectores populares padecían, siendo ello, una crítica velada al régimen parlamentario que por su indiferencia hizo posible que los trabajadores al enfrentarse a la indolencia de la oligarquía, de pasada, dejaran llevarse por las nuevas ideologías que empezaban a penetrar el clima social de la época, tras lo cual la violencia tendía a legitimarse.

Si ya hace dos décadas la historiografía de las izquierdas había tributando con varias obras y tesis sobre estos temas, este grupo salía a disputar en torno a las interpretaciones que se habían dado de las matanzas de los obreros. Bajo un gobierno de izquierda que decía representar los intereses de los trabajadores no dejaba de llamar la atención que una revista como *Qué Pasa* le destinara unas cuantas páginas por varias semanas a estos episodios. Más curiosidad si no se sabía bien quiénes estaban detrás la revista.

149

b. El gran cambio

Con aquel título, denominaron al periodo que va desde el ascenso de Arturo Alessandri en 1920 hasta su segunda presidencia en 1932. Como ya se expresó, este tema fue abordado en más de cuarenta números, los que reunidos, fácilmente podrían haber constituido un librito sobre ese periodo.⁷ El interés por estos asuntos relativos a la historia del

⁷ Es posible que todos esos antecedentes hayan constituido la preparación previa de la *Historia de Chile* que empezó a circular en 1974, en la que además de Silva Vargas, estaba involucrado Osvaldo Silva, Patricio Estellé y

siglo XX, era signo de que las inquietudes se habían modificado en los últimos años. La contingencia política e ideológica, clamaba por una posición determinada, sobre todo en un campo cultural en permanente disputa, pues la gran parte de los historiadores marxistas, por decir algo, se estaban preocupando por aquel siglo, si bien algunos comenzaban con la Guerra Civil de 1891. Además, la historia reciente les servía, como ya lo habían hecho con “La sangre del pueblo”, para ilustrar al público sobre las decisiones específicas tomadas por la oligarquía y de esa manera dar cuenta de las consecuencias de las mismas.

Silva, frente a este nuevo episodio, se había preguntado qué había ocurrido en esos doce años en que “se suceden los gobiernos y ‘cuartelazos’; hierva la agitación social; la economía amenaza desplomarse y al fin, efectivamente, se desploma con la Gran Crisis... ¡Hasta tenemos un ‘Chile Nuevo’, proseguía Silva, anticipado, con Ibáñez, y una anticipada ‘República Socialista’, con Grove!”. La respuesta no dejó de ser inmediata, porque al mismo tiempo afirmaba lo siguiente: “Había sucedido una cosa muy simple... pero muy grave: el fracaso de la clase gobernante [...] y del régimen político y económico que había discurrido para Chile”; por último, no “enfrentar el desafío que, para Chile, significaron la crisis del salitre y la cuestión social” (*Qué Pasa* 8, 1971: 33-35).

Como se ve, en esta nueva partida de los CH, se apropió de las tesis que Alberto Edwards sistematizó en *La fronda aristocrática en Chile* y que habían sido continuadas por la vertiente nacionalista de derecha, sobre todo por los grupos liderados por Jorge Prat (*Qué Pasa* 36, 1971: 6). No empleó, por cierto, los conceptos de fronda ni de decadencia nacional, pero dejaba ver el comportamiento estéril y anárquico de la clase dominante y los partidos políticos, agentes propios del liberalismo. Silva, luego de cuarenta y cinco números consecutivos, dejaba en suspen-

Sergio Villalobos. Vargas tuvo a cargo el tomo IV, que iba desde el último cuarto del siglo XIX hasta 1970 del siglo XX. Esta es quizá la primera historia de Chile del siglo XX.

so aquel tema de los CH con el arribo definitivo de Carlos Ibáñez del Campo en 1927, sin esclarecer lo que aconteció luego de ese suceso. Pero cerraba ese último facsímil, asegurando que quien llegaba al poder era “el candidato sin partido”, iniciando “el gobierno más ensalzado y más denigrado –y el de más hondas y duraderas transformaciones- de la primera mitad del siglo XX” (*Qué Pasa* 52, 1972: 33).

Por las cartas al director, y por supuesto, por la propia selección de las mismas por los editores de *Qué Pasa*, se entrevé que caló hondo esta sección específica. Uno de los tantos lectores expresaba lo siguiente:

“La lectura de los distintos episodios políticos del primer tercio del siglo en nuestro país me han servido para interiorizarme acerca de este interesante e inexplicablemente olvidado período de nuestra historia; y sobre todo para ver cómo tantas cosas que han ocurrido en los años recientes y en estos meses guardan un extraordinario parecido con el acontecer de hace 40 o 50 años [...] Creo que en la cultura cívica de todos los pueblos el conocimiento del pasado político reciente juega un papel aleccionador fundamental” (*Qué Pasa* 29, 1971: 4).

151

c. Balmaceda y la crisis del 91

A lo largo de diez meses, de junio de 1972 a marzo de 1973, fue el periodo en que circuló este tema en los CH. No dejaba de ser una crónica estrictamente política, descartando el plano económico y social en el desenlace que llevó a la Guerra Civil y al suicidio del presidente en septiembre de 1891. En ninguna parte se discutió con la historiografía que proponía estos factores como fundamentales para comprender aquel episodio. Solo se hizo mención a un tipo de investigación, *Visión y verdad sobre Balmaceda*, que fue justamente la que, publicada en ese mismo periodo, 1972, polemizó directamente con Hernán Ramírez Necochea, historiador comunista que había levantado la figura de Balmaceda y el proyecto que, según su óptica, él encarnaba.

Visión y verdad sobre Balmaceda, un trabajo colectivo, había sido publicado por sectores cercanos al grupo *Qué Pasa*, destacándose entre sus autores, Hermógenes Pérez de Arce, miembro del semanario. La misma revista promocionó el libro, presentándolo como un ensayo polémico fruto de la reunión de un conjunto de “sendas conferencias destinadas a dar testimonio de la verdad histórica sobre la persona, ideario y realizaciones del discutido e intencionadamente desfigurado presidente”, afirmando que la “actualidad del tema y del personaje y la necesidad de hacer justicia sobre uno de los momentos más apasionantes de nuestra historia patria hacen indispensable la lectura de la obra” (*Qué Pasa* 58, 1972: 2).

152

En ese mismo número de *Qué Pasa*, en que se recomendaba la lectura del reciente libro, los CH abrieron su nueva partida con el asunto de Balmaceda, días en que Hernán Ramírez había dado al público su tercera edición de *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* (1972). Era una lucha por el imaginario que se había creado en torno a la figura del presidente, cuestión que, por supuesto, no constituía una motivación nueva por parte de este grupo, como ya se vio en el capítulo anterior. Desde el apareamiento de *La Guerra Civil de 1891. Antecedentes económicos*, de Ramírez, publicada en 1951, se había puesto mucho empeño por desacreditarla. Lo mismo ocurrió con las versiones sucesivas que fue publicando a lo largo de esos años. No es curioso, así, que estos CH, hayan venido nuevamente a ser parte del tensionado ambiente, insistiendo y defendiendo la versión tradicional que reducía la guerra a cuestiones de orden político. En un editorial varios meses antes de que empezaran a circular estos nuevos CH, se había manifestado el rechazo a la obra de Ramírez, sin mencionarlo, desde luego. Se referían a esta historia como a una “grosera caricatura de la guerra civil de 1891”, que buscaba colocar al presidente inmolado como una “víctima de los ‘imperialistas’” y no como una “lucha por imponer el autoritarismo presidencial sobre los vicios parlamentarios” (*Qué Pasa* 22, 1971: 3).

Ese mismo tono ya había sido empleado en una crónica de *Qué Pasa*, en la que se destacó el ingreso de Javier González Echenique a la Academia Chilena de la Historia. El director del semanario, Gonzalo Vial, quien hizo la recepción del nuevo miembro, reprodujo en la revista las palabras que leyó en aquel distinguido acto, para posicionar al tipo de historiador que era González, en contraposición a los historiadores marxistas, condición que fácilmente se podría extender al resto de historiadores del grupo. De tal manera que González, estaba en la antítesis respecto a cómo procedían esos historiadores:

“La atrevida ignorancia [decía Vial], la investigación superficial, la intromisión de conceptos políticos y sociológicos preconcebidos, han hecho proliferar en los últimos tiempos innumerables tesis relativa a nuestra historia, tan deslumbrantes como ligeras. Todas ellas adolecen de un mismo vicio fundamental: creer que es posible explicar la historia por una sola causa, o por un grupo limitado de causas, desdénando sus complejidades y matices... porque se los desconocen” (*Qué Pasa* 10, 1971: 42).

153

No obstante, estas palabras y el énfasis por desconocer y rechazar la propuesta de Ramírez, los condujo a caer en la misma crítica que destilaban, pues la versión de los CH que buscaba esquivar cualquiera relación y sintonía con la perspectiva del historiador comunista, obligó a Silva a destacar, solo y únicamente, el plano político como factor de la Guerra Civil, creyendo que era “posible explicar la historia por una sola causa”, si se siguen las palabras del propio Vial (*Qué Pasa* 10, 1971: 42). Valen para ellos, de ese modo, las mismas objeciones que impugnaban.

En la perspectiva de Silva, era la fronda resistente al autoritarismo presidencial que se había instalado como una verdadera dictadura, intentando gobernar sin la venia del parlamento, lo que condujo al desenlace final, donde ni asomó el imperialismo ni la oligarquía vendida al “oro blanco”, como enfatizaba aquella parte de la historiografía de la izquierda de esa época. Era poco probable que citaran a Ramírez, ya

que lo consideraban, como mucho, un historiador panfletario, sujeto a una teoría en la que se acomodaban los hechos, como ya se vio, pero que gravitaba como un fantasma sobre este bloque ideológico.⁸

Para cerrar, se logra evidenciar que los núcleos fundamentales de los discursos desarrollados en CH, estaban supeditados a las preocupaciones más inmediatas del grupo *Qué Pasa*, buscando con esa estrategia que el lector asociara y comparara cada tema de ese pasado con la contingencia política del presente.⁹

8 En la ocasión en que referenció un libro que apareció por esos tiempos, editado y compilado por Hernán Godoy, *Estructura social de Chile*, de 1971 (en el cual colaboró Ricardo Couyoumdjian, discípulo de Jaime Eyzaguirre) decía la revista que Ramírez hacía “la historia del movimiento obrero en Chile, con el lenguaje estereotipado y el cansador simplismo de un marxista fiel, de pocos alcances” (*Qué Pasa* 47, 1971: 47).

154

9 En otra oportunidad, y paralelo a los CH, a través de nueve números (*Qué Pasa* 96-104, 1973), publicaron un facsímil que llevaba por título “La URSS veinte años después de Stalin”, presentándolo como parte de una sección que titulaban “Historia”. Esta sección no tuvo una permanencia y constancia como los CH, pero hacía alusión a cuestiones que los editores, de vez en cuando, consideraban de naturaleza histórica. En esta, por ejemplo, graficaron las condiciones políticas, económicas y sociales de la URSS, luego de la muerte del jerarca ruso en 1953, alejándose del orden historiográfico, pues, a ratos, sobre la base de opiniones y conjeturas, abordaron ciertos temas hasta 1970, vale decir, el presente de los propios redactores de la revista. Es probable que esa estrecha distancia temporal, los haya conducido a encasillar aquellas crónicas, ya en la cuarta entrega, como parte de un simple reportaje, dejándolo de presentar como parte de esa sección de Historia. Para *Qué Pasa*, los males que sufría la URSS y la sociedad que la habitaba, no eran propios de un pasado remoto, sino que eventos que estaban sucediéndose día tras día, cuando la Unidad Popular, tenía intenciones parecidas a las que llevaron a la URSS a ese tipo de condiciones. Era 1973, y el semanario en esos números, pasó revista a las luchas por el poder, la persecución de la intelectualidad disidente y el control del pensamiento, un militarismo desorbitante, atraso tecnológico por la falta de libertad e incentivo individual, una economía centralizada y planificada fracasada, tal como la economía agrícola, producto de la colectivización y la “silenciosa pero obstinada resistencia del campesino a abandonar

2. Los héroes y la historia

Pero no solo lo anterior fue incumbencia de este grupo de historiadores y periodistas, sino que también, y siempre en el orden de la historia, lo que estaba ocurriendo con las figuras patrias. La nación no se había formado solo por fuerzas espirituales superiores que soplaban sobre los humanos, sino que por una sana combinación de ello y ciertos sujetos ejemplares que gracias al tesón y la exigencia de la historia, fueron dibujando el porvenir: eran los héroes. Estos se habían mantenido al interior de las tradiciones fundadoras, requisito necesario para el avance paulatino pero inexorable de la nación. Así, rápidamente en el número 6 de *Qué Pasa* (1971: 3), en el editorial “¿Olvido de nuestros héroes?”, mostraban una inquietud abrazante por el abandono de estos emblemas. Decían que estaba sucediendo una acentuación progresiva de “la creciente indiferencia con que la ciudadanía –y especialmente la juventud- mira a nuestros héroes y nuestras gestas históricas”. Los años en que se glorificaban los valores patrios, con permanencia y muy sentida por todos los sectores de la sociedad chilena, estaban siendo parte del pasado, dándose paso, por el contrario, a ídolos extranjerizantes como el “che Guevara”, que nada tenían en común con la idiosincrasia nacional. El antídoto para esto, suponía *Qué Pasa*, era justamente el cultivo de una historia que rescatara las hazañas que le dieron vida a la república. La verdad, insistían,

155

sus ancestrales hábitos individualistas” (*Qué Pasa* 99, 1973: 23), etc., todo lo cual, o por lo menos los últimos puntos, siempre se comparaba con el próspero Estados Unidos capitalista, al que la URSS recurría de vez en cuando en busca de ayuda. Entre otras, estas eran las estrategias de deslegitimación que hacían funcionar, poniendo en el camino rojo al gobierno de Allende, cuestión que, para el lector, dada la situación que vivía el país, no debió de ser muy alentadora ni muy auspiciosa, menos cuando uno de los partidos más importantes de aquella alianza de gobierno, como el Partido Comunista, era un fiel seguidor de los dictados de la URSS, según la óptica de sus detractores.

“es que el ser humano necesita siempre de algunos ídolos o figuras en quienes encarnar su ideal, y de alguna expresión imaginativa capaz de hacer volar su mente hacia sueños lejanos [...] lo atinado es alimentar tales inclinaciones con realidades que los liguen positivamente hacia valores morales o los elementos constitutivos en que se desea afirmar la existencia misma del ser humano en una sociedad determinada” (*Qué Pasa* 6, 1971: 3).

El editorial, ante ese enfriamiento nacional, terminaba preguntándose “¿No será tiempo de iniciar una reacción enérgica al respecto?” (*Qué Pasa* 6, 1971: 3). Los editoriales sobre este asunto no fueron pocos, manteniéndose en el tiempo cuando la situación los evocaba. Si bien varios de ellos eran interpelaciones en un plano más abstracto que específico sobre la historia patria, en uno que llevaba el título “La Nueva Historia” apuntaron directamente a los mecanismos que se empleaban para llegar a los distintos segmentos sociales. Eran “mil sistemas insidiosos: textos escolares ‘concientizadores’, artículos de prensa, discursos, programas radiales, series de TV”. En este mismo lugar, *Qué Pasa* enfatizaba que

“El objetivo es infiltrar ciertas interpretaciones históricas en la mente del público medio, sin conocimientos especiales, afirmándolas como probadas e indiscutibles y rehuyendo su discusión. En otras palabras, la historia deja de ser **ciencia** para convertirse en **arma política**” (*Qué Pasa* 22, 1971: 3).¹⁰

Para el grupo, había toda una política en función de denigrar la historia patria y a sus próceres, lo que provenía especialmente del “**mal** historiador marxista”, que por esos momentos, le hacía una mala jugada al gobierno con la producción de “simplistas deformaciones históricas”, las que debían ser aceptadas por Allende como historia oficial.

10 Negritas en el original.

(*Qué Pasa* 22, 1971: 3).¹¹ Aquel estado de cosas, que fue denunciándose desde que apareció la revista, fue adoptando formas más concretas de acción, evidenciando que no era solo una preocupación verbal para estos. Así, aunque mantuvieron editoriales en relación con esta inquietud, como unas que llevaban títulos como “Nuevas idolatrías” (*Qué Pasa* 9, 1971: 3), “Patriotismo se presume” (*Qué Pasa* 10, 1971: 3), intentaron vincularse con el público lector de un modo más directo con la intención de repercutir sobre estos temas. En una encuesta que buscaba evidenciar “espontáneamente” quiénes eran los héroes para los niños y niñas de ciertos colegios de la capital, *Qué Pasa*, informaba que la mayoría había elegido a Bernardo O’Higgins y a Pedro de Valdivia, lo que no dejaba de ser gratificante para este sector. Pero señalaban el impacto que estaba teniendo “la política mezclándose poco a poco en la valoración histórica”, al dejar ver que también aparecían figuras como los expresidentes Arturo y Jorge Alessandri, Salvador Allende, el general René Schneider, entre otros, y un extranjero como el Che Guevara (*Qué Pasa* 22, 1971: 29).

La discusión no había parado y en abril de 1972, en un reportaje que titularon “Es tiempo de honrar a los héroes”, se manifestaron sobre un proyecto de ley que lideraban parlamentarios de la izquierda gobiernista con el objetivo de “divulgar la vida y los méritos de los hombres ilustres de este país”. *Qué Pasa* le consultó a un “experto” que evaluara aquel proyecto, eligiendo para ello al “prolijo investigador, profesor de la UC y miembro de la Academia de la Historia”, Javier González Echenique, amigo y colaborador estrecho de este grupo. En primera instancia, el connotado historiador, consideraba positiva la iniciativa, mereciendo aplausos el proyecto. Sin embargo, en lo específico, decía que habría que tener cuidado con la elección, pues los criterios de selección quedarían “de hecho y de derecho, en manos de hombres”, añadiendo que “por desgracia, bien sabemos de qué modo algunos de nuestros próceres han sido elegidos para su posterior utilización como

11 Negritas en el original.

arma política”, aludiendo, pero sin decirlo explícitamente, a la figura del presidente Balmaceda (*Qué Pasa* 52, 1972: 39-40).

Todo lo anterior se tornaba más complejo cuando se hacía uso de los mecanismos estatales para difundir la “verdadera historia de Chile” frente a la “historia oficial”. Amalgamada en la misma dirección y sentido que habituaron en las páginas de *Qué Pasa*, y en lucha permanente, la publicación del libro *Capítulos de la Historia de Chile* por la Editora Nacional Quimantú venía a presentarse como correlato de aquellos problemas. Para el semanario, aquel libro era producto de un tipo incorrecto de escribir la historia. No, decían, como consecuencia de una forma de investigación lenta, fatigosa y controvertida que, “aunque los resultados sean magros y en ocasiones muy difíciles de digerir, estaremos ante un aporte respetable para el más cabal conocimiento del pasado”, sino como una forma “al volar de la pluma, sobre hipótesis que quedan en el aire, pero que nadie se da el trabajo de demostrar”, siendo la historia utilizada “como medio de propaganda” (*Qué Pasa* 116, 1973: 26).

La publicación de aquel libro, lógicamente, generó bastante polémica en el ambiente cultural de la época, produciéndose un tenso debate.¹² La propia Academia Chilena de la Historia, a la que pertenecían varios de estos, como Gonzalo Vial, Javier González y Fernando Silva, protestó contra la tergiversación de la historia que se hacía en el libro (*La Prensa* 09 de agosto, 1973: 1 y 5). Las páginas de *Capítulos de*

12 *Capítulos de la Historia de Chile*, publicado en 1973, fue un libro de divulgación histórica que tenía como público objetivo a los sectores populares que el gobierno de la época decía representar, con un enfoque que chocaba con la historia tradicional preferida por la elite que glorificaba a ciertos individuos y gestas históricas. El libro había sido firmado con el seudónimo Ranquil, que con el tiempo se supo que era Lucy Lortsch. En el artículo original se expresó que el nombre de Ranquil era Ana Simpson. Sin embargo, una investigación más profunda, que pronto aparecerá como artículo, se da cuenta de que Ana Simpson, del mismo modo que Ranquil, era un seudónimo empleado por Lortsch.

la Historia de Chile, según las palabras del semanario, eran fruto del cristal empleado por la historiografía marxista que había ido posicionándose durante las últimas décadas, historiografía que despreciaban sin ocultarlo.

El cultivo de la historia no podía ser fruto de la pura erudición ni del conocimiento enciclopédico ni menos propaganda al servicio de la política. Por el contrario, su aproximación la revelaba como factor condicionante del camino recorrido hasta allí en la formación de la nacionalidad y las tradiciones más profundas del ser patrio. Desconocerla o, peor aún, tergiversarla para acomodarla a deseos de orden partidario, produciría efectos nocivos para el porvenir de la nación, porque la conduciría a una crisis de identidad que solo las Fuerzas Armadas, “reserva moral”, tal como las definieron en el número que salió luego del Golpe de Estado de 1973, podrían evitar, acción que, por supuesto, esperó y promovió abierta y solapadamente el grupo *Qué Pasa*.

159

3. El Instituto Cultural de Providencia

Desde la propia revista, se puede evidenciar que estos intelectuales de derechas, no solo se movieron a través de sus páginas. Quizá el Instituto Cultural de Providencia, de seguro, destinado a las elites y sectores medios altos, fue uno de los puntos de socialización preferido para dar a conocer los saberes intelectuales que producían, afirmación que se puede sostener en vista de las alusiones permanentes que hicieron de las actividades que se realizaban en este, en que varios de los integrantes de *Qué Pasa*, fueron sus protagonistas.

Este centro había sido fundado a inicios de la década de los años sesenta del siglo XX y en pleno gobierno de la Unidad Popular se convirtió en refugio de la cultura de un sector de la elite. En los tiempos que acá se tratan, el directorio estaba compuesto por amigos o cercanos del grupo *Qué Pasa*, como Tomás Mac Hale, discípulo

de Jaime Eyzaguirre; Julio Phillipi, cuñado de Eyzaguirre; Francisco Orrego, futuro director de *Portada*, entre otros. Pero más importante aún era la presencia de uno de los fundadores de *Qué Pasa*, Diego Ibáñez Langlois, quien oficiaba como director del Instituto, lo que explica que la relación fuese estrecha y fluida con los integrantes de la revista.

En efecto, al iniciarse la Escuela de Invierno de 1971, la revista *Qué Pasa* afirmaba que era “el primer indicio de un ambicioso plan para multiplicar en calidad y extensión las actividades del Instituto cultural de Providencia”, escuela que partiría con un ciclo de conferencias dictado, entre otros, por Hermógenes Pérez de Arce y Gonzalo Vial Correa. Aquel ciclo era promovido como el “plato fuerte” de la Escuela de Invierno. Por supuesto, en ningún lado se indicó que fuesen los organizadores de la revista aquel plato fuerte, cuestión de la que siempre se cuidaron. De hecho, respecto a Pérez de Arce, se le presentó como “abogado, periodista, redactor económico de ‘El Mercurio’”, evitando consentir vínculo alguno con el semanario (*Qué Pasa* 15, 1971: 41).

Se advierte que fue frecuente la colaboración en aquel instituto, pues al mes siguiente, en septiembre de 1971, cumpliéndose tres años de la muerte del maestro, aquel trágico hecho se conmemoraba con un ciclo sobre la “figura y obra de Jaime Eyzaguirre.” En esta ocasión participaron el escritor Hugo Montes, Fernando Zegers [primo de Cristián Zegers, fundador de *Qué Pasa*], Jaime Martínez y Gonzalo Vial, todos discípulos de Eyzaguirre y los dos últimos miembros del comité fundador de la revista (*Qué Pasa* 22, 1971: 1).

Ahora bien, el Instituto Cultural de Providencia no fue solo un espacio neutro que prestaba sus salas para facilitar la difusión de cierta cultura, sino que también fue organizador de ella. El libro *Visión y Verdad sobre Balmaceda*, que tanta publicidad le hizo la revista *Qué Pasa*, había sido el fruto de unas conferencias dictadas en el Instituto en noviembre de 1971 (*Qué Pasa* 59, 1972: 2). La iniciativa de ver esas charlas en formato impreso, fue justamente motivación de este Instituto, junto al Club José Manuel Balmaceda. De tal manera, aquel centro

fue una trinchera y baluarte más de estos sectores de la elite capitalina que resistía a la “nueva historia” que, según estos, intentaba instalar la Unidad Popular, por lo que la lucha de clases también se daba en otros planos, como en el cultural.

Pero todo, al parecer, no fue tan promisorio para el grupo, pues en un reportaje sobre los institutos culturales que hizo la revista, que llevaba por título “Entre la agonía y el éxito. Institutos Culturales”, se manifestó, hablando en tiempo pasado, que el de la comuna de Providencia había tenido su buen tiempo “bajo el binomio Sibila Señoret y Diego Ibáñez Langlois”, siendo en su momento “otro foco de irradiación decisivo” (*Qué Pasa* 88, 1972: 48-49). Quizá el cambio en la dirección, ya que desembarcó en 1972 Paloma Correa de Bunster, haya roto ese vínculo directo que posibilitaba Ibáñez Langlois con el grupo *Qué Pasa*. Y puede ser que haya sido así, en consideración de que si bien continuaron auspiciando las actividades que se realizaban en el Instituto, no aparecen ellos destacándose, como a menudo lo hicieron ver en las páginas de la revista, la que era utilizada como caja de resonancia de las actividades que realizaban en esta instancia. De hecho, si bien hablaron en profundidad de la situación del Instituto Cultural de las Condes, de la Casa de la Cultura de Ñuñoa, dirigido por la escritora Ester Matte Alessandri, y de la Casa de la Cultura de San Miguel, en manos de Hernán Cañas, apenas mencionaron al Instituto Cultural de Providencia.

161

Los Cuadernos Históricos, luego de 1973, perdieron la fuerza que lograron mantener durante los años de la Unidad Popular, tratando temas aislados y sin la sistematicidad que los caracterizó con anterioridad. A decir verdad, la estrategia había perdido eficacia, pues el objetivo se había cumplido, lo que condujo al grupo a dejar de incluir esa sección desde 1975. E incluso, Fernando Silva, fue reemplazado por Enrique Bunster.

En el periodo que acá se analizó, la historia se concibió como arma de lucha de primer orden, por lo que la denuncia e impugnación contra el oponente, también valía para el grupo. Eran los juegos del lenguaje. De tal manera que si en estas líneas se seleccionaron esos tres temas de la sección CH, que fueron más o menos los dominantes desde que se constituyó *Qué Pasa* hasta el golpe de Estado de 1973, obedeció a que a través de ellos se exponían los grandes problemas que aquejaban a este grupo: la crisis del régimen oligárquico, la incapacidad de la elite dominante y la organización propia que adoptó a través del partidismo, cuya consecuencia fue la politiquería corrosiva; la prédica violenta a partir de ideas ajenas del sentir nacional; la representación histórica sobre el presidente José Manuel Balmaceda, figura apropiada por la izquierda de la época, además de tema preferido por uno de los historiadores más importantes de aquel sector que gozaba de reconocimiento en el ambiente público y universitario.

El asunto de la historia no pudo ser abandonado, aunque el semanario haya sido una revista de actualidad. Todos los historiadores de *Qué Pasa*, abogados de formación profesional, bajo el influjo de Eyzaguirre, y producto de otras variables, por supuesto, habían optado por el cultivo de la historia desde edades tempranas, lo que no dejó de hacerse, incluso en la adversidad, cuando las armas a emplear pasaron a ser otras, como el periodismo de trinchera. No renunciaron a ese plano vital, y la incluyeron como tema de debate y discusión, aunque la característica que adoptó aquel haya sido de otra naturaleza.

A diferencia de la revista *Historia* que era de difusión especializada y para un público bien específico, la que aún seguían controlando por esos tiempos, pero no como lo habían hecho cuando la dirigió Eyzaguirre, *Qué Pasa*, debía destinarse a un segmento de gente mucho más amplio y masivo, acostumbrado a otro tipo de lectura. Lo cierto es que no se equivocaron en ello, pues las cartas al director confirmaron una buena recepción.

No obstante, por lo que se vio desde las mismas páginas de *Qué Pasa*, ese modo de divulgación no lo encontraron suficiente, en vista de que la vinculación con el espacio público siguió manteniéndose mientras las condiciones así lo permitieron. El Instituto Cultural de Providencia, fue, al parecer, el espacio preferido para reencontrarse con la elite que, de seguro, absorba, al igual que el grupo *Qué Pasa*, con las transformaciones que impulsaba el gobierno de la Unidad Popular, necesitaba escuchar una versión distinta de la historia que se intentaba imponer, según la óptica de estos, a todos los chilenos por parte del leviatán.

La historia la concibieron como el antídoto necesario para enfrentar el desvío en que se encontraba la sociedad toda, de seguro, extraviada por las falsas formas de concebir el pasado patrio, sobre todo desde la historiografía marxista, que estaba penetrando en todos los intersticios posibles.

Independiente de los mecanismos que utilizaron para ver caído el gobierno de Salvador Allende, los que acá no se trataron, la concepción de la historia como modeladora de la nación y de la unidad de los chilenos fue una noción clave en el discurso del semanario, atravesando a muchos de los reportajes que difundieron. La revista *Qué Pasa*, así, no fue solo una revista de actualidad, sino una vocera de una forma de comprender la sociedad de un grupo humano con una fuerte cohesión ideológica.

EPÍLOGO

En agosto de 1972, cuando la revista *Portada* (33, 1972: 26-30), dirigida por el historiador Gonzalo Vial, entrevistó a Guillermo Feliú Cruz, le preguntó si consideraba algún aporte de un grupo de historiadores que estaba haciendo una interpretación marxista de la historia de Chile, si contaban con un “peso específico”. La respuesta de Feliú, no fue necesariamente la que esta esperaba. El historiador liberal decía que no le importaba mucho que hubiese historiadores marxistas enseñando, pues la historia nunca se detenía y su interpretación dependía de un determinado momento histórico. Lo que le preocupaba era “cómo y sobre qué base esa interpretación marxista está fundada. Esta está [proseguía Feliú], muchas veces hecha en forma inteligente y muchas veces a la carrera. Creo por ejemplo que en los estudios de Ramírez Necochea hay estudio, en los de Julio César Jovet [sic] también”, pero que en otros, de los cuales el entrevistado no aclaró sus nombres, solo machacan la literatura marxista.

165

Después de esa contestación, la revista *Portada* persistió y le interrogó si creía que de Ramírez y Jobet quedaría algo positivo. Feliú confesó que al ser la interpretación de la historia algo que se rehace, quedarían los aportes en materia de datos y de documentación en que se apoyaban, agregando que no había “mayor falacia que decir que un historiador debe ser imparcial.” Feliú añadió que “debe procurar serlo, y tiene la obligación de hacer todo lo posible por serlo, pero también es imposible para el historiador desprenderse de la herencia intelectual y del ambiente en que se ha formado.”

Como se puede ver en este segundo intento, tampoco obtuvieron el resultado que deseaban, si ya sabemos qué era lo que pensaban los integrantes de *Portada* sobre estos historiadores. Harta agua había corrido bajo el puente desde que aparecieron las primeras obras de los

jóvenes investigadores de las izquierdas, generando repercusiones y polémicas que ningún de estos intelectuales logró producir. A pesar de lo anterior, Eyzaguirre y sus discípulos, se esmeraron en combatirlos, hasta llegar a negarles la calidad de historiadores.

Persistieron en referirse a estos como *marxistas*, pero relativizaron que fuesen *historiadores marxistas*. Siempre expresaron dudas en catalogarlos de historiadores, dado la forma que tenían de proceder frente al estudio del pasado, como ya se vio a lo largo del libro. En un reportaje de 1969 que llevaba por título “La historia ‘protesta’”, se referían a los “marxistas chilenos” que hacían uso de la historia, pero no a historiadores propiamente tal. Un país subdesarrollo como Chile, insistían, “no puede darse aún el lujo de contar con **historiadores marxistas**” (*Portada 7*, 1969: 17).¹ Decían que los “marxistas chilenos”

166

“algo más listo que sus soñolientos y poco imaginativos compatriotas, saben de la utilidad de la historia. ¡Y cómo la han aprovechado! Mientras con esfuerzo considerable la crítica histórica está deshaciendo mitos, barriendo prejuicios y situando hechos y personas en los lugares que más o menos corresponde, los marxistas que se dedican a la historia [...] están afanosamente dedicados a la creación de nuevos mitos y nuevos prejuicios que, como es bien claro, están orientados a la obtención de sus fines políticos contingentes” (*Portada 7*, 1969: 17)

Sin disimulo, contrapusieron al “historiador inglés” Harold Blakemore frente al “profesor comunista Hernán Ramírez”, ambos que habían investigado sobre la Guerra Civil de 1891. Y en esa misma línea, a propósito del film *Caliche sangriento*², manifestaron que era “casi in-

1 Negrillas en el original.

2 Este film, dirigido por Helvio Soto, se estrenó en 1969, generando polémica por la interpretación que propuso de la Guerra del Pacífico, sobre todo en los círculos militares y de las elites que la denunciaron y llamaron a la censura de la película.

necesario advertir que el señor Soto ‘documentó’ su episodio en textos históricos (sic) de Hernán Ramírez Necochea, decano de la Facultad de Filosofía y Educación”, suponiendo que “la palabra de un decano aún es medio idóneo para destruir ‘uno de los grandes mitos nacionales’”³. En ningún lado, como se advierte, se refirieron a Ramírez como historiador. Estas valoraciones, por supuesto, no eran casuales ni deslices sin importancia. Fueron parte de las modalidades de operación que adoptaron sobre este particular asunto.⁴

Pero incluso, también le negaron la capacidad de haber formado escuela, lo que al parecer, era importante para este grupo, tal como ellos lo venían haciendo. Si hace una década González Echenique los agrupó como referentes de una “escuela marxista”, en 1973, en cambio, se relativizaba la capacidad que estos habían tenido para formar realmente una propia. Ellos, los marxistas, según se deduce de *Qué Pasa*, eran parte de una escuela, pero al parecer no habían podido formar discípulos, dada las pocas raíces importantes y dignas de considerar en esos momentos. Así, el semanario, un par de meses antes del golpe de Estado de 1973, decía que:

“Se podría pensar que el explosivo desarrollo del marxismo en los medios universitarios chilenos hubiera debido crear algo similar a una escuela histórica. Hasta el momento los frutos son de lamentable pobreza. Los dos o tres nombres de historiadores marxistas no están, evidentemente, a la altura del más ‘porro’ de los discípulos de Labrousse o de Vilar. Incluso las fundadas sospechas sobre la originalidad del conocido libro de uno de ellos han mantenido a la historiografía marxista en un oscuro tercer plano” (*Qué Pasa* 116, 1973: 26).

3 Locución latina en el original.

4 Las descalificaciones no fueron pocas. Sostenían que como los militantes del Partido Comunista no sabían escribir debían contratar a eruditos para que elaboraran los escritos “farragosos” que producían, aprovechándose, en ese momento, de “un director que conoce su oficio” (*Portada* 7, 1969: 18).

Los tres historiadores marxistas aludidos de seguro fueron Hernán Ramírez, Julio César Jobet y Marcelo Segall. Y el “conocido libro de uno de ellos”, sin duda, era *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, del primero de estos.

Si hemos querido concluir con estas palabras, se debe a que no se puede comprender la lucha en el campo historiográfico, sin considerar las relaciones indirectas y directas que este grupo de historiadores mantuvo con los otros historiadores, en especial, con los marxistas. No es que se quiera reducir todas las inquietudes de este grupo a ese factor. Para nada. Lo hemos tomado, porque, a pesar de todo, estuvo siempre presente. Los intelectuales conservadores hicieron una lectura que clasificó a un grupo de historiadores dentro de un cuadro denominado *marxismo*, y separó de ellos, a otros tantos. Unos, que con cuyo rigor aportaban al conocimiento de la historia, y otros, motivados por el clamor político y el dogmatismo propio de la izquierda, gran diferencia, como se aprecia. Los historiadores del Pedagógico como Jobet y Ramírez, y los más jóvenes, no fueron ni siquiera mencionados en la década de los años cincuenta en el *Boletín*, para ser en la de los años sesenta, objeto de una furibunda crítica a través de *Historia, Estudios, Portada y Qué Pasa*. Curiosamente, Hernán Ramírez, que fue el menos crítico de la obra de Eyzaguirre, lo que es imperceptible en sus escritos, a diferencia de Jobet, por ejemplo, se convirtió en el blanco de la furia de los discípulos del historiador hispanista. Ello, obedecía, al lugar que había tomado en la escena el historiador comunista.

Sea como fuese, la lectura que hizo este bloque ideológico de la historiografía marxista, a partir de un conjunto de constructos, le permitió situar a este tipo de interpretación en una trayectoria político-cultural al margen de las tradiciones fundadoras, teniendo este estigma un efecto no menor, por cuanto cuando sobrevino la “restauración nacional”, los libros de Julio César Jobet, Luis Vitale y Hernán Ramírez, por dar un caso, ardieron en la hoguera de los textos prohibidos por el nuevo régimen que se instaló. (Sepúlveda et. al., 2017: 37). Esto, sin

olvidar que muchos tuvieron que salir al exilio y otros fueron hechos desaparecer por el terrorismo de Estado.

Al final de cuentas, los discípulos de Jaime Eyzaguirre vencieron luego del 11 de septiembre de 1973, logrando reivindicar el nombre del maestro que siempre los instó a luchar. Pero mayor aún, pues con el camino despejado a través de la represión, el exilio o la muerte, la dictadura empezaba a imponer la concepción de la historia que este grupo había defendido: desde ya, luego de un cuarto de siglo de lucha, el uso público de la historia pasaba a ser política de Estado.

BIBLIOGRAFÍA

a. Revistas

Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile

Anales de la Universidad de Chile

Arauco

Boletín de la Academia Chilena de Historia

Clío

Estanquero

Estudios

Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales

Estudios sobre el comunismo

Finis Terrae

Historia

Occidente

Portada

Qué Pasa

171

b. Libros y artículos

A. A. (1959): "Reseña: La introducción de la esclavitud negra en Chile. Tráfico y rutas, por Rolando Mellafe, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1959", *BACHH* 61, pp. 192-193.

Academia Chilena de la Historia. (1973): "Academia de la Historia protesta por ultraje UP a héroes de la patria", *La prensa*, 9 de agosto, pp. 1 y 5.

Aldunate, Raúl. (1971): *Ruido de sables*, Santiago, S/E.

Almeyda, Clodomiro. (1948): *Hacia una teoría marxista del Estado*, Santiago, S/E.

Amunátegui, Gabriel. (1952): "Informe de memoria", en José Armando de Ramón, *Génesis constitucional de América Latina*, Santiago, Dirección General de Prisiones.

Aránguiz, Horacio. (1966): "Cartas políticas de don Domingo Santa María a don José Francisco Vergara (1878-1882)", *Estudios de Historia de las*

Instituciones Políticas y Sociales 1, pp. 313-370.

Aránguiz, Horacio. (1968): “Jaime Eyzaguirre, maestro”, *Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales* 8.

Araya, Alejandra. (2005): “Rolando Mellafe Rojas. Los tiempos de un historiador en el tiempo de las cartas”, en María T. González (selección y notas), *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, Santiago, DIBAM, pp.23-46.

Beigel, Fernanda. (2003): “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, *Utopía y Praxis Latinoamericana* 20, pp. 105-115.

Blakemore, Harold. (1965): “The Chilean Revolution of 1891 and Its Historiography”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 45, 3, pp. 393-421.

Cabrera, María y Javiera Errázuriz. (2015): “Historia, mujeres y género en Chile: La irrupción de las autoras femeninas en las revistas académicas. Los casos de revista Historia y Cuadernos de Historia”, *Historia*, Vol. I, 48, pp. 279-299.

Casals Araya, Marcelo. (2010): *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la vía chilena al socialismo, 1956-1970*, Santiago, Lom Ediciones.

Casals Araya, Marcelo. (2016): *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campana del terror” de 1964*, Santiago, Lom Ediciones.

Céspedes, Mario. (1956): “Índice de la Colección de historiadores y documentos relativos a la Independencia de Chile, por Sergio Villalobos. Edit. Universitaria, 1956”, *Anales de la Universidad de Chile* 103, pp. 246-247.

Chartier, Roger. (2000): *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones con Roger Chartier*, México, FCE.

Claro, Ricardo Valdés: (2002): “Prólogo”, en Álvaro Góngora, et. al., *Jaime Eyzaguirre en su tiempo*, Santiago, Zig-Zag, pp. 11-19.

Couyoumdjian, Juan Ricardo. (1990): “Harold Blakemore (1930-1991): historiador y amigo de Chile”, *Historia* 25, pp. 273-278.

Cristi, Renato. (2021). *La tiranía del mercado. El auge del neoliberalismo en Chile*, Santiago, LOM ediciones.

Gueneau de Mussy R., Luis. (2021): “Diálogo y acontecimiento. Jaime Eyzaguirre y Julio César Jobet”, *Cuadernos de Historia* 55, pp. 135–160

De Ramón, José Armando. (1953): *Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro*, Santiago, Universidad Católica, Instituto de Investigaciones Históricas.

De Ramón, José Armando. (1958): “Reseña: Notas sobre la condición legal del extranjero en el Reino de Chile de Tulio Vivanco (Santiago, Universidad Católica de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, Estudios de Historia del Derecho chileno, N°5, 1958)”, *BACHH* 58, pp. 143-142.

De Ramón, José Armando. (1996): “Discurso de recepción de don Álvaro Jara Hantke”, *BACHH* 106, pp.315-324.

Del Pozo, José. (2017): *Allende: cómo su historia ha sido relatada*, Santiago, Lom Ediciones.

Delgado, Alejandra y Sebastián Fonca. (2008): “El vengativo señor Claro”, *The Clinic*, 28 de octubre.

Donoso, Ricardo. (1946): *Las ideas políticas en Chile*, México, FCE.

Dosse, François. (2006): *La historia en migajas*, México, Universidad Iberoamericana.

Dosse, François. (2007): *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, Historia intelectual*, Valencia, Publicaciones Universitat de Valencia.

E. P. S. (1956): “Índice de la Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile por Sergio Villalobos R. Santiago, 1956, 108 págs.”, *Revista Chilena de Historia y Geografía* 124, p. 363.

Edwards, Alberto y Eduardo Frei. (1949): *Historia de los partidos políticos chilenos*, Santiago, Editorial del Pacífico.

El Mercurio. (1968): “Homenaje conjunto a Jaime Eyzaguirre”, *El Mercurio*, 30 de septiembre.

Elgueta, Belarmino. (1997): *La cara oculta de la historia. El legado intelectual de Julio César Jobet*, Santiago, Factum Ediciones.

Estellé, Patricio. (1966): “Controversia chileno-norteamericana de 1891-92”, *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* 1, pp. 149-277.

Estellé, Patricio. (1967): “Correspondencia de don Agustín Ross sobre la revolución de 1891”, *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* 2, pp. 331-378.

Eyzaguirre, Jaime. (1951): “Reseña: Derecho procesal indiano de Jorge Corvalán Meléndez y Vicente Castillo Fernández, Santiago, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, Memorias de Licenciados, Vol. XX, 1951”, *BACHH* 45, pp. 133-134.

Eyzaguirre, Jaime. (1954a) “Reseña: Régimen legal del ejército en el reino de Chile. Notas para su estudio de Roberto Oñat y Carlos Roa, Santiago, Universidad Católica, Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, Estudios del Derecho chileno, N°1, Santiago, 1953”, *Finis Terrae* 1, pp. 79-80.

Eyzaguirre, Jaime. (1954b): “Reseña: Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro de José Armando de Ramón (Santiago, Universidad Católica, Instituto de Investigaciones Históricas, 1953)”, *Finis Terrae* 1, p. 79.

Eyzaguirre, Jaime. (1955): “Discurso de recepción del académico don Ricardo Krebs Wilckens”, *BACHH* 53, pp. 73-78.

Eyzaguirre, Jaime. (1956): “Reseña: Historia de las polémicas de Indias en Chile durante el siglo XVI, 1536-1598 de Andrés Huneus (Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Editorial Jurídica de Chile, 1955)”, *BACHH* 54, pp. 154-155.

Eyzaguirre, Jaime. (1958): *Fisonomía histórica de Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico.

Eyzaguirre, Jaime. (1963): “Treinta años de la academia”, *BACHH* 69, pp.5-10.

Eyzaguirre Jaime. (1962): “Informe del profesor de Historia del Derecho”, en Ágata Giglo Viel, *La Tasa de Gamboa*, Santiago, Estudios de Historia del Derecho chileno, 6, Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, Universidad Católica de Chile, pp. 11-13.

Eyzaguirre, Jaime. (1999): “La enseñanza y la investigación de la historia del derecho indiano en la Universidad Católica de Chile”, en Antonio Dougnac Rodríguez y Felipe Vicencio Eyzaguirre (eds.), *La Escuela Chilena de Historiadores del Derecho y los Estudios Jurídicos en Chile*, Tomo I, Santiago, Universidad Central de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, pp. 335-338.

Feliú, Guillermo. (1951): “La ideas políticas e historiográficas de Julio César Jobet”, en Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, pp. III- XIII. Tirada aparte de los *Anales de la Universidad de Chile* correspondiente al primero y segundo semestre de 1951.

Fernández, Sergio. (1954): *Informa*, Santiago, Editorial Zig-Zag.

Fontana, Josep. (1999): *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica.

Fredes Aliaga, Carlos. (1956): “Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, Segunda Serie, Tomo I, (1558-1572), cuya clasificación, versión y exámenes estuvieron a cargo de Rolando Mellafe y Alvaro Jara. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago, 1956”, *Anales de la Universidad de Chile* 104, pp. 276-277.

Gallerano, Nicola. (2007): “Historia y uso público de la historia”, *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo* 24, pp. 87-97.

Gazmuri, Cristián, Mariana Aylwin, y Juan Carlos González (eds.). (1977): *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, Santiago, Editorial Aconcagua.

Girola, Lidia. (2012): “Representaciones e imaginarios sociales. Tendencias recientes en la investigación”, en Enrique de la Garza Toledo y Gustavo Leyva (eds.), *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales*, México, FCE, pp. 441-67.

Gomes, Gabriela. (2016): “Las revistas de la extrema derecha chilena: entre el anti-llendismo y el antiperonismo”, en João Fabio Bertonha y Ernesto Bohoslavsky (comp.), *Circule por la derecha Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Buenos Aires, Ediciones UNGS, pp. 267-286.

Góngora, Álvaro, de la Taille, Alexandrine y Gonzalo Vial. (2002): *Jaime Eyzaguirre en su tiempo*, Santiago, Editorial Zig-Zag.

González Echenique, Javier. (1954): *Los estudios jurídicos y la abogacía en el Reino de Chile*, Santiago, Estudios de Historia del Derecho Chileno, 2, Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, Universidad Católica de Chile.

González Echenique, Javier. (1961): “Reseña: Rolando Mellafe: Introducción de la esclavitud negra en Chile. Tráfico y rutas. Universidad de Chile. Santiago. 1959”, *Historia* 1, pp. 344-347.

González Echenique, Javier. (1962-1963): “Reseña: Sergio Villalobos R.: Tradición y reforma en 1810. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile. 1961”, *Historia* 2, pp. 339-341.

González, Echenique, Javier. (1964): “Reseña: José Miguel Yrarrázabal: La política económica del presidente Balmaceda. Academia Chilena de la Historia de Chile. Santiago de Chile. 1963”, *Historia* 3, pp. 447-449.

González Echenique, Javier. (1968): “Reseña: Hernán Ramírez Necochea: Antecedentes económicos de la Independencia de Chile. Segunda Edición. (Revisada, corregida y aumentada). Facultad de Filosofía y Educación. Universidad de Chile. Santiago, 1967. 167 pp.”, *Historia* 7, pp. 373-375.

González, Marco. (2012): “Historiografía comunista en Chile. Hernán Ramírez Necochea y el sentido de su producción, 1950-1973”, en Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds.), *El siglo de los comunistas, 1912-2012*, Santiago, Instituto de Estudios Avanzados Universidad Santiago de Chile, pp. 357-368.

González, Mario. (2013): “El germen de un nuevo proyecto social. Los intelectuales de las revistas *Portada* y *Qué Pasa*. 1969-1980”, *Tiempo Histórico* 6, pp. 111-133.

González, Mario. (2017): *Gonzalo Vial Correa. Las sinuosidades de una trayectoria intelectual, 1969-1991*. Santiago, Ril editores.

González, Mario. (2018): “Revista Finis Terrae: La última cruzada de Jaime Eyzaguirre, 1954-1967. Notas de un desenlace trágico”, en César Zamorano Díaz (ed.), *Escrituras en tránsito. Revistas y redes culturales en América Latina*, Santiago, Editorial Cuarto propio, pp. 171-193.

González, Mario. (2021): “Disputas intelectuales permanentes en la izquierda marxista de los años sesenta y setenta. Fuego cruzado entre Marcelo Segall, Julio César Jobet y Hernán Ramírez Necochea”, *Divergencia* 17, pp. 28-57.

Grez, Sergio. (2005): “Escribir la historia de los sectores populares ¿con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social”, *Política. Revista de Ciencia Política* 44, pp. 17-31.

H.A.D. (1971): “Jobet, Julio César. *Notas sobre la enseñanza superior en el siglo XVIII*. A. N° 420, 265-323”, *Historia* 10, p. 400.

H.R.N. (1956): "Alvaro Jara, Legislación indigenista de Chile, Ediciones del Instituto Indigenista Interamericano, México. D.F., 1956", *Aurora* 7, p. 106.

Hernández Ponce, Roberto. (1983): "Los estudios históricos en la Universidad Católica de Chile. Notas para una crónica", *Historia* 18, pp. 5-24.

Hobsbawm, Eric. (2002): "Introducción a La invención de la tradición," en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, pp. 7-21.

Huneus, Andrés. (1954): "Reseña: Los estudios jurídicos y la abogacía en el Reino de Chile de Javier González Echenique (Santiago, Universidad Católica de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, Estudios de Historia del Derecho chileno, N°2, 1954)", *Finis Terrae* 3.

Huneus, Andrés. (1955): *Historia de las polémicas de Indias en Chile durante el siglo XVI, 1536-1598*, Santiago, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, Editorial Jurídica de Chile.

J.E.G. (1958): "Reseña: El prejuicio racial en el nuevo mundo. Aristóteles y los indios de Hispanoamérica, por Lewis Hanke. Colección América Nuestra. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1958", *BACHH* 58, p. 139.

J.E.V.C. (1967): "Reseña: Harold Blakemore: La revolución chilena de 1891 y su historiografía. En Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N°74, 1er Semestre de 1966", *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* 2, pp. 385-387.

Jara, Álvaro. (1954): "Pineda y Bascuñan, hombre de su tiempo. Tres documentos.", *BACHH* 51, pp. 77-85.

Jara, Álvaro. (1956a): "Fuentes para la historia del Trabajo en el reino de Chile. I. Tasa de Francisco Laso de la Vega, 1635", *BACHH* 54, pp.119-133.

Jara, Álvaro. (1956b): "Fuentes para la historia del Trabajo en el reino de Chile. II. Cuenta y relación de los jornales en el obraje de Peteroa, 1602-1609", *BACHH* 55, pp. 94-140.

Jara, Álvaro. (1958): "Fuentes para la historia del Trabajo en el reino de Chile. III. Alquileres y ventas de indios, 1599-1620", *BACHH* 58, pp.102-135.

Jara, Álvaro. (1959): “Fuentes para la historia del Trabajo en el reino de Chile. IV. Administración de los bienes y censos de las comunidades de indios”, *BACHH* 61, pp.156-181.

Jara, Álvaro. (1965): *Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile*, Tomo I, Santiago, Centro de Investigaciones de Historia Americana, Universidad de Chile.

Jobet, Julio César. (1958a): “Ideario y ruta de Jaime Eyzaguirre”, *Occidente* 113, p. 40.

Jobet, Julio César. (1958b): “Las concepciones historiográficas de F. A. Encina”, *Occidente* 115, pp. 23-32.

Jobet, Julio César. (1949): “Notas sobre la historiografía chilena”, *Atenea* 291-292.

Jobet, Julio César. (1962): “El nacionalismo creador de José Manuel Balmaceda”, *Arauco* 32, pp. 8-17.

Jocelyn- Holt, Alfredo. (1997): “Breve biografía”, en Francisco A. Encina, *La literatura histórica chilena y la concepción actual de la historia*, Santiago, Editorial Universitaria, pp. 9-11.

Keller, Carlos. (1952): “La Guerra Civil de 1891”, *Estanquero* 283, 30 de agosto, pp. 4 y 32.

Krebs, Ricardo. (1993): “Cincuenta años del Instituto de Historia, 1943-1993”, *Historia* 27, pp. 5-14.

Krebs, Ricardo. (1998): *Vivir lo que tiene más vida. Conversaciones con Nicolás Cruz*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica.

Krebs, Ricardo, M. Angélica Muñoz y Patricio Valdívieso. (1994): *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1888-1988*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica.

LaCapra, Dominick. (1998): “Repensar la historia intelectual y leer textos”, en Elías José Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 237-293.

LaCapra, Dominick. (2006): *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*, Santiago, FCE.

Lecaros Sánchez, José Miguel. (1955): “Filosofía de la historia en Jaime Eyzaguirre”, en Walter Hanisch, et. al., *Jaime Eyzaguirre. Historia y Pensamiento*, Santiago, Editorial Universitaria, pp. 194-216.

Loyola, Manuel, comp. (2005): *Hernán Ramírez Necochea. Seis artículos de prensa*. Santiago, Ariadna Ediciones.

Mellafe, Rolando. (1959): *La introducción de la esclavitud negra en Chile. Tráfico y rutas*. Santiago, Universidad de Chile.

Mellafe, Rolando. (1995): “Curriculum Vitae de Rolando Bernardo Mellafe Rojas”, *Cuadernos de Historia* 15, pp. 7-34.

Mellafe, Rolando. (2005): *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*. Selección y notas María Teresa González, Santiago, Dibam.

Mesecke, E. (1955): “Reseña: Diego de Almagro. I. Descubrimiento del Perú. Rolando Mellafe. II. Descubrimiento de Chile. Sergio Villalobos. Universidad de Chile. Instituto Pedagógico. Dep. de Historia. Stgo. 1954.”, *Extremo Sur. Revista de Literatura* 2, pp. 26-27.

Milos, Pedro. (2008): *Frente Popular en Chile. Su configuración: 1935-1938*, Santiago, Lom Ediciones.

Moulian, Luis. (1997a): “Marx y la historiografía chilena”, *Encuentro XXI* 8, pp. 119-130.

Moulian, Luis. (1997b): “Hernán Ramírez: Una ruptura historiográfica”, *Alamedas* 3, pp. 49-57.

Moya Parra, Catalina. (2012): *Balmaceda y la izquierda chilena: una mirada al partido comunista y el partido socialista a partir del imaginario político balmacedista, Chile 1938-1973*, Tesis de licenciatura, Santiago, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Ortega, Luis. (1987-1988): “La historiografía económica de Chile. Reflexiones y balance”, *Dimensión Histórica* 4-5, pp. 49-74.

Ortega, Luis. (1998): “Prólogo”, en Alejandro Sato Cárdenas, *Influencia británica en el salitre*, Santiago, Editorial Universidad, pp. 11-22.

Ortega, Luis, ed. (S/A): *La Guerra Civil de 1891. 100 años hoy*, Santiago, Departamento de Historia-Universidad de Santiago.

Pérez de Arce, Hermógenes. (1972): “Balmaceda: un precursor de la libertad económica”, *Portada* 30, pp. 24-29.

Pike, Frederick B. (1963): *Chile and United States, 1880-1892. The emergence of Chile's social crisis and the challenge to United States Diplomacy*, Indiana, University of Notre Dame Press.

Pinto, Julio, ed. (2007): “Estudio preliminar”, en Hernán Ramírez Necochea, *Obras Escogidas*, Vol. I, Santiago, Lom Ediciones, pp. 5-21.

Pinto, Julio. (2016): *La historiografía chilena durante el siglo XX. Cien años de propuestas y combates*, Valparaíso, Editorial América en movimiento.

Pita, Alexandra, y M. Grillo. (2013): “Revistas culturales y redes intelectuales: una aproximación metodológica”, *Temas de Nuestra América* 54, pp. 177-194.

Quiroz, Enriqueta. (2012): “Una revisión historiográfica en torno al nombre de Álvaro Jara: a modo de introducción”, en Enriqueta Quiroz (coord.), *Hacia una historia latinoamericana: homenaje a Álvaro Jara*, México, Instituto Mora, pp. 13-44.

Ramírez Necochea, Hernán. (1951): *La Guerra Civil de 1891. Antecedentes económicos*, Santiago, Editora Austral.

Ramírez Necochea, Hernán. (1958): *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, Santiago, Editorial Universitaria.

Ramírez Necochea, Hernán. (1972): *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, 3a. ed., Santiago, Editorial Universitaria.

Ruiz, Carlos. (2015): “Corporativismo e hispanismo en la obra de Jaime Eyzaguirre”, en Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, pp. 69-102.

Ruiz, Carlos. (2015): “El conservantismo como ideología. Corporativismo y neoliberalismo en las revistas teóricas de la derecha”, en Renato Cristi y Carlos Ruiz, *Pensamiento conservador en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, pp. 103-122.

Sagredo, Rafael. (2014): “La estructura y la coyuntura en la historiografía sobre Chile de Marcelo Carmagnani”, en Yovana Celaya Nández (coord.), *Diálogos con una trayectoria intelectual: Marcelo Carmagnani en el Colegio de*

México, México, Colegio de México, pp. 33-62.

Salinas, Augusto. (1994): “La historia como dedicación”, *Mapocho* 35, pp. 201-229.

San Francisco, Alejandro. (2007): “El revisionismo marxista y el desafío de la historiografía. Hernán Ramírez Necochea y su interpretación de la Guerra Civil de 1891”, *Mapocho* 62, pp. 239-274.

Santoni, Alessandro y Luciano Saéz (2018): “Chile vs. el mundo. La revista *Qué Pasa* y la ‘campana anti-chilena’”, *Divergencia* 11, pp. 127-148.

Segall, Marcelo. (1953): *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos*, Santiago, S/E.

Sepúlveda, Manuel, Jorge Montealegre y Rafael Chavarría. (2017): *¿Apagón cultural? El libro bajo dictadura*, Santiago, Editorial Asterion.

Silva Vargas, Fernando. (1964): “Reseña a Frederick B. Pike: Chile and United States, 1880-1962. The emergence of Chile’s social crisis and the challenge to United States Diplomacy. International Studies of the Committee on International Relations. University of Notre Dame. Univesity of Notre Dame Press. Indiana, 1963”, *Historia* 3, pp. 414-420.

Silva Vargas, Fernando. (1965): “Notas en el pensamiento social católico en el siglo XIX,” *Historia* 4, pp. 237-262.

Silva Vargas, Fernando. (1966a): “Los ferrocarriles salitreros de Tarapacá durante el gobierno de Santa María,” *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* 1, pp. 43-120.

Silva Vargas, Fernando. (1966b): “Reseña: Álvaro Jara: Fuentes para la historia del Trabajo en el Reino de Chile. Legislación –Tomo I. Universidad de Chile. Centro de Investigaciones de Historia Americana. Santiago de Chile. 1965”, *Historia* 5, pp. 299-301.

Silva Vargas, Fernando. (1972): “Presencia de Jaime Eyzaguirre”, *Portada* 34, pp. 7-9.

Silva Vargas, Fernando. (1993): “Jaime Eyzaguirre y la revista *Historia*”, *Historia* 27, pp. 15-18.

Tarcus, Horacio. (2020): *Las revistas culturales latinoamericanas*, Buenos Aires, Editorial Tren en movimiento.

Ugarte, Carlos. (1967): “La situación económica de Chile entre los años 1892 y 1894 juzgada por don Luis Aldunate Carrera”, *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* 2, pp. 299-330.

Vargas, Juan Eduardo. (1967): “Notas sobre el pensamiento político de Pedro Montt”, *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* 2, pp. 271-97.

Vial Correa, Gonzalo. (1956a): “Reseña: La justicia comercial en el Reino de Chile de Sergio Riveaux Villalobos (Santiago, Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales de la Universidad Católica, Estudios de Historia del Derecho Chileno N°4, 1955), *Finis Terrae* 9, pp. 82-83.

Vial Correa, Gonzalo. (1956b): “Reseña: Historia de las polémicas de Indias en Chile durante el siglo XVI, 1536-1598 de Andrés Huneus (Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Editorial Jurídica de Chile, 1955), *Finis Terrae* 12, pp. 84-85.

Vial Correa, Gonzalo. (1957): *El africano en el Reino de Chile*, Santiago, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Católica de Chile.

Vial Correa, Gonzalo. (1961a): “Reseña a Hernán Ramírez Necochea: Antecedentes económicos de la Independencia de Chile. Editorial Universitaria, Santiago. 1959”, *Historia* 1, pp. 337-338.

Vial Correa, Gonzalo. (1961b): “Reseña a Hernán Ramírez Necochea: Balmaceda y la contrarrevolución de 1891. Colección América Nuestra, Editorial Universitaria, S. A., Santiago. 1959”, *Historia* 1, pp. 338-339.

Vial Correa, Gonzalo. (1964a): “Reseña a Alejandro Lipschutz: El problema racial en la conquista de América y el mestizaje. Editora Austral. Santiago de Chile. 1963”, *Historia* 3, pp. 423-427.

Vial, Gonzalo. (1964b): “Alvaro Jara: Guerre et Societe au Chili. Essai de Sociologie Coloniale. Traducción y notas de Jacques Lafaye. Institut des hautes études de l’Amérique Latine. Paris. 1961”, *Historia* 3, pp. 430-433.

Villalobos, Sergio. (1955): “Dos cronistas: Alonso Borregán y fray Antonio Vázquez de Espinoza”, *BACHH* 53, pp. 116-153.

Villalobos, Sergio. (1957): “Álvaro Jara, Legislación indigenista de Chile, Ediciones del Instituto Indigenista Interamericano, México. D.F., 1956”, *Anales de la Universidad de Chile* 107-108, p. 440.

Villalobos, Sergio. (1958): “Chile en 1852 según el diario del marino sueco C. Skogman”, *BACHH* 58, pp. 19-49.

Villalobos, Sergio. (1961): *Tradicón y reforma*, Santiago, Editorial Universitaria.

Villalobos, Sergio. (1974-1975): “Patricio Estellé Méndez”, *Historia* 12, pp. 7-11.

Villalobos, Sergio. (1980): *Historia del pueblo chileno*. Santiago, Zig-Zag.

Villalobos, Sergio. (2000): “Feliú Cruz: el magisterio de la historia”, *Mapocho* 48, pp. 313-323.

Villar, Gorka. (2021): *Compromiso militante y producción historiográfica. Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet (1930-1973)*, Santiago, Editorial Universitaria.

Yrarrázabal, José Miguel. (1952): “La administración Balmaceda y el Salitre de Tarapacá”, *BACHH* 47, pp. 47-74.

Yrarrázabal, José Miguel. (1953): “El gobierno y los bancos durante la Administración Balmaceda”, *BACHH* 48, pp. 5-26.

Zegers, Cristián. (1969): “Retrato hablado de Jaime Eyzaguirre”, *Mapocho* 19, pp. 73-84.

COLOFÓN

LA HISTORIOGRAFÍA CONSERVADORA A TRAVÉS DE SUS REVISTAS: JAIME EYZAGUIRRE Y SUS DISCÍPULOS EN UN CUARTO DE SIGLO (1948-1973) © MARIO ANDRÉS GONZÁLEZ, FUE EDITADO EN VALPARAÍSO Y TALCA DURANTE DICIEMBRE DE 2022. PARA EL INTERIOR Y PORTADA SE UTILIZARON LAS TIPOGRAFÍAS KELSON, TRAJAN PRO Y ADOBE GARAMON PRO. PARA SU IMPRESIÓN INTERIOR SE USÓ PAPEL BOND AHUESADO DE 80 GRAMOS, Y PARA SU PORTADA, PAPEL COUCHÉ DE 300 GRAMOS. RPI: 2022-A-10476. SE IMPRIMIERON 100 EJEMPLARES EN ENERO DE 2023.

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

Aunque se ha sostenido que el aparecimiento de las ciencias sociales fue haciendo retroceder la escritura histórica durante la década de los años sesenta, el siguiente libro, demuestra que aquel tipo de erudición no fue dejado de lado, por lo menos, en ciertos sectores de la sociedad chilena. Hasta 1973, que es el año donde se pone límite a esta investigación, se constata que hubo un esfuerzo mancomunado por elaborar y divulgar este tipo de saber con el objetivo de disputar el sentido que podía tener el pasado para el presente en el imaginario colectivo, sobre todo cuando se proponían cambios políticos, sociales y económicos profundos.

Para Jaime Eyzaguirre y sus discípulos, protagonistas de este libro, la historia como necesidad, como cemento cohesionador de una sociedad, fue una cuestión de primera relevancia. De ahí que pusieran gran voluntad para levantar y mantener una red de revistas a lo largo de un cuarto de siglo, en la que la preocupación por la representación de la historia logró ser diseminada a través de toda esta. No fueron en vano aquellas energías consumidas, pues luego del Golpe de Estado, la historia que defendió este sector ideológico, logró imponerse como política de Estado.

